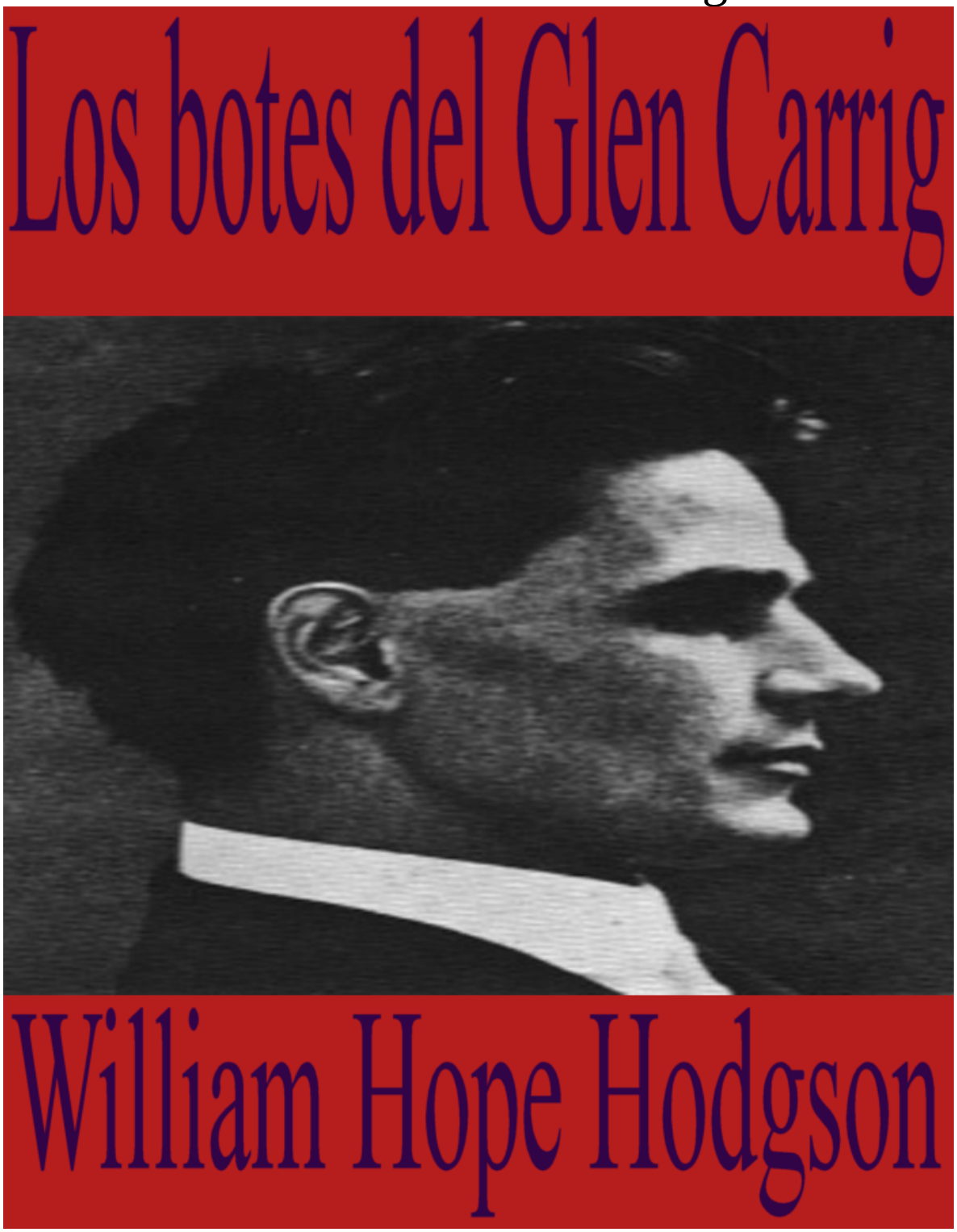
William Hope Hodgson

Los botes del Glen Carrig



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como aporte o donación por un usuario. Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

Relato de sus aventuras en los lugares extraños de la Tierra después del hundimiento del buen barco Glen Carrig al chocar contra una roca oculta en los desconocidos mares del Sur. Tal como fue referido por John Winterstraw a su hijo James Winterstraw en el año 1757 y por éste trasladado de manera correcta y legible al manuscrito.

1

El país de la soledad

Hacía cinco días que estábamos en los botes, y en todo ese tiempo no habíamos descubierto tierra. Pero en la mañana del sexto día, el contramaestre, que capitaneaba la lancha salvavidas, lanzó un grito: lejos, por babor, hacia proa, había algo; pero apenas asomaba en el horizonte, y nadie pudo asegurar si era tierra o simplemente una nube matinal. Sin embargo, como la esperanza empezaba a nacer en nuestros pechos, avanzamos fatigosamente hacia aquel sitio, y alrededor de una hora después descubrimos que sí era la costa de algún país llano.

Luego, poco después del mediodía, estábamos ya tan cerca que podíamos distinguir con facilidad qué clase de tierra había más allá de la costa, y descubrimos así que era de una abominable chatura, más desolada de lo que yo hubiese imaginado jamás. Aquí y allá parecía cubierta por retazos de una extraña vegetación, aunque yo no podría decir si aquellos eran árboles o arbustos grandes; pero si de algo estoy seguro es de que no se parecían a nada que yo hubiese visto jamás.

Deduje todo eso mientras nos movíamos con lentitud siguiendo la costa, buscando una abertura por donde desembarcar; sin embargo, tardamos mucho en encontrar lo que buscábamos. Pero al fin apareció: una ensenada de orillas legamosas que resultó ser el estuario de un gran río, aunque nosotros lo llamábamos siempre riachuelo. Entramos por él y avanzamos despacio remontando la sinuosa corriente, observando las orillas chatas a ambos lados, buscando algún sitio donde desembarcar; pero no encontramos ninguno: las orillas estaban formadas por un detestable barro que no nos alentaba a aventuramos en él imprudentemente.

Luego de recorrer poco más de una milla río arriba llegamos junto a las primeras plantas que yo había visto desde el mar, y ahora, separados de ellas por una distancia de pocos metros, podíamos estudiarlas mejor. Así descubrí que se trataba principalmente de una clase de árbol muy bajo y achaparrado, de un aspecto que se podría describir como malsano. Noté que eran las ramas lo que me había hecho confundir a esos árboles con un matorral, hasta que estuve cerca, porque eran unas ramas delgadas y lisas que pendían sobre la tierra, bajo el peso de un enorme fruto semejante a un repollo que parecía brotar de cada punta.

Poco después, al dejar atrás los primeros grupos de árboles, y ver que las orillas del río continuaban siendo muy chatas, me subí a un banco y así pude examinar con atención la tierra que nos rodeaba. Descubrí que, hasta donde llegaba mi vista, la atravesaban innumerables riachuelos y charcos, algunos de gran tamaño; y, como ya dUe antes, la tierra era chata en todas direcciones, como una enorme planicie de barro; sentí tristeza al mirarla. Quizás ese silencio extremo aterrorizaba inconscientemente mi espíritu, porque yo no veía alil ningún ser vivo, ni pájaro ni vegetal, excepto los árboles achaparrados que se agrupaban acá y allá, sobre la tierra, hasta donde me alcanzaba la vista.

El silencio, cuando tuve plena conciencia de él, fue tanto más pavoroso, porque la memoria me decía que yo no había estado nunca en un país de tanta quietud. Nada se movía en mi campo visual: ni siquiera un pájaro solitario que volase en el cielo opaco; y a mis oídos no llegaba siquiera el grito de un ave marina, ¡no!, ni el croar de una rana, ni el chapoteo de un pez. Era como si hubiésemos llegado al País del Silencio, que algunos han llamado la Tierra de la Soledad.

Había pasado tres horas y seguíamos trabajando con los remos, y ya no veíamos el mar; sin embargo, no aparecía ningún sitio apto para desembarcar, por todas partes nos rodeaba el barro gris y negro, un verdadero desierto viscoso. Por lo tanto nos resignamos a seguir adelante, con la esperanza de poder llegar al fin a tierra firme.

Un poco antes de la puesta del sol dejamos de remar y preparamos una comida frugal con parte de las provisiones que nos quedaban; y mientras comíamos vi cómo el

sol se ponía sobre aquel desierto, y me divertí un poco observando las sombras grotescas que arrojaban los árboles en el agua por el lado de babor, pues nos habíamos detenido junto a uno de los matorrales. Recuerdo que en ese momento volví a tomar conciencia del silencio que reinaba en aquel lugar; y que no era un producto de mi imaginación lo confirmaba la evidente intranquilidad tanto de los hombres de nuestro bote como la de los del bote del contramaestre: todo el mundo hablaba en voz baja, como con miedo de quebrar el silencio.

Y en ese instante, mientras yo estaba aterrado por tanta soledad, llegó la primera señal de vida en todo aquel desierto. Lo oí primero en la lejanía, hacia tierra firme... un curioso y apagado sollozo que subía y bajaba como el suspiro de un viento solitario sobre un enorme bosque. Pero no hacía viento. Un momento después dejó de oírse y, por contraste, el silencio de la región fue más impresionante. Miré a mi alrededor a los hombres que iban a mi propio bote y los del bote que capitaneaba el contramaestre; todos estaban concentrados, escuchando atentamente. Pasó así un minuto, sin que nadie se moviera, y entonces uno de los hombres lanzó una carcajada, producto del nerviosismo.

El contramaestre le ordenó con un susurro que callase, y en ese mismo instante llegó otra vez el lamento de aquel salvaje sollozo. De pronto el lamento sonó a nuestra derecha, e inmediatamente fue recogido e imitado en algún sitio distante, río arriba. En ese momento me subí a un banco con la intención de echar otra ojeada a la región, pero las orillas del riachuelo eran ahora más altas; además, la vegetación actuaba como pantalla, y me impedía ver más allá de las orillas a pesar de mi estatura y la altura que me daba el banco.

Pues bien, un poco más tarde el llanto se apagó, y hubo otro silencio. Entonces, mientras escuchábamos, esperando alguna cosa nueva, George, el grumete más joven, que estaba sentado a mi lado, me tiró de la manga, y me preguntó con voz preocupada si yo sabía qué podía presagiar ese llanto; pero yo meneé la cabeza, y le dije que no sabía más que él, aunque agregué, para tranquilizarlo, que quizás era el viento. Pero el muchacho negó con la cabeza: evidentemente esa explicación no era válida, pues reinaba una calma total.

Apenas había terminado de decir esas palabras cuando volvimos a oír el triste llanto. Aparentemente venía de lejos río arriba y de lejos río abajo, y de tierra adentro y de la tierra que nos separaba del mar. Colmaba el aire del atardecer con su lúgubre lamento, y noté que había en él un curioso sollozo, casi humano. Era algo tan pavoroso que ninguno de nosotros habló, pues nos parecía estar escuchando el llanto de almas perdidas. Y mientras esperábamos temerosos, el sol se hundió tras el borde del mundo, y nos cubrió el crepúsculo.

Entonces sucedió algo todavía más extraordinario, pues al caer la noche con un rápido oscurecimiento, los extraños lamentos y sollozos enmudecieron, y otro sonido se propagó por la región: un lúgubre gruñido. Al principio venía de muy lejos, tierra adentro, como el llanto; pero en seguida fue imitado a nuestro alrededor, y pronto colmó la oscuridad. Aumentó de volumen, atravesado por extraños trompetazos. Luego, aunque despacio, fue bajando hasta un rezongo continuo, donde se advertía lo que sólo puedo describir como un insistente y voraz gruñido. ¡Sí!, ninguna otra palabra de las que conozco lo describe tan bien: una nota de *hambre*, algo pavoroso. Y eso, más que todo el resto de aquellas increíbles voces, consiguió llevar el terror a mi corazón.

Mientras yo escuchaba, George me apretó el brazo, anunciando con un estridente susurro que algo había aparecido entre el grupo de árboles de la orilla, a nuestra izquierda. De eso tuve pronto una prueba, porque en el sitio que él me indicaba distinguí un murmullo continuo, y luego un gruñido más cercano, como si una bestia salvaje estuviera ronroneando junto a mi codo. Inmediatamente oí que el contramaestre llamaba en voz baja a Josh, el aprendiz mayor que capitaneaba nuestro bote, y le pedía que se acercase para juntar los botes. Entonces sacamos los remos y empujamos los botes hasta unirlos en medio del riachuelo; y montamos guardia toda la noche, aterrorizados, sin

levantar la voz, sólo lo necesario para transmitir nuestros pensamientos entre los gruñidos.

Así pasaron las horas, y nada más sucedió que no haya contado ya, salvo que una vez, poco después de la medianoche, pareció que sacudían de nuevo los árboles de enfrente, como si alguna criatura, o criaturas, acechara entre ellos; y poco después se oyó un sonido, como si algo estuviese agitando el agua contra la orilla; pero en un instante volvió a reinar el silencio.

Al cabo de fatigosas horas, el cielo del este comenzó a anunciar la llegada del día, y a medida que la luz crecía y se fortalecía, aquellos insaciables gruñidos se fueron acallando y desapareciendo junto con la oscuridad y las sombras. Así llegó por fin el día, y otra vez tuvimos que sufrir el triste lamento que había precedido a la noche. Ese lamento duró un rato, subiendo y bajando desconsoladamente sobre la inmensidad del desierto que nos rodeaba, hasta que el sol estuvo a unos pocos grados por encima del horizonte; entonces empezó a menguar, desapareciendo despacio en ecos prolongados, solemnes. Al fin calló por completo, y volvió el silencio que nos había acompañado todas las horas de luz natural.

Como era ya pleno día, el contramaestre nos ordenó que preparásemos un frugal desayuno, acorde con nuestras provisiones, luego del cual, habiendo primero examinado las orillas para discernir si había a la vista alguna cosa horrible, volvimos a tomar los remos y continuamos viaje río arriba, pues teníamos esperanzas de llegar pronto a un sitio donde la vida no se hubiese extinguido, y donde pudiéramos desembarcar a tierra firme. Sin embargo, como he dicho ya, la vegetación, donde existía, era extremadamente frondosa, así que no es muy exacto decir, como lo hice, que la vida se había extinguido en esa región. Pues, en verdad, ahora que lo pienso, recuerdo que el mismísimo barro de donde brotaba parecía colmado de una vida perezosa, robusta, tan espeso y viscoso era.

Pronto llegó el mediodía. Había pocos cambios en la naturaleza del desierto que nos rodeaba, aunque la vegetación era quizás un poco más tupida y más continua a lo largo de las orillas. Pero las orillas no habían cambiado: formadas por el mismo barro espeso y pegajoso, nos impedían desembarcar; y aunque no existiese ese obstáculo, el resto de la región, más allá de las orillas, no parecía mejor.

Y todo el tiempo, mientras remábamos, mirábamos de una orilla a la otra; y los que no trabajaban con los remos apoyaban de buena gana una mano en la vaina del cuchillo; los acontecimientos de la noche anterior seguían vivos en nuestras mentes, y estábamos muy asustados; habríamos vuelto al mar si no nos hubieran quedado tan pocas provisiones.

2

El barco en la ensenada

Más tarde, ya cerca del anochecer, llegamos a una ensenada que desembocaba en la más grande a través de la ribera que teníamos a la izquierda. La habríamos pasado de largo -tal como, por cierto, habíamos hecho con muchas durante el día- de no haber sido porque el contramaestre, cuyo bote iba delante, gritó que había una embarcación detenida un poco más allá del primer recodo. Y en efecto, así parecía, pues veíamos con claridad uno de sus mástiles, roto y muy astillado.

Enfermos ya de tanta soledad, y temerosos de la noche inminente, lanzamos algo así como unos vítores que, sin embargo, el contramaestre silenció, pues no sabíamos quiénes podrían ocupar la nave desconocida. Y entonces, en silencio, el contramaestre hizo virar su barca hacia la ensenada, y nosotros lo seguimos, cuidando de no hacer ruido y moviendo los remos con cautela. De ese modo no tardamos en llegar al saliente del recodo, y tuvimos a la vista al navío, un poco más atrás. Desde esa distancia no daba la impresión de estar habitado; por eso, después de una leve vacilación, nos acercamos a él, aunque todavía esforzándonos por guardar silencio.

La embarcación desconocida se apoyaba en la orilla de la ensenada que teníamos a la derecha, y por encima de ella se veía un denso grupo de esos árboles atrofiados. Por lo demás, parecía firmemente atascada en el espeso lodo e irradiaba un cierto aire de vejez que me transmitió la triste sugerencia de que a bordo de ella no encontraríamos nada apropiado para un estómago decente.

Habíamos llegado a una distancia de quizá diez brazas de su proa de estribor -pues yacía inclinada de cabeza hacia la boca de la pequeña ensenada- cuando el contramaestre ordenó a sus hombres que retrocedieran; así también lo hizo Josh con respecto a nuestro bote. Entonces, ya listos para escapar si nos veíamos en peligro, el contramaestre llamó a la nave desconocida, pero no obtuvo respuesta: sólo algún eco del grito pareció volver a nosotros. Llamó otra vez, por si había alguien bajo cubierta que no hubiese oído el primer grito; pero, de nuevo, la única respuesta fue aquel débil eco, aunque los silenciosos árboles se estremecieron un poco, como si esa voz los hubiera sacudido.

Ante eso, ya confiados, nos acercamos, y en un minuto, usando los remos como puente y trepando por ellos llegamos a cubierta. Allí, salvo que el vidrio del tragaluz del camarote principal estaba roto, y una parte del armazón destrozado, el desorden no era extraordinario, por lo cual nos pareció que no hacía mucho que estaba abandonada.

En cuanto subió, el contramaestre se dirigió a proa, hacia la escotilla, seguido por todos nosotros. Encontramos la puerta de la escotilla casi cerrada, y descorrerla nos costó tanto que tuvimos prueba inmediata de que hacía mucho tiempo que nadie bajaba por allí.

Sin embargo, no tardamos gran cosa en llegar abajo, donde comprobamos que la cabina principal estaba vacía, a no ser por los muebles. Comunicaba con dos camarotes por delante, y con la cabina del capitán por detrás, y en los tres sitios encontramos ropas y artículos diversos que demostraban que la nave había sido abandonada con prisa manifiesta. Como prueba adicional de esto hallamos, en un cajón de la pieza del capitán, una considerable cantidad de monedas de oro, que no era de suponer que su dueño hubiese dejado allí por su libre voluntad.

De los camarotes, el de estribor mostraba indicios de haber sido ocupado por una mujer: una pasajera, sin duda. El otro, donde había dos literas, había sido compartido, por cuanto pudimos comprobar, por dos hombres jóvenes; esto lo dedujimos observando diversas prendas diseminadas al descuido en ese lugar.

Con todo, no hay que suponer que nos detuvimos mucho en las cabinas, pues necesitábamos alimentos, y siguiendo instrucciones del contramaestre nos apresuramos a ver si había vituallas que pudieran mantenernos con vida.

A tal fin abrimos la compuerta que conducía a la despensa, encendimos dos lámparas que traíamos en los botes y bajamos a explorar. Fue así que no tardamos en hallar dos toneles que el contramaestre abrió con un hacha. Esos toneles, sólidos y bien cerrados, contenían galleta marina, muy sabrosa y apta para el consumo. Al ver esto, como es de imaginar, nos tranquilizamos, sabiendo que no había temor inmediato de morir de hambre. Luego descubrimos un barril de melaza, un tonel de ron, algunos cajones de fruta seca -que estaba enmohecida y era apenas comestible-, un tonel de carne vacuna salada, otro de cerdo, un pequeño barril de vinagre, una caja de coñac, dos barriles de harina, uno de los cuales resultó estar humedecido, y un manojo de velas de sebo.

Poco tardamos en llevar todo eso a la cabina grande, a fin de tenerlo a mano para separar lo que era apropiado para nuestros estómagos de lo que no lo era. Entre tanto, mientras el contramaestre supervisaba estas cuestiones, Josh llamó a dos marineros y subió a cubierta para traer los pertrechos de los botes, pues se había decidido que pasáramos la noche a bordo de aquella nave.

Una vez hecho esto, Josh fue a inspeccionar el castillo de proa, pero no encontró nada más que dos cofres, una bolsa marinera y algunos utensilios sueltos. Por cierto que no había, en total, más de diez literas para dormir, ya que era sólo un bergantín pequeño, que no requería una tripulación numerosa. Sin embargo, Josh quedó bastante perplejo pensando qué habría pasado con los cofres que faltaban, pues era inconcebible que no hubiera habido más que dos -y una bolsa marinera- para diez hombres. Pero en ese momento no tenía la respuesta, de modo que, ansioso por comer, volvió a cubierta y de allí a la cabina principal.

Mientras tanto, el contramaestre había puesto a sus hombres a despejar la cabina principal, y luego había servido a cada uno dos galletas y un trago de ron. Cuando apareció Josh, le dio lo mismo, y poco después convocamos a una especie de consejo, ya lo bastante reconfortados por la comida como para conversar.

Antes de hablar, sin embargo, nos dimos tiempo para encender nuestras pipas, pues el contramaestre había descubierto una caja de tabaco en la cabina del capitán, y después de esto pasamos a considerar nuestra situación.

Según calculaba el contramaestre, teníamos alimento para casi dos meses, y esto sin restringirlo mucho; pero todavía nos faltaba comprobar si el bergantín guardaba agua en sus toneles, porque la de la ensenada era salobre, aun a tanta distancia del mar. El contramaestre encargó de esto a Josh con dos hombres. Ordenó a otro ocuparse del fogón mientras estuviéramos en esa nave. Pero dijo que por esa noche no necesitábamos hacer nada, ya que en los barriles de los botes teníamos agua suficiente hasta el otro día. Y así el crepúsculo empezó a llenar la cabina, pero nosotros seguimos conversando, muy satisfechos con la tranquilidad de que gozábamos en ese momento, y con el buen tabaco que disfrutábamos.

Poco después uno de los marineros nos gritó de pronto que calláramos, y en ese instante todos lo oyeron: un gemido lejano y prolongado el mismo que llegara hasta nosotros al anochecer del primer día. Al oír eso nos miramos entre el humo y la creciente oscuridad, y mientras nos mirábamos el gemido fue cada vez más claro, hasta que nos rodeó por todos lados; ¡sí!, parecía bajar flotando a través de la rota armazón del tragaluz, como si un algo tenebroso e invisible llorara en la cubierta sobre nuestras cabezas.

Durante ese llanto nadie se movió; es decir, nadie salvo Josh y el contramaestre, que subieron a la escotilla a ver si se divisaba algo; pero nada encontraron, de modo que volvieron a nuestro lado, pues no era sensato exponernos, desarmados como estábamos, salvo por los cuchillos que llevábamos en las vainas.

Poco más tarde, la noche descendió sobre el mundo, y nosotros seguíamos sentados en la oscura cabina, sin hablar y percibiendo la presencia de los demás únicamente por el resplandor de las pipas.

De pronto llegó desde tierra un débil gruñido, un murmullo que de inmediato ahogó

el hosco tronar del llanto. Cuando se extinguió, hubo un minuto entero de silencio; después apareció de nuevo, más cercano y más claro. Yo me quité la pipa de la boca, pues volvía a sentir ese gran temor e inquietud que habían súscitado en mí los acontecimientos de la primera noche, y el sabor del tabaco ya no me producía placer. El gruñido pasó sobre nuestras cabezas y se apagó en la distancia, y reinó un brusco silencio.

Entonces, en esa quietud, se oyó la voz del contramaestre pidiéndonos que fuéramos todos en seguida a la cabina del capitán. Mientras nos movíamos, obedeciéndole, el contramaestre corrió a poner la tapa de la escotilla, y Josh fue con él, y juntos la colocaron, aunque con dificultad. Ya en la cabina del capitán, cerramos y aseguramos la puerta, apilando contra ella dos grandes baúles de marinero, con lo cual nos sentimos casi a salvo, sabiendo que allí nadie, hombre o animal, podía alcanzarnos. No obstante, como es de suponer, no nos sentíamos del todo seguros, ya que en el gruñido que ahora llenaba la oscuridad había algo de demoniaco, e ignorábamos qué Poderes horrendos andaban fuera del barco.

El gruñido continuó durante toda la noche, aparentemente muy cerca de nosotros, ¡sí!, casi sobre nuestras cabezas, y mucho más fuerte que la noche anterior; de modo que agradecí al Todopoderoso porque habíamos encontrado refugio entre tanto miedo.

3

La cosa que buscaba

Me quedé dormido de a ratos, como la mayoría; pasé casi todo el tiempo acostado, medio dormido y medio despierto, sin poder conciliar el verdadero sueño debido al incesante gruñido que continuaba en la noche sobre nosotros, y el temor que en mí eso provocaba. Poco después de medianoche percibí un ruido en la cabina principal, al otro lado de la puerta, y de inmediato me desperté del todo. Me senté, escuché, y así advertí que algo andaba a tientas por el piso de la cabina principal. Al oír eso me incorporé y fui a donde estaba acostado el contramaestre, pensando despertarlo si dormía, pero cuando me agaché para sacudirlo él me tomó por el tobillo y me susurro que guardara silencio, pues también él había percibido ese ruido extraño de algo que se movía vacilante en la cabina grande, a pocos pasos.

En seguida llegamos, arrastrándonos, tan cerca de la puerta como lo permitían los cofres, y alil nos agazapamos, escuchando, pero sin poder determinar qué era lo que producía un ruido tan extraño. Porque no era un arrastrar de pies, ni pisadas de ninguna clase, ni tampoco el zumbido de las alas de un murciélago, que fue lo primero que se me ocurrió, sabiendo que los vampiros, según se dice, habitan de noche en sitios tenebrosos. Tampoco era el reptar de una serpiente; nos parecía, en cambio, como si estuvieran frotando con un gran trapo mojado cada parte del piso y del mamparo. Pudimos cerciorarnos mejor de esta similitud cuando, de pronto, la cosa pasó al otro lado de la puerta tras la cual escuchábamos. En ese momento, pueden estar seguros, los dos nos apartamos atemorizados, pese a que la puerta y los cofres se interponían entre nosotros y lo que se frotaba contra ella.

Luego cesó el ruido, y a pesar de que escuchamos no pudimos distinguirlo más. Pero ya no dormimos más hasta la mañana, pensando, inquietos, qué era aquello que había estado recorriendo la cabina grande.

A su tiempo llegó el día, y el gruñido cesó. Por un lúgubre momento el triste llanto llenó nuestros oídos, y después, al fin, el silencio eterno que colma las horas diurnas de aquella espantosa tierra cayó sobre nosotros.

Entonces, al reinar la quietud, dormimos, pues estábamos sumamente cansados. A eso de las siete de la mañana el contramaestre me despertó, y comprobé que habían abierto la puerta que comunicaba con la cabina grande pero, aunque él y yo hicimos una minuciosa inspección, nada encontramos que nos diera algún indicio sobre aquello que tanto nos había asustado. Con todo, no sé si acierto al decir que no encontramos nada, pues en varios sitios los mamparos parecían *desgastados*, pero no podíamos determinar si ya habían sido así antes de esa noche.

El contramaestre me ordenó que no mencionara lo que habíamos oído, ya que no quería atemorizar a sus hombres más de lo necesario. Consideré que esto era sensato, y guardé silencio. Sin embargo, me inquietaba mucho pensando qué sería aquello que debíamos temer, y además ansiaba saber si eso dejaría de amenazarnos en las horas diurnas, pues me perseguía la idea de que ESO (así lo llamaba mentalmente) pudiera caer sobre nosotros y destruirnos.

Más tarde, después del desayuno, para el cual recibimos cada uno una porción de cerdo salado, además de ron y galletas (habíamos encendido el fuego en la cocina), emprendimos diversas tareas, bajo la dirección del contramaestre. Josh y dos marineros examinaron los toneles de agua, mientras los demás levantábamos las tapas de la escotilla principal para inspeccionar el cargamento, pero nada encontramos, salvo unos noventa centímetros de agua en la bodega.

Para ese entonces Josh había sacado un poco de agua de los toneles, pero era un agua que no servía para beber: tenía un olor y un sabor repugnantes. Sin embargo, el contramaestre le ordenó que llenara unos baldes con ella, para ver si el aire la purificaba; aunque así lo hizo, y el agua fue dejada toda la mañana, no mejoró mucho.

Ante esto, como pueden ustedes imaginar, nos exprimimos el cerebro buscando una manera de producir agua potable, porque ya empezábamos a necesitarla. Aunque uno dijo una cosa y otro otra, nadie tuvo el ingenio suficiente para idear algún método que permitiera satisfacer nuestra necesidad. Entonces, una vez concluido nuestro almuerzo, el contramaestre envió a Josh aguas arriba con cuatro marineros, para ver si un kilómetro o dos más adelante el agua tenía pureza suficiente para nuestros fines. Pero poco antes del crepúsculo regresaron sin agua, pues en todas partes ésta era salada.

Mientras tanto, el contramaestre, previendo que tal vez fuera imposible encontrar agua, había puesto al hombre a quien había designado cocinero a hervir el agua de la ensenada en tres grandes calderos. Se lo había ordenado poco después de la partida del bote, y el cocinero había colgado sobre el pico de la caldera una gran olla de hierro llena de agua fría sacada de la bodega -que estaba más fresca que la de la ensenada- de modo que el vapor de cada caldero chocaba con la fría superficie de las ollas de hierro y, al condensarse, era recogida en tres baldes colocados debajo de aquéllas en el piso de la cocina. De este modo fue reunida agua suficiente para esa noche y la mañana siguiente; pero era un método lento, y necesitábamos con urgencia otro más rápido para poder abandonar el barco tan pronto como yo, por lo menos, lo deseaba.

Cenamos antes de la puesta del sol, para quedar libres del llanto que, suponíamos, iba a llegar. Luego el contramaestre cerró la escotilla y, una vez que entramos todos en la cabina del capitán, pusimos la tranca a la puerta, como la noche anterior, y menos mal que obramos con tanta prudencia.

Cuando nos instalamos en la cabina del capitán, y cerramos la puerta, se estaba poniendo el sol, y con el crepúsculo llegó desde la tierra el melancólico lamento. Sin embargo, ya un tanto habituados a cosa tan extraña, encendimos las pipas y fumamos, aunque observé que nadie hablaba, pues era imposible olvidar el llanto de afuera.

Como he dicho, guardamos silencio, pero sólo por un rato, y el motivo de que lo rompiéramos fue un descubrimiento hecho por George, el aprendiz más joven Este muchacho no era fumador, y quiso hacer algo para pasar el rato; con ese propósito había vaciado una cajita, cuyo contenido desparramó sobre cubierta, al costado del mamparo delantero.

La caja resultó estar repleta de diversos objetos pequeños, parte de los cuales era una docena de envolturas de papel gris, como las que usan, según tengo entendido, para llevar muestras de maíz, aunque las he visto destinadas a otros fines, como en este caso. Al principio George las hizo a un lado, pero al oscurecer el contramaestre encendió una de las velas que habíamos hallado en la despensa. Fue así que George, al disponerse a recoger los objetos dispersos, descubrió algo que le arrancó una exclamación de asombro.

Al oír el grito de George, el contramaestre le ordenó que callase, creyendo que era una simple manifestación de intranquilidad juvenil, pero George acercó la vela y nos pidió que escucháramos, porque las envolturas estaban cubiertas de una escritura fina, como la de una mujer.

Mientras George nos relataba su hallazgo, advertimos que había llegado la noche, pues de pronto cesó el llanto, y en su lugar surgió desde la lejanía el apagado tronar del gruñido nocturno que nos había atormentado las dos últimas noches. Durante un momento dejamos de fumar, y nos quedamos escuchando, porque era un ruido muy atemorizador. En poco tiempo pareció rodear la nave, como en las noches anteriores, pero al fin nos acostumbramos a él, y volvimos a fumar, y le pedimos a George que nos leyera lo escrito en las envolturas.

Entonces George, aunque con voz un tanto temblorosa, se puso a descifrar lo que decían las envolturas, que era un relato extraño y misterioso, muy relacionado con nuestras propias preocupaciones:

> Cuando descubrieron el manantial entre los árboles que coronan la ribera, hubo mucho regocijo, pues habíamos llegado a tener mucha necesidad de agua. Y

> algunos, que temían al barco (declarando, a causa de todas nuestras desventuras y las extrañas desapariciones de sus compañeros y del hermano de mi amado, que lo hechizaba un demonio), anunciaron su intención de llevar sus pertrechos al manantial y acampar allí. Concibieron y pusieron en práctica esta idea en el transcurso de una tarde, pese a que nuestro capitán, un hombre bueno y leal, les rogó que, si apreciaban su vida, permanecieran en el refugio donde vivían. Pero, como ya señalé, ninguno de ellos escuchó esos consejos, y el capitán, faltando el piloto y el contramaestre, no tenía recursos para imponerles sensatez...

En ese momento George dejó de leer, y se puso a revolver los papeles como si buscara la continuación del relato.

En seguida exclamó que no la encontraba, y su rostro expresó consternación.

Pero el contramaestre le dijo que siguiera leyendo de las hojas que quedaran, pues, como hizo notar, no sabíamos si existían más, y deseábamos averiguar algo más sobre ese manantial que, según el relato, parecía hallarse sobre la ribera, cerca del barco.

Siguiendo esta indicación, George tomó la hoja de arriba; oí que le explicaba al contramaestre que estaban todas salteadas y tenían poca relación una con otra. Con todo, estábamos muy ansiosos por enterarnos de lo que pudieran decirnos esos fragmentos. Entonces, George leyó la envoltura siguiente, que decía:

> De pronto oí la voz del capitán exclamando que había algo en la cabina principal, e inmediatamente sentí un grito de mi amado pidiéndome que cerrara la puerta y no la abriera de ningún modo. En ese momento la puerta de la cabina del capitán se cerró con violencia, y hubo un silencio, que fue roto por un *ruido*. Era la primera vez que oía a la Cosa recorrer la cabina grande, y más tarde mi amado me dijo que ya había ocurrido antes, pero no me habían contado nada para no asustarme innecesariamente; ahora comprendía, empero, por qué me había indicado que nunca dejara mi camarote sin trancar de noche. Recuerdo también haberme preguntado si el ruido de vidrios rotos que me había arrancado un poco de mis sueños una noche o dos antes había sido obra de aquella Cosa indescriptible, ya que en la mañana siguiente a esa noche vi que el vidrio del tragaluz estaba destrozado. Así mis pensamientos se detenían en insignificancias, mientras mi alma parecía a punto de salirseme del pecho a causa del miedo.
>
> Por acostumbramiento, conseguí dormir pese al aterrador gruñido, pues había llegado a la conclusión de que lo producían espíritus nocturnos, y no dejé que pensamientos lúgubres me asustasen innecesariamente, porque mi amado me había asegurado que estábamos a salvo y que aún llegaríamos a casa. Y ahora, al otro lado de la puerta, oía ese ruido espantoso de la Cosa que buscaba...

George hizo una súbita pausa, porque el contramaestre se había levantado y le había puesto una mano sobre el hombro. El joven intentó hablar, pero el contramaestre le hizo señas de que no lo hiciera, y entonces nosotros, nerviosos por los sucesos relatados, escuchamos con atención. Oímos así un sonido que no habíamos percibido a causa del gruñido fuera del barco y del interés en la lectura.

Estuvimos muy callados un momento, sin hacer otra cosa que respirar, y así cada uno de nosotros supo que algo se movía afuera, en la cabina grande. En seguida algo tocó la puerta, y hubo un sonido -ya lo mencioné antes- como si un gran estropajo frotara y fregara el maderamen. Al oír eso, los hombres que estaban más cerca de la puerta se echaron todos atrás al mismo tiempo, presa de súbito temor por la proximidad de la Cosa; pero el contramaestre levantó una mano, ordenándoles en voz baja que no hicieran ruido innecesario. Sin embargo, como si el ruido que causaron al moverse hubiera sido oído, la puerta fue sacudida con tal violencia que todos esperamos verla arrancada de los goznes; pero resistió, y nos apresuramos a reforzarla con las tablas de las literas, que colocamos entre ella y dos grandes cofres, y sobre éstos pusimos un

tercer cofre, de modo que la puerta quedó totalmente tapada.

No recuerdo ahora si anoté que, cuando llegamos al barco, encontramos rota la ventana de popa del lado de babor, pero lo estaba, y el contramaestre la cerró usando una tapa de madera de teca destinada a cubrirla en tiempo tormentoso, y reforzándola con gruesos listones ajustados con cuñas. Lo hizo la primera noche, temiendo que algo malo nos alcanzara por la abertura, y esta acción suya fue muy prudente, como se verá.

George exclamó que algo andaba sobre la tapa de la ventana de babor, y retrocedimos, cada vez más asustados, porque aquel ser perverso trataba de alcanzarnos. Pero el contramaestre, que era un hombre muy valeroso, y sereno además, se acercó a la ventana para comprobar si los listones estaban firmes, pues sabía con certeza que, si lo estaban, ningún ser con menos fuerza que una ballena podría derribarla, y en tal caso su cuerpo sería tan grande que estaríamos a salvo de cualquier ataque.

De pronto, mientras revisaba las cerraduras, algunos marineros lanzaron un grito de terror, porque en el vidrio sano había aparecido una masa rojiza que se aplastaba contra él, chupándolo, se diría. Entonces George tomó la vela y la levantó hacia la Cosa; así pude ver que tenía muchas lengüetas, que parecía moldeada a partir de un trozo inerte de carne... *pero que estaba viva.*

La miramos fijamente, demasiado pasmados de terror para tratar de protegernos, aun cuando hubiéramos tenido armas. Y mientras permanecíamos así un instante, como tontas ovejas esperando al matarife, oí que el armazón rechinaba y crujía, y en todo el vidrio aparecieron grietas. Un momento más y todo habría sido arrancado, quedando la cabina sin defensas, de no haber intervenido el contramaestre, que nos lanzó una sonora maldición por inútiles, echó mano a la otra tapa y la sostuvo contra la ventana. En esto consiguió más ayuda de la necesaria, y en un abrir y cerrar de ojos quedaron puestos los listones y las cuñas. Tuvimos prueba inmediata de que habíamos actuado apenas a tiempo, porque nos llegó el ruido de madera hendida y vidrio destrozado, y después un extraño aullido en la oscuridad exterior, un aullido que se elevó sobre el continuo gruñido que colmaba la noche, apagándolo. Pronto cesó ese aullido, y en el breve silencio que pareció seguir oímos un humedo tanteo contra la tapa de teca, pero ésta se hallaba bien ajustada y no tuvimos motivo inmediato de temor.

4
Las dos caras

Del resto de aquella noche no tengo sino un confuso recuerdo. A ratos oíamos cómo se sacudía la puerta detrás de los grandes cofres, pero sin que sufriera daño. Y a veces había un suave golpeteo y un roce en la cubierta, sobre nuestras cabezas; y en una ocasión, según recuerdo, la Cosa hizo un último intento contra las coberturas de teca que protegían las ventanas, pero al fin llegó el día y me encontró durmiendo. En verdad habríamos dormido hasta más allá del mediodía, si no fuera porque el contramaestre, atento a nuestras necesidades, nos despertó, y retiramos los cofres. Con todo, pasó quizás un minuto sin que ninguno se atreviera a abrir la puerta, hasta que el contramaestre nos ordenó que nos hiciéramos a un lado. Nos volvimos hacia él, y vimos que empuñaba un gran alfanje en la mano derecha.

Nos dijo que había otras cuatro armas, y señaló un armario abierto con un movimiento hacia atrás de la mano izquierda. En seguida, como puede suponerse, fuimos al sitio indicado, y descubrimos que, entre otros pertrechos, había tres armas más como la que él sostenía; pero la cuarta era una espada recta, que yo tuve la buena suerte de asegurarme.

Armados, corrimos junto al contramaestre, que ya había abierto la puerta y escudriñaba la cabina principal. Quisiera hacer notar aquí hasta qué punto un buen arma parece dar ánimo a un hombre, pues yo, que apenas unas horas antes había temido por mi vida, rebosaba ahora de entusiasmo y combatividad, lo cual no era quizá de lamentar.

Desde la cabina principal, el contramaestre nos condujo a cubierta, y recuerdo cierta sorpresa al encontrar la tapa de la escotilla tal como la dejáramos la noche anterior, pero luego recordé que el tragaluz estaba roto, y había acceso a la cabina grande por allí. Con todo, me pregunté cómo sería aquello que desconocía la conveniencia de la escotilla y bajaba por el tragaluz roto.

Registramos las cubiertas y el castillo de proa, pero sin hallar nada, tras lo cual el contramaestre apostó allí a dos de nosotros, mientras los demás iban a cumplir las tareas necesarias. Poco después nos desayunamos, y luego nos dispusimos a verificar lo escrito en las envolturas viendo si acaso había, en verdad, un manantial de agua pura entre los árboles.

Ahora bien, entre la nave y los árboles se extendía una cuesta de ese fango espeso sobre el cual aquélla reposaba. Tan resbaladiza era la orilla que casi habría resultado imposible atravesarla, ya que sólo parecía adecuada para reptar; pero Josh anunció al contramaestre que había encontrado una escala sujeta a la punta del castillo de proa. La trajo junto con varias tapas de escotilla. Éstas fueron colocadas sobre el lodo, y encima la escala extendida, lo cual nos permitió llegar a lo alto de la ribera sin tocar el barro.

Allí nos metimos en seguida entre los árboles, que crecían hasta el borde mismo, pero no nos costó abrirnos paso, ya que en ninguna parte estaban muy juntos; cada uno se alzaba dentro de un pequeño espacio propio.

Habíamos andado un poco entre los árboles cuando, de pronto, uno que iba con nosotros gritó que veía algo a nuestra derecha. Cada uno aferró su arma con mayor decisión aún, y fuimos hacia allí. Sin embargo, resultó ser nada más que un cofre de marinero, y un poco más lejos vimos otro. Así, tras caminar un trecho, descubrimos el campamento, que poco se parecía a un campamento, pues la vela con la que habían armado la carpa estaba desgarrada y sucia, y yacía embarrada en el suelo. No obstante, el manantial, claro y dulce, era cuanto habíamos deseado, y así supimos que podíamos soñar con salvarnos.

Podría pensarse que, al descubrir el manantial, tendríamos que haber avisado a gritos a los del barco, pero no fue así, porque en la atmósfera de ese sitio había algo que entristecía nuestros espíritus, y no nos faltaban deseos de volver a la nave.

De vuelta en el bergantín, el contramaestre ordenó a cuatro marineros que bajaran a

los botes y subieran los barriles; juntó además todos los baldes que había en el barco, y de inmediato nos pusimos todos manos a la obra. Unos, los que estaban armados, penetraron en el bosque, y alcanzaban el agua a los que se hallaban apostados en la ribera, quienes, a su vez, la pasaban a los del barco. El contramaestre ordenó al que atendía la cocina que llenase un caldero con algunos de los mejores trozos de cerdo y carne vacuna de los toneles, y los cocinase lo antes posible, ya que estaba decidido -ahora que habíamos encontrado agua- que no nos quedaríamos ni una hora más en aquella embarcación infestada de monstruos, y todos anhelábamos reaprovisionar los botes y volver al mar, de donde habíamos escapado con tanta alegría.

Fue así que trabajamos todo el resto de la mañana, y por la tarde, pues teníamos un miedo mortal de la inminente oscuridad. Alrededor de las cuatro, el contramaestre nos envió al encargado de cocinar con tajadas de carne salada sobre galletas, y comimos mientras trabajábamos, mojándonos las gargantas con agua del manantial; y así, antes del anochecer, habíamos llenado los barriles, y casi todos los recipientes que podíamos llevar en los botes. Además, algunos aprovechamos la ocasión para lavarnos el cuerpo, porque el agua salada nos había irritado la piel después de tanto zambullirnos en el mar para contener la sed.

En una mejor situación no habríamos tardado tanto en trasladar el agua. Sin embargo, a causa de la blandura del suelo que pisábamos, así como del cuidado con que debíamos andar y la distancia que nos separaba del bergantín, terminamos más tarde de lo que hubiéramos deseado. Por consiguiente, cuando el contramaestre mandó decir que subiéramos a bordo llevando nuestros pertrechos, lo hicimos a toda prisa. Así descubrí que había dejado mi espada junto al manantial, donde la había puesto para tener libres las manos y llevar un barril. Al anunciar esa pérdida, George, que estaba cerca, dijo que iría corriendo a buscar el arma, y se alejó de inmediato, pues tenía suma curiosidad por ver el manantial.

En ese momento llegó el contramaestre, llamando a George, pero yo le informé que había ido corriendo al manantial en busca de mi espada. Entonces el contramaestre golpeó el suelo con el pie, y lanzó una sonora maldición, declarando que había tenido el muchacho a su lado todo el día, pues quería evitarle cualquier peligro que pudiese encerrar el bosque, sabiendo que deseaba aventurarse en él. Ante esto -algo que yo debía haber sabido, me reproché por mi gran estupidez, y corrí detrás del contramaestre, que había desaparecido en lo alto de la ribera. Le vi la espalda cuando entraba en el bosque, y corrí hasta alcanzarlo; de pronto comprobé que entre los árboles reinaba una sensación de fría humedad, aunque poco antes la calidez del sol colmaba el lugar. Atribuí esto al anochecer, que se avecinaba con rapidez, y además hay que tener en cuenta que éramos solamente dos.

Llegamos al manantial, pero no vimos a George por ninguna parte, y tampoco había señales de mi espada. El contramaestre levantó la voz llamando al muchacho por su nombre. Lo llamó una y otra vez; y a la segunda llamada oímos que contestaba con voz chillona desde cierta distancia, entre los árboles. Al oírlo corrimos hacia el grito, atravesando pesadamente el terreno, cubierto en todas partes por una densa espuma en la que se atascaban los pies. Llamábamos mientras corríamos, y así llegamos hasta el muchacho, y vi que tenía mi espada.

El contramaestre corrió hasta él y lo tomó por el hombro, hablándole con rabia y ordenándole que de inmediato volviera con nosotros al barco.

Pero el joven respondió señalando con mi espada, y vimos que apuntaba hacia algo que parecía un pájaro contra el tronco de uno de los árboles. Al acercarme más advertí que no era un pájaro, sino una parte del árbol, pero que se asemejaba a un pájaro de un modo maravilloso, tanto que me acerqué para ver si los ojos me habían engañado. Sin embargo, parecía sólo un capricho de la naturaleza, aunque de una extraña fidelidad, ya que no era sino una excrecencia en el tronco. Con la súbita idea de que podía ser un buen recuerdo, me estiré para tratar de arrancarlo del árbol, pero como estaba fuera de mi alcance tuve que dejarlo. Una cosa descubrí, no obstante, pues al estirarme hacia esa

protuberancia y apoyar una mano en el tronco noté que era blando como una pulpa, similar a un hongo.

Cuando emprendíamos el regreso, el contramaestre preguntó a George por qué motivo se había alejado del manantial. El muchacho respondió que le había parecido oír que alguien lo llamaba entre los árboles, con tanto dolor en la voz que había corrido hacia allí, pero sin hallar a nadie. Inmediatamente había visto, en un árbol cercano, aquella curiosa excrecencia parecida a un ave. Entonces nosotros lo habíamos llamado, y lo demás ya lo sabíamos.

En el viaje de regreso habíamos llegado cerca del manantial cuando un débil quejido pareció correr entre los árboles. Al mirar el cielo advertí que llegaba el anochecer. Estaba a punto de hacérselo notar al contramaestre cuando éste se detuvo bruscamente, y se inclinó para mirar con atención las sombras a nuestra derecha. George y yo nos volvimos para ver qué era lo que había atraído la atención del contramaestre, y distinguimos, a unos veinte metros de distancia, un árbol que tenía todas las ramas enroscadas alrededor del tronco, tal como la correa de un látigo se enrolla alrededor del mango. Esto nos pareció muy extraño, y hacia allí nos dirigimos los tres para averiguar el motivo de un hecho tan extraordinario.

Cuando estuvimos cerca, sin embargo, no tuvimos modo de averiguar qué significaba aquello. Cada uno de nosotros anduvo alrededor del árbol, y después de explorar ese gran vegetal quedamos más atónitos que antes.

De pronto, y a la distancia, percibí el lejano lamento que precedía a la noche, y bruscamente, según me pareció, el árbol nos lanzó un gemido. Esto me causó gran asombro y temor; sin embargo, aunque retrocedí, no pude apartar la vista del árbol, sino que lo escudriñé con mayor intensidad aún, y de pronto vi un oscuro rostro humano que nos miraba entre las ramas enroscadas. Al ver esto quedé paralizado, presa de ese miedo que por un instante incapacita para moverse. Entonces, antes de recobrar el dominio de mí mismo, vi que esa cara formaba parte del tronco del árbol, pues no podía determinar dónde concluía y dónde empezaba el árbol.

Así al contramaestre por el brazo y le señalé aquello, pues, parte del árbol o no, era obra del diablo; pero el contramaestre, al verlo, se precipitó en seguida hacia allí, llegando tan cerca del árbol que podría haberlo tocado con la mano, y yo me encontré junto a él. En ese momento George, que estaba al otro lado del contramaestre, susurró que había otra cara, parecida a la de una mujer y, en efecto, advertí en el árbol una segunda excrecencia que se asemejaba de modo muy extraño a la cara de una mujer. Lo misterioso de todo aquello arrancó una exclamación y un juramento al contramaestre, cuyo brazo, que yo apretaba, sentí temblar un poco, como a consecuencia de una honda emoción. Entonces volví a oír a lo lejos el rumor del quejido e, inmediatamente, de entre los árboles que nos rodeaban, surgieron en respuesta gemidos y un gran suspiro. Apenas había tenido tiempo de percibir estas cosas cuando el árbol nos lanzó otro gemido. Al oírlo, el contramaestre exclamó súbitamente que ya sabía, aunque en ese momento yo ignoraba qué era lo que sabía. Y de inmediato comenzó a golpear con el alfanje el árbol que teníamos delante, pidiendo a Dios que lo destruyese, y ante esos golpes ocurrió algo espantoso: el árbol comenzó a sangrar como cualquier ser viviente. Despidió un sonoro alarido y empezó a retorcerse. Y de pronto advertí que a nuestro alrededor los árboles temblaban.

En ese instante George lanzó un grito y corrió hacia mi lado, y vi que una de esas cosas parecidas a repollos lo perseguía desde la punta del tallo, como una malvada serpiente; era un espectáculo horrible, pues se había vuelto de color rojo sangre, pero la herí con la espada que el muchacho me había devuelto, y cayó al suelo.

Oí entonces que llamaban desde el bergantín, y los árboles se habían vuelto como seres vivientes, y colmaban el aire gruñidos y horribles trompetazos. Volví a tomar por el brazo al contramaestre, gritándole que debíamos correr para salvar nuestras vidas, y así lo hicimos, golpeando alrededor con las espadas, porque de la creciente penumbra surgían cosas que nos perseguian.

Así llegamos al bergantín; los botes estaban preparados, y yo trepé al del contramaestre, detrás de él, y todos nos echamos a navegar por la ensenada, con la velocidad que nuestra carga permitía. Cuando nos alejábamos volví la vista hacia el bergantín, y me pareció que una multitud de cosas lo asediaba desde la orílla, y otras parecían moverse a bordo de un lado a otro. Por fin llegamos a la gran ensenada de donde habíamos venido, y poco después anocheció.

Remamos toda la noche, manteniéndonos muy estrictamente en el centro de la gran ensenada, mientras a nuestro alrededor resonaba el enorme gruñido, más aterrador que nunca, hasta que pensé que habíamos delatado nuestra presencia ante toda aquella región de terror. Pero, al llegar la mañana, habíamos ido tan rápido, debido a nuestro temor y a la corriente favorable, que nos encontramos cerca del mar abierto. Al verlo, todos lanzamos un grito, sintiéndonos como prisioneros liberados.

Colmados de gratitud hacia el Todopoderoso, seguimos remando rumbo al mar.

5

La gran tormenta

Por fin, como ya dije, llegamos sanos y salvos a mar abierto, y entonces tuvimos, por un tiempo, un poco de tranquilidad, aunque tardamos mucho en librarnos de todo el horror que la Tierra de la Soledad había causado en nuestros corazones.

Acude a mi memoria un detalle más acerca de esa región. Como se recordará, George encontró unas envolturas escritas. En la prisa de nuestra partida se había olvidado de llevarlas consigo, pero encontró un trozo de una en el bolsillo lateral de la chaqueta, que decía más o menos lo siguiente:

> Pero oigo la voz de mi amado gimiendo en la noche, y voy a su encuentro, porque mi soledad es intolerable. ¡Que Dios se apiade de mí!

Eso era todo.

Durante un día y una noche navegamos hacia el norte sin acercarnos a tierra, con una brisa constante a la cual acomodamos nuestras velas; eso nos permitió avanzar con rapidez, pues el mar estaba tranquilo, aunque con una marejada lenta y pesada que venía del sur.

Fue en la mañana del segundo día de la fuga cuando se inició nuestra aventura en el Mar Silencioso, que me dispongo a relatar con la mayor claridad posible.

La noche había sido tranquila, y la brisa constante casi hasta el amanecer; entonces el viento amainó y nos quedamos esperando, por si acaso el sol traía la brisa consigo. Y así fue, pero no la brisa que deseábamos, pues al llegar la mañana notamos que cubría toda esa parte del cielo un rojo ardiente, que no tardó en extenderse hacia el sur, de modo que todo un sector del firmamento era, o nos pareció, un potente arco de fuego color sangre.

Al ver estos presagios, el contramaestre dio orden de preparar las embarcaciones para la tormenta que ya podíamos prever, y que vendría del sur, pues la marejada nos llegaba desde esa dirección. A tal fin levantamos toda la lona gruesa que teníamos, ya que habíamos traído un rollo y medio del barco abandonado en la ensenada, así como las coberturas, que sujetamos a los pernos de metal bajo las bordas de los botes. Después extendimos dos trozos de la resistente lona a todo lo largo del bote, superponiéndolos y clavándolos de modo que caían inclinados sobre las bordas a cada lado, formando una especie de techo para nosotros. Aquí, mientras algunos estiraban la lona clavando los extremos inferiores a la borda, otros se ocupaban de atar los remos al mástil, sujetándolos con un buen tramo de soga de cáñamo nueva, que también habíamos traído de la embarcación abandonada. Luego pasamos esta soga sobre las proas y a través del anillo de amarrar, y desde allí a las riostras delanteras, donde la sujetamos y la envolvimos con tiras sueltas de lona para evitar cualquier posible desgaste. Y lo mismo hicimos en ambos botes, ya que no podíamos confiarnos en las amarras, que además no eran lo bastante largas como para garantizar un viaje seguro y fácil.

Una vez clavada la lona, extendimos sobre ella la cobertura sujetándola con los pernos de bronce bajo la borda. Así tuvimos todo el bote cubierto, salvo en un sitio de la popa, donde podía estar un hombre de pie para manejar el remo de dirección, ya que los botes tenían doble proa. Y en cada bote hicimos iguales preparativos, atando todos los objetos móviles y disponiéndonos a enfrentar una tormenta cuya magnitud acaso llenaría los corazones de terror, pues el cielo nos anunciaba que no sería un viento leve, y además la gran marejada que venía del sur crecía hora tras hora, aunque todavía le faltaba virulencia, pues era lenta, aceitosa y negra contra el color rojo del cielo.

Pronto estuvimos preparados; arrojamos el fardo con los remos y el mástil, que nos serviría de ancla, y nos quedamos a la espera. Entonces el contramaestre llamó a Josh, y

le aconsejó algo respecto de lo que teníamos por delante. Después los dos apartaron un poco los botes, ya que podía haber peligro de que la violencia inícial de la tormenta los estrellara uno contra el otro.

Vino así un período de espera, con Josh y el contramaestre empuñando cada uno un remo, y los demás ocultos bajo las coberturas. Desde donde estaba yo agachado, cerca del contramaestre, veía a Josh por encima de nuestra baranda de babor, en el otro bote: de pie, negro como una figura nocturna contra el potente resplandor rojo; el bote llegaba a las cimas sin espuma de las olas y desaparecía luego en los huecos.

Ya había llegado y se había ido el mediodía, que nosotros habíamos aprovechado para comer tan bien como nuestro apetito lo permitía, pues no sabíamos cuándo volveríamos a poder hacerlo, si en verdad alguna vez llegágamos a tener que pensar en eso de nuevo. Y luego, a media tarde, oímos los primeros rumores de la tempestad: un quejido lejano que subía y bajaba con gran solemnidad.

Poco después, toda la parte sur del horizonte, quizás hasta unos siete a diez grados de altura, quedó borrada por una gran muralla negra de nubes, por sobre las cuales el rojo resplandor llegaba hasta las grandes olas como la luz de algún incendio vasto e invisible. Más o menos a esa hora observé que el sol tenía el aspecto de una gran luna llena, pues era pálido y claramente definido, y no parecía tener calor ni brillo; lo cual, como puede imaginarse, nos pareció muy extraño, sobre todo porque el cielo al Sur y al este era rojo.

Y mientras tanto, el oleaje aumentaba de modo prodigioso, indicándonos que habíamos hecho bien en tomar tantas precauciones, ya que sin duda lo producía una fuerte tormenta. Poco antes del anochecer volvió a oírse aquel quejido, seguido por un lapso de silencio, tras el cual estalló un bramido como de animales salvajes, y luego otra vez el silencio.

En ese momento, como el contramaestre no se opuso, levanté la cabeza por encima de la cobertura y me incorporé; hasta entonces no había echado sino uno que otro vistazo, y me satisfacía mucho tener ocasión de estirar los miembros, que se me habían entumecido. Estimulada la circulación de la sangre, volví a sentarme, pero en una posición que me permitía ver todas las partes del horizonte sin dificultad. Delante, es decir al sur, vi ahora que la gran muralla de nubes se habla elevado unos grados más, y el resplandor rojo había disminuido, aunque, por cierto, lo que de él quedaba era suficiente para causar temor: parecía una roja espuma sobre la nube negra, y era como si un mar enorme estuviera a punto de desbordarse sobre el mundo.

Hacia el oeste, el sol se hundía detrás de una curiosa bruma rojiza, que le daba el aspecto de un disco rojo opaco. Al norte, aparentemente muy altos en el cielo, había algunos jirones de nubes, inmóviles, de un hermoso color rosado. Y aquí puedo señalar que todo el mar, al norte de nosotros, se presentaba como un verdadero océano de fuego rojo opaco; aunque, como es previsible, el oleaje que venía del sur se asemejaba, contra la luz, a gigantescas montañas negras.

Poco después de que yo hiciera estas observaciones, volvimos a oír el rugido distante de la tempestad, y no sé cómo transmitir el terror extremo de ese sonido. Era como si alguna poderosa bestia gruñera lejos, en el sur; parecía decirme con suma claridad que no éramos sino dos pequeñas embarcaciones en un lugar solitario. Después, mientras el rugido continuaba, vi un súbito resplandor que subía desde el borde del horizonte sur. Se parecía un poco a un relámpago, pero no se desvaneció de inmediato, como ocurre con los relámpagos, y además, según mi experiencia, éstos no brotaban del mar sino que bajaban del cielo. Sin embargo, poca duda me cabe de que era una especie de relámpago, pues se repitió después muchas veces, de modo que tuve ocasión de observarlo minuciosamente. Y con frecuencia, mientras yo miraba, la tempestad nos gritaba de una manera espantosa.

Entonces, cuando el sol tocaba casi el horizonte, llegó a nuestros oídos un ruido agudo y potente, muy penetrante y perturbador, y el contramaestre exclamó algo con voz ronca y comenzó a mover frenéticamente el remo de dirección. Vi que clavaba la

mirada en un punto situado aproximadamente sobre nuestra proa de babor, y noté que en esa dirección todo el mar se había convertido en grandes nubes de espuma, y comprendí que teníamos la tormenta encima. Al instante siguiente, una ráfaga fría nos azotó, pero no sufrimos daño alguno, pues ya el contramaestre había hecho virar el bote poniendo proa hacia la tormenta. El viento pasó sobre nosotros y hubo un momento de calma. Y de pronto el aire estalló en un bramido continuo, tan fuerte e intenso que creí ensordecer. Hacia barlovento percibí una enorme muralla de espuma que se acercaba, y de nuevo oí el agudo chillido. El contramaestre arrojó su remo bajo la cobertura, y adelantándose corrió la lona hacia popa, para que tapara todo el bote, sosteniéndola contra la borda de estribor mientras me gritaba al oído que hiciera lo mismo a babor. Y bien; de no haber sido por esta previsión del contramaestre habríamos muerto todos, y quizá sea más creíble todo esto cuando explique que sentimos caer sobre la fuerte lona que nos cubría toneladas de agua, aunque tan convertida en espuma que no tenía solidez para hundirnos o aplastarnos. Dije «sentimos», pues quiero aclarar aquí lo mejor posible, de una vez por todas, que tan intenso era el rugido y el bramido de los elementos que ningún sonido podía haber penetrado hasta nosotros, ¡no!, ni siquiera el estruendo de poderosos truenos. Y así, durante tal vez un minuto entero, el bote se estremeció y sacudió con suma violencia, tanto que parecía a punto de deshacerse, y por diez o doce lugares entre la borda y la lona que nos cubría penetró el agua, bañándonos. Y aquí desearía mencionar otra cosa: durante ese minuto, el bote dejó de subir y bajar con la gran marejada, y no sé si esto se debió a que la primera acometida del viento aplanó el mar o porque el exceso de la tempestad no lo dejaba moverse; sólo puedo anotar lo que sentimos.

Poco después, disipada ya la furia inicial del ventarrón, el bote comenzó a balancearse de lado a lado, como si el viento soplara ora sobre un lado, ora sobre el otro; y varias veces fuimos azotados con fuerza por los sólidos golpes del agua. Pero más tarde esto cesó, y de nuevo volvirnos a subir y bajar con la marejada, salvo que ahora recibíamos una cruel sacudida cada vez que el bote llegaba a la cima de una ola. Y así pasó un rato.

Alrededor de medianoche, según mis cálculos, hubo varias potentes llamaradas de relámpagos, tan brillantes que iluminaron el bote a través de la doble cobertura de lona; sin embargo, ninguno de nosotros oyó trueno alguno, porque el rugir de la tormenta silenciaba todo lo demás.

De tal modo llegó la aurora, y entonces, comprobando que, por gracia de Dios, seguíamos con vida, nos ingeniamos para comer y beber; después dormimos.

Yo, muy fatigado por la tensión de la noche anterior, dormí durante muchas horas de tormenta, hasta que desperté en algún momento entre el mediodía y el anochecer. Tendido y mirando hacia arriba, vi la lona de un color opaco plomizo, que los azotes de la espuma y de las olas ennegrecía totalmente. Poco más tarde, después de comer, y sintiendo que todo quedaba en manos del Todopoderoso, me volví a dormir.

Durante la noche siguiente desperté dos veces, cuando los golpes del mar arrojaron el bote sobre el costado; pero se enderezó con facilidad, casi sin que entrara agua, pues la lona resultó ser un verdadero tejado de seguridad. Y así llegó de nuevo la mañana.

Ya descansado, me arrastré hasta donde estaba el contramaestre y le pregunté al oído, a gritos, entre todo aquel estruendo, si el viento daba señales de calmarse. El contramaestre asintió, y una alegre sensación de esperanza me recorrió el cuerpo. Comí con mucho apetito la comida que llevábamos.

Por la tarde salió de pronto el sol, iluminando lúgubremente el bote a través de la lona mojada. Con todo, esa luz fue muy bien recibida, y alimentó en nosotros esperanzas de que la tempestad estuviese a punto de ceder. Poco tardó en desaparecer el sol, pero más tarde, cuando volvió a brillar, el contramaestre me llamó para que lo ayudara, y después de quitar los clavos con que habíamos sujetado la parte trasera de la lona, retiramos la cobertura lo suficiente como para poder asomar la cabeza a la luz del día. Al mirar hacia fuera descubrí que el aire estaba lleno de espuma, batida tan fina

como polvo, y en ese momento, antes de que pudiese notar más cosas, una ráfaga de agua me dio en la cara con tal fuerza que me quitó el aliento, y tuve que ocultarme bajo la lona durante un rato.

En cuanto me hube recuperado, asomé de nuevo la cabeza, y entonces vi algo de los terrores que nos rodeaban. Cada vez que una enorme ola venía hacia nosotros, el bote se lanzaba a su encuentro, hasta llegar a la cima misma, y allí, por un instante, parecíamos quedar sumergidos en un verdadero océano de espuma, que a cada lado del bote hervía hasta una altura de varios metros. Después el mar pasaba por debajo de nosotros, y descendíamos vertiginosamente por el lomo negro, espumoso y gigantesco de la ola, hasta que la ola siguiente nos alcanzaba con toda su potencia.

Por momentos la cresta de una ola se lanzaba adelante antes de que hubiéramos llegado a la cima, y aunque el bote subía con la rapidez de una pluma, el agua se arremolinaba directamente sobre nosotros, que nos veíamos obligados a ocultar la cabeza súbitamente; en esos casos, el viento empujaba hacia abajo la cobertura en cuanto retirábamos las manos. Y aparte del modo en que el bote enfrentaba el mar, había en la atmósfera una verdadera sensación de terror: el rugido continuo de la tormenta, el grito de la espuma cuando las agitadas cúspides de esas montañas de agua salada se lanzaban sobre nosotros, y el viento que arrancaba el aliento de nuestras débiles gargantas humanas, son cosas apenas concebibles. Un rato más tarde ocultamos las cabezas, pues el sol había vuelto a desaparecer, y clavamos de nuevo la lona, preparándonos así para la noche.

Desde ese momento hasta la mañana poco sé de lo que pasó, pues dormí casi todo el tiempo, y además no era mucho lo que podíamos saber, encerrados como estábamos bajo la cobertura. Nada más que el interminable y atronador descenso del bote, que después se detenía y se lanzaba hacia arriba, y los ocasionales enviones y tumbos a babor o estribor, causados, según puedo únicamente suponer, por la potencia indiscriminada del mar.

Quiero mencionar aquí que en todo este tiempo pensé poco en la suerte del otro bote, y en verdad que esto no es raro, tan preocupado estaba por la del nuestro. Sin embargo, según resultó, y ya que este es el lugar adecuado para relatarlo, el bote en el que iban Josh y el resto de la tripulación pasó la tempestad sin problemas, aunque sólo muchos años más tarde tuve la suerte de saber por boca del propio Josh que después de la tormenta fueron recogidos por un navío que regresaba a nuestro país, y desembarcaron en el puerto de Londres.

Ahora contaré lo que nos ocurrió a nosotros.

6

El mar cubierto de algas

Poco antes del mediodía advertimos que el mar se había vuelto mucho menos violento, y esto pese a que el viento rugía casi con el mismo estruendo. Y poco después, cuando indudablemente todo se había calmado alrededor del bote, salvo el viento, y ya no caía mucha agua sobre la lona, el contramaestre volvió a llamarme para que lo ayudara a levantar la parte trasera de la cobertura. Así lo hicimos, y asomamos las cabezas para indagar el por qué de la inesperada quietud del mar, ignorando que hablamos llegado de pronto a la costa de alguna tierra desconocida. Por un rato, sin embargo, nada pudimos ver más allá de las oleadas que nos rodeaban, dado que el mar seguía estando muy embravecido, aunque eso no nos inquietaba después de todo lo que habíamos pasado.

Poco después, no obstante, el contramaestre, al incorporarse, vio algo; se agachó y me gritó al oído que había una rompiente de poca altura, pero le extrañaba sobremanera que la hubiéramos pasado sin naufragar. Y mientras él seguía meditando al respecto, yo me levanté y eché una ojeada afrededor; así descubrí que a babor se extendía otra gran rompiente, y se la señalé. Inmediatamente divisamos una gran masa de algas que se balanceaba en la cresta de una ola, y en seguida otra. Continuamos navegando mientras el oleaje disminuía con asombrosa rapidez, de modo que no tardamos en quitar la cobertura hasta la riostra central, pues los demás hombres tenían suma necesidad de aire puro, después de haber pasado tanto tiempo bajo la lona.

Fue luego de comer cuando uno de ellos distinguió otra rompiente a popa, hacia la cual derivábamos. Al oír eso, el contramaestre se incorporó y miró muy preocupado. Pero poco tardamos en acercarnos, y descubrimos que estaba compuesta de algas, de modo que dejamos que el bote se dirigiera hacia ella sin dudar de que los demás promontorios que habíamos visto eran de índole similar.

En poco tiempo nos encontramos entre las algas; sin embargo, aunque nuestra velocidad disminuyó mucho, avanzamos algo, de modo que por fin salimos al otro lado, y allí comprobamos que el mar estaba casi tranquilo, de manera que izamos el ancla -que había juntado a su alrededor una gran masa de algas- y quitamos las coberturas de lona, hecho lo cual alzamos el mástil y colocamos en el bote un pequeño trinquete de tormenta, pues deseábamos tenerlo bajo control y no podíamos instalar otra cosa debido a la violencia de la brisa.

Así seguimos con viento a favor, guiados por el contramaestre, esquivando todos los bancos de algas que aparecían a la vista mientras el mar se iba calmando. Fue entonces, ya casi al anochecer, cuando descubrimos una enorme extensión de aquellas algas que parecían cubrir todo el mar; al ver eso recogimos el trinquete, echamos mano a los remos y, de costado, nos esforzamos por llevar el bote hacia el Oeste. Sin embargo, la brisa era tan fuerte que nos vimos rápidamente empujados hacia allí. Por fin, poco antes del crepúsculo, llegamos al extremo de la masa flotante, muy aliviados de poder instalar de nuevo el pequeño trinquete y de que el viento nos estuviese empujando otra vez.

Poco después cayó la noche sobre nosotros, y el contramaestre hizo que nos turnásemos en la guardia, porque el bote cruzaba las aguas a unos cuantos nudos y nos encontrábamos en mares desconocidos; pero él no durmió en toda esa noche, ni soltó el remo.

Recuerdo que, durante mi período de guardia, pasamos cerca de extrañas masas flotantes, que no tengo dudas de que eran hierbas, y una vez nos deslizamos directamente por encima de una, pero logramos salir sin grandes dificultades. Y mientras tanto, en la oscuridad de estribor, distinguía el tenue perfil de ese enorme campo de algas que alfombraba el mar y que parecía no tener fin. Más tarde, finalizado mi tiempo de guardia, volví a dormir, y cuando desperté de nuevo era de mañana.

La luz matinal me reveló que por estribor las algas no tenían fin, ya que se extendían

ante nosotros hasta donde alcanzaba la vista; a nuestro alrededor el mar estaba lleno de masas flotantes de aquella materia. Entonces, uno de los marineros anunció que había una embarcación entre las algas. Eso, como pueden ustedes imaginar, nos causó gran excitación, y nos subimos a las riostras para ver mejor. Estaba muy lejos del borde de las algas, y noté que le faltaba casi todo el palo de trinquete, y que no tenía mastelero mayor, aunque, cosa rara, el palo de mesana se alzaba indemne. Poco logré distinguir fuera de esto, debido a la distancia, aunque el sol, que nos daba del lado de babor, me permitió ver algo de su casco, pero no mucho, porque estaba profundamente incrustado en la hierba. Sin embargo, me pareció que tenía los costados muy estropeados, y en un sitio algún objeto pardo reluciente -que tal vez haya sido un hongo- recibía los rayos del sol y despedía un resplandor húmedo.

Allí estábamos todos sobre las riostras, mirando y cambiando opiniones, y habríamos podido tumbar el bote si el contramaestre no nos hubiera ordenado bajar. Después de esto nos desayunamos, y mientras comíamos discutimos mucho sobre la nave desconocida.

Más tarde, cerca del mediodía, pudimos levantar el palo de mesana, porque la tormenta ya casi había pasado; poco después giramos hacia el oeste para eludir un gran banco de algas que salía del cuerpo principal. Después que lo dejamos atrás, pusimos la vela mayor al tercio y eso nos permitió avanzar a buena velocidad a favor del viento. No obstante, aunque navegamos toda la tarde paralelos a la hierba que teníamos a estribor, no llegamos al final. Y en tres ocasiones distintas vimos los cascos de navíos pudriéndose, algunos de los cuales tenían aspecto de pertenecer a una era anterior, tan antiguos parecían.

Hacia el anochecer, el viento se transformó en una brisa muy leve, de modo que avanzábamos con lentitud; eso nos permitió estudiar mejor las algas. Vimos entonces que estaban llenas de cangrejos, aunque en su mayoría tan diminutos que escapaban a la mirada casual; pero no todos eran pequeños: poco después descubrí que algo agitaba las algas, a cierta distancia de la orilla, y de inmediato vi que entre ellas se movía la mandíbula de un cangrejo muy grande. Al verlo, y con la esperanza de tenerlo para la comida, se lo señalé al contramaestre, sugiriendo que procuráramos capturarlo. Como ya casi no había viento, él nos indicó que sacáramos dos remos y lleváramos el bote hasta las algas. Cumplido eso, ató un trozo de carne salada a un pedazo de cordel, que sujetó al bichero. Preparó entonces una bolina corrediza, que enganchó a la vara del bichero, y luego tendió el bichero, como si fuera una caña de pescar, sobre el sitio donde yo había visto el cangrejo. Casi de inmediato se alzó una pinza enorme que sujetó la carne; al verlo, el contramaestre me gritó que tomara un remo y corriera la bolina a lo largo del bichero para que cayera sobre la pinza. Así lo hice, y en seguida varios de nosotros tiramos de la soga, apretándola alrededor de la enorme pinza. Entonces el contramaestre nos indicó que izáramos al cangrejo, pues lo teníamos bien sujeto; pero pronto tuvo motivos para desear que no hubiésemos sido tan eficaces, ya que el animal, sintiéndose tironeado por nosotros, agitó las algas en todas las direcciones, y al verlo comprobamos que era un cangrejo de un tamaño casi inconcebible, un verdadero monstruo. Además, nos resultó evidente que la bestia no nos temía ni se proponía escapar, sino que, en cambio, intentaba ir hacia nosotros; el contramaestre, advirtiendo el peligro que corríamos, cortó la soga, nos ordenó que moviéramos con fuerza los remos y así, en un momento, quedamos a salvo, muy decididos a no entrometernos más con animales semejantes.

Poco después se hizo de noche, y como el viento seguía soplando con poca fuerza, nos rodeó un gran silencio, solemne en contraste con el continuo rugir de la tormenta que nos había acosado los días anteriores. De vez en cuando, sin embargo, se levantaba un poco de viento que soplaba sobre el mar, y donde tocaba las algas provocaba un débil y húmedo susurro, que quedaba en mis oídos durante bastante tiempo después de que la calma se restablecía a nuestro alrededor.

Ahora bien; es cosa extraña que yo, que había dormido entre el estruendo de los días

anteriores, me encontrara insomne entre tanta calma; no obstante, así fue, y por eso tomé el remo de conducir, proponiendo que los demás durmieran, a lo cual accedió el contramaestre, aunque advirtiéndonos antes con suma insistencia que cuidara de que el bote no chocara con las algas (ya que todavía nos quedaba un trecho) y que, además, lo llamara si sucedía algo imprevisto. Dicho esto, se quedó dormido de inmediato, como casi todos los demás.

Desde el momento en que relevé al contramaestre hasta medianoche, estuve sentado en la borda del bote, con el remo de conducir bajo el brazo, vigilando y escuchando, sintiendo de lleno la extrañeza de los mares en que nos encontrábamos. HaMa oído hablar, es cierto, de mares cubiertos de algas, mares muy estancados por no tener mareas; pero no había pensado encontrar ninguno en mis vagabundeos, pues en verdad había creído que esos relatos nacían de la imaginación y no tenían fundamento real.

Poco antes del amanecer, y cuando todavía reinaba la oscuridad sobre el mar, me alarmó sobremanera oír entre la hierba un prodigioso chapuzón, quizás a unos cien metros de distancia del bote. Al incorporarme, alerta y sin saber qué podía ocurrir al momento siguiente, me llegó desde el inmenso desierto de algas un largo y lúgubre grito, y después de nuevo el silencio. Aunque me quedé muy callado, no oí más ruidos, y me disponía a sentarme de nuevo cuando, a la distancia, en aquella extraña desolación, brilló de pronto una llamarada.

Al ver fuego en medio de tanta soledad me quedé un poco atontado, sin poder hacer otra cosa que mirar. Luego, al recuperar los sentidos, me agaché para despertar al contramaestre, pues me pareció necesario llamarle la atención sobre aquello. Después de observar un rato, él declaró que veía la forma del casco de un barco detrás de las llamas, pero en seguida dudó, como yo desde el primer momento. Mientras seguíamos observando, la luz se extinguió, y aunque aguardamos durante unos mmutos sin dejar de mirar, aquella extraña luminosidad no reapareció.

Desde entonces hasta el amanecer, el contramaestre permaneció despierto conmigo, y conversamos mucho sobre lo que habíamos visto, pero sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria, pues nos parecía imposible que en un sitio tan desolado pudiera haber algún ser viviente. En el momento preciso en que amanecía, divisamos otro fenómeno: el casco de un navío grande, tal vez a unas cincuenta o sesenta brazas de la orilla de la hierba. Como el viento era todavía muy suave -apenas soplaba de vez en cuando-, pasamos frente a él bogando: la aurora había avanzado lo suficiente como para ofrecernos una imagen clara del barco desconocido antes de alejarnos mucho de ella. Entonces noté que se encontraba de proa a nosotros, y que le faltaban los tres mástiles enteros, hasta la cubierta. Tenía partes del costado manchadas de moho, y en otras lo cubría una escoria verde, pero apenas dediqué una mirada a esos detalles, ya que había divisado algo que atrajo toda mi atención: sobre el costado había unos grandes brazos correosos, algunos enganchados por encima de la baranda; luego, bien abajo, asomando apenas sobre la hierba, el bulto enorme, pardo, reluciente del monstruo más grande que yo hubiera imaginado. El contramaestre, que lo vio en el mismo instante, exclamó en un ronco susurro que era un pulpo gigante, y mientras hablaba dos de esos brazos se alzaron en la fría luz del amanecer, como si aquel ser hubiera estado durmiendo y lo hubiésemos despertado. Al verlo, el contramaestre echó mano a un remo, y yo lo imité, y con toda la rapidez que nos atrevimos a emplear, temerosos de provocar algún ruido innecesario, impulsamos el bote a distancia más segura. Desde ese momento, hasta que no se pudo distinguir la nave debido al espacio que pusimos entre ella y nosotros, contemplamos a ese enorme ser aferrado al viejo casco tal como una lapa a una roca.

Poco más tarde, cuando ya era pleno día, algunos de los hombres comenzaron a despertar, y no tardamos en desayunar, cosa nada desagradable para mí, que me había pasado toda la noche vigilando. Así navegamos todo el día con un viento muy leve sobre babor, y aparte de aquella hierba que parecía un continente vimos dispersos un sinnúmero de islotes y bancos de algas, tan pequeños a veces que apenas asomaban en el agua, y sobre los cuales dejábamos que el bote navegara, ya que no ténían densidad

suficiente para estorbar mucho el avance.

Fue entonces, cuando ya había transcurrido gran parte del día, que avistamos entre la hierba otra nave naufragada. Se encontraba quizás a medio kilómetro del borde, conservaba los tres mástiles inferiores y tenía las vergas inferiores en escuadra. Pero lo que más atrajo nuestras miradas fue una gran estructura que había sido erigida hacia arriba desde su obra muerta, casi hasta la mitad de las cofas mayores y que, como pudimos observar, era sostenida con sogas tendidas desde las vergas; pero ignoro de qué material estaba hecha esa estructura, ya que la cubría una especie de materia verde -similar a la que cubría la parte del casco que asomaba sobre las algas- tan densa que no pudimos siquiera hacer conjeturas. Esa excrecencia nos llevó a sospechar que la nave podría haberse perdido mucho tiempo atrás. Esta idea despertó en mí solemnes pensamientos, pues me pareció que habíamos descubierto el cementerio de los océanos.

Poco después de pasar cerca de ese antiguo barco, se hizo de noche y nos preparamos para dormir. Como el bote se movía un poco, el contramaestre decidió que nos turnáramos todos en el remo de conducir y que, si se presentaba alguna novedad, se le llamara. Así, nos dispusimos a pasar la noche, y yo, debido a mi insomnio anterior, estaba muy cansado, de modo que no me enteré de nada hasta que el hombre a quien debía relevar me despertó sacudiéndome. En cuanto estuve despierto del todo, advertí que una luna baja pendía sobre el horizonte, arrojando una luz espectral sobre el vasto mundo vegetal que teníamos a estribor. Por lo demás, la noche era sumamente tranquila, así que de todo ese océano no me llegó ningún ruido, salvo el murmullo del agua hendida por la lenta marcha de nuestro bote. Me dispuse a pasar el tiempo hasta que me fuera permitido dormir, pero antes pregunté al hombre a quien había relevado cuánto había transcurrido desde la salida de la luna, a lo cual él contestó que no más de media hora. Después le pregunté si había visto algo raro entre la hierba durante su turno en el remo, pero nada había visto, salvo que una vez le había parecido divisar una luz en medio de aquel desierto; no podía haber sido más que un capricho de la imaginación, aunque aparte de esto había oído poco después de medianoche un extraño grito, y en dos ocasiones se habían producido grandes chapuzones entre las algas. Tras lo cual se durmió, cansado de mi interrogatorio.

Casualmente, entonces, mi guardia comenzaba poco antes del amanecer, cosa que agradecí mucho, pues me encontraba en ese estado de ánimo en que la oscuridad engendra ideas extrañas y malsanas. No obstante, pese a la cercanía del amanecer, no pude eludir la triste influencia de aquel paraje, ya que, mientras recorría con la vista la gris inmensidad, noté extraños movimientos entre la hierba, y me pareció ver vagamente, como en sueños, tenues rostros blancos que me miraban aquí y allá. Y aunque mi sentido común me aseguró que la luz vacilante y los ojos soñolientos me engañaban, los nervios se me estremecieron.

Poco más tarde llegó a mis oídos el rumor de un enorme chapuzón entre las algas, pero aunque miré con atención no logré distinguir en ninguna parte algo que pudiera haberlo causado. En ese instante, entre la luna y yo, surgió de aquel vasto yermo una silueta enorme que lanzaba grandes masas de algas en todas las direcciones. No parecía distar más de cien brazas, y contra la luna vi su perfil con suma nitidez: era un pulpo gigantesco. Luego volvió a caer con un chapnzón prodigioso, y reinó de nuevo el silencio, ante mi terror y mi perplejidad: no sabía que un ser tan monstruoso pudiera saltar con tanta agilidad. Luego (en mi temor había dejado que el bote se acercara a la orilla de las algas) hubo un leve temblor frente a nuestra proa de estribor, y algo se deslizó dentro del agua. Me apoyé en el remo para hacer que el bote virara, y con el mismo movimiento me incliné hacia delante y al costado para mirar, acercando la cara a la borda del bote. En ese mismo instante me encontré contemplando un demoniaco rostro blanco, humano, salvo que la boca y la nariz se parecían mucho a un pico. Esa cosa aferraba el costado del bote con dos manos fluctuantes, asiendo la superficie exterior desnuda y lisa de un modo que despertó en mi mente el súbito recuerdo del enorme pulpo que vimos pegado al navío náutrago frente al cual habíamos pasado el

amanecer anterior. Vi cómo esa cara subía hacia mí, y cómo una mano deforme llegaba casi hasta mi garganta; sentí un hedor súbito y odioso, repugnante y abominable. Entonces, en un momento de lucidez, me eché atrás de un salto, lanzando un salvaje grito de terror. Empuñé el remo por la mitad y golpeé hacia abajo por encima de la borda, pero aquella cosa había desaparecido de mi vista. Recuerdo haber gritado al contramaestre y a los marineros que despertaran, y recuerdo después al contramaestre apretándome el hombro y preguntándome a gritos qué cosa espantosa había sucedido. Yo contesté que no sabía, y en seguida, un poco más tranquilo, les conté lo que acababa de ver, pero mientras lo contaba ya me sonaba a falso, de modo que todos se quedaron sin saber si me había dormido o en efecto había visto un demonio.

Y poco después amaneció.

7

La isla entre las algas

Mientras todos discutíamos el asunto del rostro diabólico que me había mirado desde el agua, Job, el marinero, descubrió la isla a la luz creciente de la aurora, y al verla se incorporó lanzando un grito tan fuerte que por un momento creímos que había visto otro demonio. Pero cuando descubrimos lo que él ya había divisado, no le reprochamos esa brusca exclamación, porque ver tierra después de tanta desolación nos animó a todos.

Al principio la isla nos pareció muy pequeña, pues ignorábamos que la veíamos desde la parte más estrecha. No obstante, empuñamos los remos y avanzamos a toda prisa hacia ella, y al acercamos más vimos que era más grande de lo que habíamos imaginado. Poco después, cuando dejamos atrás la punta de la isla, alejándonos siempre del gran continente vegetal, llegamos a una bahía que se curvaba sobre una arenosa playa que mucho sedujo nuestra vista. Allí nos detuvimos un minuto para examinar el terreno, y vi que la isla tenía una forma muy curiosa, con una grande y abrupta prominencia de roca negra en cada punta, separadas por un valle central. En ese valle parecía abundar una extraña vegetación parecida a hongos glegantescos, y más cerca de la playa había un denso bosquecillo de una especie de juncos muy altos que, según descubrimos más tarde, eran muy resistentes y livianos, un tanto parecidos a bambúes.

Con respecto a la playa, habría sido muy razonable suponerla cubierta de algas llevadas por la corriente; pero no lo estaba, por lo menos en ese momento, aunque abundaban en un saliente de la roca negra que penetraba en el mar desde la punta superior de la isla.

Cuando el contramaestre comprobó que no había ningún peligro manifiesto, movimos los remos, y no tardamos en llegar a la playa donde, hallándola conveniente, desayunamos. Mientras comíamos, el contramaestre discutió con nosotros la conducta a seguir, y se decidió alejar el bote de la playa dejando en él a Job, en tanto que los demás explorábamos un poco la isla.

Cuando terminamos de comer, procedimos a cumplir lo resuelto, dejando a Job en el bote, listo para volver a la playa en busca de nosotros si algún animal salvaje nos perseguía, mientras los demás nos encaminábamos hacia la prominencia más cercana, desde la cual, situada a cierta altura sobre el mar, esperábamos obtener un buen panorama del resto de la isla. Antes, sin embargo, el contramaestre sacó los dos alfanjes y la espada (ya que los otros dos alfanjes se hallaban en el bote de Josh), se quedó con uno, me entregó la espada y dio el otro alfanje al marinero más corpulento. Después indicó a los otros que tuvieran a mano los cuchillos, y ya abría la marcha cuando uno de ellos, gritando que esperáramos un momento, corrió al matorral de juncos. Allí tomó uno con ambas manos y le apoyó la rodilla, pero no pudo romperlo, de modo que tuvo que cortarlo con el cuchillo. Luego le rebanó la parte superior, demasiado fina y flexible para sus fines; ajustó el mango del cuchillo a la punta de la parte que había conservado,

fabricando así una muy eficaz lanza. Esas cañas eran muy fuertes, y huecas como un bambú, y después que el marinero ató con un trozo de cordel la punta donde había introducido el cuchillo, para evitar que se partiera, tuvieron un arma adecuada para cualquiera.

El contramaestre, advirtiendo lo acertado de la idea, indicó a los demás que se hicieran armas similares, y mientras se ocupaban en eso felicitó con entusiasmo al marinero. Poco después, ya bien armados, nos internamos muy animosos hacia la colina negra más cercana. Al llegar a la roca que formaba la colina, comprobamos que surgía de la arena en forma muy abrupta, de modo que no pudimos escalaría por el lado del mar. Viendo esto, el contramaestre nos condujo hacia la parte que daba al valle, y allí no pisamos arena ni roca, sino un suelo de extraña consistencia esponjosa; luego, sorprendentemente, al dar la vuelta a un espolón saliente de la roca, encontramos la primera vegetación: un hongo increíble, tal vez venenoso, ya que no tenía un aspecto saludable y despedía un olor pesado, rancio. Advertimos entonces que el valle estaba cubierto de esas plantas, es decir, todo salvo un gran espacio circular donde no parecía crecer nada, aunque todavía no estábamos a una altura suficiente como para encontrar una explicación a eso.

Más tarde llegamos a un sitio donde la roca estaba hendida por una gran grieta que corría hasta la cima y presentaba muchos rebordes y salientes adecuados para asirse y poner pie. Comenzamos a trepar, ayudándonos en cuanto podíamos, y en unos diez minutos llegamos a la cima, desde donde tuvimos una vista excelente. Advertimos entonces que había una playa en el costado de la isla opuesto a la masa de algas, aunque, a diferencia de aquella donde habíamos desembarcado, estaba muy cubierta de hierba arrastrada por la corriente. Luego calculé con atención la distancia que separaba a la isla del borde de aquel gran continente de algas, y llegué a la conclusión de que no superaría los noventa metros, lo cual me hizo desear que hubiera sido mayor; había llegado a temer mucho a las algas y a las cosas extrañas que, según creía, moraban en ellas.

De pronto el contramaestre me tocó el hombro y me señaló un objeto que se hallaba entre las algas, a una distancia de poco menos de un kilómetro desde donde nos encontrábamos. Al principio yo no lograba entender qué era lo que miraba, hasta que el contramaestre, notando mi perplejidad, me informó que era un barco totalmente cubierto, sin duda como proteccion contra los pulpos y otros seres extraños. Comencé entonces a distinguir el casco entre toda aquella horrible vegetación, pero no pude encontrar los mástiles; tuve la certeza de que la nave había sido arrastrada por alguna tempestad hasta quedar atrapada en la hierba, y luego se me ocurrió pensar en el fin de quienes habían erigido aquella protección contra los horrores que ocultaba entre su légamo ese mundo de algas.

Luego volví de nuevo la mirada hacia la isla, que se veía con suma claridad desde aquel sitio. Como dominaba gran parte de ella, calculé que tendría casi un kilómetro de largo, aunque algo menos de cuatrocientos metros de ancho, o sea que tenía forma alargada. En la parte media, donde era más estrecha que en las puntas, medía quizá trescientos metros, y en la zona ancha unos cien metros más.

A cada lado de la isla, como ya he dicho, había una playa, aunque ésta no se extendía mucho sobre la costa, que en el resto se componía de esa roca negra de las colinas. Después, al mirar con más atención la playa del lado que estaba frente al continente de algas, descubrí entre los despojos traídos por las aguas una parte del mástil interior y el mastelero de algún barco grande, con los aparejos pero sin las vergas. Señalé al contramaestre este hallazgo, haciendo notar que podía resultar útil como leña, pero el contramaestre sonrió diciéndome que las algas secas darían un fuego muy abundante, y sin tomarnos el trabajo de cortar el mástil en troncos de tamaño adecuado.

Luego él, a su vez, me llamó la atención respecto del sitio en que los enormes hongos habían cesado de brotar, y vi que en el centro del valle había una gran abertura

circular en la tierra, como la boca de un pozo enorme, que parecía estar llena de agua hasta pocos metros del borde, y sobre la cual se extendía una espuma parda y horrenda. Como es de suponer, observé eso con bastante atención, pues parecía artificial, tan simétrico era. Sin embargo, sólo atiné a pensar que se trataba de una ilusión producida por la distancia, y que vista desde más cerca tendría un aspecto más irregular.

Después de contemplar eso, bajé la vista hacia la pequeña bahía donde flotaba nuestro bote. Sentado en la proa, Job movía con suavidad el remo y nos miraba. Al verlo, lo saludé con un ademán amistoso, y él me respondió imitándome; en ese mismo instante, mientras lo miraba, vi algo en el agua, bajo el bote; algo de color oscuro que se movía. El bote parecía flotar encima de aquello como sobre una masa de algas hundidas, y entonces noté que, fuera lo que fuese, se estaba elevando a la superficie. Dominado entonces por un súbito horror, apreté el brazo del contramaestre, e indiqué con una exclamación que había algo debajo del bote. Tan pronto como vio eso, el contramaestre se precipitó al borde de la roca y, llevándose las manos a la boca como una trompeta, gritó al muchacho que acercara el bote a la costa y sujetara el bichero a un gran trozo de roca. A la petición del contramaestre, el joven contestó: «Sí, señor», y poniéndose de pie, con un envión del remo enderezó el bote hacia la playa. Afortunadamente para él, no se encontraba a más de treinta metros de la costa en ese momento; de lo contrario nunca habría llegado a ella vivo, ya que en el instante siguiente la masa parda y móvil que andaba debajo del bote lanzó un gran tentáculo y el remo fue arrancado de manos de Job con tal fuerza que el muchacho cayó sobre la borda de estribor. El remo desapareció de la vista, mientras el bote quedaba intacto por el momento. Entonces el contramaestre le gritó a Job que tomara otro remo y llegara a tierra mientras aún tenía la posibilidad de hacerlo, y todos gritamos cosas distintas, uno aconsejando una idea y otro recomendando otra. Sin embargo, nuestros consejos eran vanos, porque el muchacho no se movía, ante lo cual algunos exclamaron que estaba desmayado. Miré entonces hacia donde había notado aquella cosa parda, ya que el bote se había alejado unas brazas de ese sitio antes de perder el remo, y así descubrí que el monstruo había desaparecido, hundiéndose de nuevo, según supuse, en las profundidades de donde había subido. Sin embargo, podía reaparecer en cualquier momento, en cuyo caso el muchacho sería arrastrado ante nuestra mirada.

En ese instante, el contramaestre nos ordenó que lo siguiéramos, y echó a andar hacía la enorme grieta por la cual habíamos trepado; un minuto más tarde bajábamos todos con la mayor prisa posible hacia el valle. Entre tanto, mientras saltaba de un reborde a otro, yo me atormentaba pensando si habría regresado el monstruo.

El contramaestre fue el primero en llegar al pie de la hendidura, y de inmediato dio la vuelta a la base del peñasco para dirigirse a la playa, seguido por los demás a medida que poníamos pie en el valle. Yo fui el tercero en bajar, pero como era liviano y de pies rápidos, pasé al segundo marinero y alcancé al contramaestre en el preciso momento en que llegaba a la arena. Allí descubrí que el bote se encontraba a unas cinco brazas de la playa, y vi a Job que aún yacía desmayado, pero del monstruo no había señales.

Esa era la situación: el bote casi a doce metros de la costa y Job tendido en él, sin sentido; además, un monstruo enorme que (por cuanto sabíamos) merodeaba cerca de allí, y nosotros en la playa, sin poder hacer nada.

No lograba imaginarme cómo salvar al muchacho, y en verdad temo que hubiera sido abandonado a su destrucción -pues yo había considerado una locura tratar de llegar al bote a nado- de no haber sido por la extraordinaria valentía del contramaestre, quien se echó al agua sin vacilar y nadó audazmente hasta el bote, al que gracias a Dios llegó sin contratiempos y trepó por la proa. En seguida echó mano al bichero y nos lo arrojó, indicándonos que tiráramos de él y leváramos el bote a tierra sin demora; con ese método evidenció una cierta sabiduría, pues se evitaba atraer la atención del monstruo agitando innecesariamente el agua, como lo habría hecho con toda seguridad si hubiera empleado un remo.

Sin embargo, a pesar de esas precauciones, no habíamos terminado con el animal,

pues en el preciso momento en que el bote tocaba tierra, vi que el remo de conducir perdido surgía parcialmente del mar; de inmediato hubo un violento chapoteo en el agua, a popa, y al instante siguiente un remolino de enormes brazos pobló el aire. El contramaestre miró atrás, y al ver aquella cosa encima de su cabeza tomó en brazos al muchacho y saltó a la arena por la proa. Ante la aparición del pulpo todos habíamos retrocedido corriendo, sin que ninguno pensara siquiera en conservar el bichero, y por esto casi perdimos el bote, ya que la enorme bestia lo tenía abrazado con los tentáculos, y parecía disponerse a arrastrarlo consigo a las profundidades de donde había subido; posiblemente lo hubiera logrado si el contramaestre no nos hubiera hecho reaccionar a todos: en cuanto dejó a Job a salvo, fue el primero en asir el bichero, que estaba tendido en la arena, y al verlo recobramos el valor y acudimos en su ayuda.

Por casualidad había allí un gran saliente de roca, la misma donde el contramaestre había ordenado a Job que amarrara el bote, y hasta ella llevamos el bichero, le dimos dos vueltas alrededor y dos medias vueltas de cabo, y así, a menos que la soga se cortara, no teníamos motivo para temer la pérdida de la embarcación, aunque nos parecía que había peligro de que aquel ser la aplastara. Debido a esto, y a un sentimiento de natural furia contra esa cosa, el contramaestre levantó de la arena una de las lanzas que habían quedado abandonadas cuando arrastramos el bote a tierra. Con eso en la mano se acercó todo lo que creyó seguro y aguijoneó a la bestia en uno de los tentáculos, donde el arma penetró con facilidad, cosa que me sorprendió, pues tenía entendido que esos monstruos eran casi invulnerables en todas partes, salvo los ojos. Al recibir esa punzada, la enorme criatura no pareció sentirse herida ni mostró señales de dolor; ante eso el contramaestre, cada vez más audaz, se acercó para asestar una herida mortal, pero apenas si había dado dos pasos cuando el espantoso ser se le echó encima, y de no haber sido por una agilidad maravillosa en un hombre tan corpulento, lo habría aplastado. Sin embargo, pese a haber escapado apenas a la muerte, no estaba menos decidido a herir o eliminar a la bestia. Con tal fin, envió a algunos de nosotros al bosquecillo de juncos en busca de media docena de varas resistentes, y cuando volvimos ordenó a dos marineros que las ataran bien a las lanzas; así tuvimos lanzas de unos diez o doce metros de largo, con las que era posible atacar al pulpo sin ponerse al alcance de sus tentáculos. Ya preparados, el contramaestre tomó una lanza, dijo al más corpulento que tomara otra, e indicó a éste que apuntara al ojo derecho del enorme pez, mientras él atacaba al izquierdo.

Desde que estuvo a punto de atrapar al contramaestre, el animal había dejado de tironear del bote y flotaba allí en silencio, envolviéndolo en los tentáculos y mostrando apenas, sobre la popa, aquellos grandes ojos; daba la impresión de que observaba nuestros movimientos, aunque dudo de que nos viera con claridad, pues la luz del sol debía haberlo cegado.

Al dar entonces el contramaestre la señal de atacar, él y el marinero arremetieron contra la bestia con las lanzas en posición, podría decirse, de descanso. La lanza del contramaestre le dio al monstruo directamente en el ojo izquierdo, pero la que blandía el marinero era demasiado flexible, y se combó tanto que golpeó el bote y la hoja del cuchillo se rompió. Sin embargo, eso no tuvo importancia, pues la herida infligida por el arma del contramaestre fue tan espantosa que la gigantesca criatura soltó el bote y se deslizó de nuevo hacia aguas profundas, agitándolas hasta levantar espuma, derramando sangre.

Esperamos algunos minutos para asegurarnos de que el monstruo se había ido de veras; después nos apresuramos a buscar el bote y acercarlo todo lo posible, hecho lo cual descargamos las cosas más pesadas hasta lograr sacarlo del agua.

Luego, durante una hora, todo el mar frente a la pequeña playa quedó manchado de negro y, en algunos sitios, de rojo.

8

Los ruidos en el valle

En cuanto pusimos a salvo el bote, cosa que hicimos con prisa febril, el contramaestre dedicó su atención a Job, ya que el muchacho no se había recobrado todavía del golpe recibido en la barbilla cuando el monstruo le arrebató el remo. Por un rato esos cuidados no surtieron efecto alguno, pero al fin, después de mojarle la cara con agua del mar, y de frotarle con ella el pecho sobre el corazón, el joven comenzó a dar señales de vida, y no tardó en abrir los ojos. Entonces el contramaestre le dio un buen trago de ron y luego le preguntó cómo se sentía. A esto contestó Job, con voz débil, que estaba mareado y que le dolían mucho la cabeza y el cuello, tras lo cual el contramaestre le ordenó seguir acostado hasta que se recobrara más. Y así lo dejamos, tranquilo, bajo un toldo de lona y juncos, ya que el aire era cálido y la arena estaba seca, y no era probable que allí le pasara nada.

A poca distancia, siguiendo instrucciones del contramaestre, nos dispusimos a preparar la cena, ya que estábamos muy hambrientos, como si hiciera mucho que hubiéramos desayunado. El contramaestre envió a dos hombres al otro lado de la isla, en busca de algas secas, pues queríamos preparar algo de carne salada, primera comida que cocinaríamos desde la carne hervida que habíamos comido antes de abandonar el barco de la ensenada.

Entre tanto, y hasta que volviesen los hombres con el combustible, el contramaestre nos mantuvo ocupados en diversas tareas. Envió a dos a cortar un haz de juncos, y a otros dos en busca de la carne y del caldero de hierro que habíamos sacado del viejo bergantín.

No tardaron en volver los hombres trayendo algas secas, que nos resultaron muy extrañas, ya que una parte venía en trozoscasi tan gruesos como el cuerpo de un hombre, pero la sequedad las había vuelto sumamente quebradizas. Poco después encendimos una buena hoguera, que alimentamos con las algas y pedazos de juncos, aunque comprobamos que éstos no eran muy buen combustible, pues tenían demasiada savia y eran difíciles de romper en tamaños convenientes.

Luego, cuando el fuego se volvió rojo y caliente, el contramaestre llenó el caldero hasta la mitad con agua de mar, y echó la carne; como el recipiente tenía una tapa fuerte, no vaciló en colocarlo en pleno fuego, de modo que pronto su contenido comenzó a hervir alegremente.

Ya puesta en marcha la cena, el contramaestre empezó a preparar el campamento para la noche; hicimos con juncos un tosco armazón, sobre el que extendimos las velas del bote y la cobertura, sujetando la lona con duros trozos de junco. Hecho esto, trasladamos allí todas las provisiones, y después el contramaestre nos llevó al otro lado de la isla en busca de combustible para esa noche; volvimos todos con los brazos bien cargados.

Después de llevar cada uno de nosotros dos cargas de combustible, comprobamos que la carne estaba cocida, y entonces, sin más preámbulos, nos sentamos a saborearía con algunas galletas, y concluimos todo con un buen trago de ron. Al terminar la cena, el contramaestre fue hasta el sitio donde estaba acostado Job a preguntarle cómo se sentía, y lo encontró muy tranquilo, aunque con la respiración un tanto pesada. Sin embargo, no se nos ocurrió nada para mejorarlo, de modo que lo dejamos, más esperanzados en que la Naturaleza le devolviera la salud que en ninguna habilidad nuestra.

Como ya eran las últimas horas de la tarde, el contramaestre anunció que podíamos hacer lo que quisiéramos hasta la puesta del sol, considerando que nos habíamos ganado muy bien el derecho a descansar, pero agregó que desde el crepúsculo hasta el amanecer deberíamos turnarnos para vigilar, pues aunque ya no estábamos en el agua, nadie podia decir si nos encontrábamos fuera de peligro o no, como lo demostraba lo sucedido esa

mañana; si bien, por cierto, no veía que hubiera peligro por parte del pulpo mientras permaneciéramos bien lejos de la orilla del agua.

Desde entonces hasta el anochecer, la mayoría de los marineros durmieron, pero el contramaestre dedicó gran parte de ese tiempo a revisar el bote, para ver qué daños le había causado la tormenta y si los forcejeos del pulpo lo habían deteriorado de algún modo. Pronto se hizo evidente que el bote necesitaría alguna atención, ya que la penúltima tabla del fondo antes de la quilla había sido astillada hacia dentro. Esto parecía causado por alguna roca de la playa, oculta bajo el borde del agua, y sobre la cual sin duda el pulpo había apretado el bote. Por suerte el daño no era grande, aunque seguramente habría que repararlo con cuidado antes de que pudiera hacerse de nuevo a la mar. Por lo demás, no parecía haber otra parte que requiriera atención.

Como no sentía necesidad de dormir, yo había seguido al contramaestre hasta el bote, y le había ayudado a retirar las planchas del casco y finalmente a volverle el fondo un poco hacia arriba para que pudiera examinar más de cerca la vía de agua. Cuando terminó con el bote, fue a las provisiones, y las examinó con atención para ver su estado y también cuánto durarían. Luego golpeó todos los barriles de agua; tras lo cual anunció que nos convenía encontrar algo de agua pura en la isla.

Ya anochecía, y el contramaestre fue a ver a Job, a quien encontró tal como lo habíamos dejado después de cenar. Viendo esto, el contramaestre me pidió que trajera una de las planchas más largas del bote, y la utilizáramos como camilla para llevar al muchacho al interior de la carpa. Después también metimos allí todo el maderamen suelto del bote, después de sacar todo el contenido de los armarios, que incluía un poco de estopa, un hacha marinera, un rollo y medio de soga de cáñamo, un buen serrucho, una lata vacía de aceite, una bolsa de clavos de cobre, algunos pernos y arandelas, dos sedales, tres toletes de repuesto, una horquilla de tres puntas sin mango, dos ovillos de hilo, tres madejas de bramante, un pedazo de lona con cuatro agujas clavadas, la lámpara del bote, un tarugo de repuesto, y un rollo de dril liviano para hacer velas.

Cuando llegó por fin la oscuridad a la isla, el contramaestre despertó a los marineros y les indicó que echaran más combustible al fuego, que se había convertido en un montoncito de ascuas resplandecientes, cubiertas de ceniza. Luego uno de ellos llenó a medias el caldero con agua, y pronto estuvimos agradablemente ocupados en cenar con carne hervida y fría, galletas duras y ron mezclado con agua caliente. Mientras comíamos, el contramaestre dio instrucciones a los marineros respecto de las guardias, disponiendo su orden; así me enteré de que debía cumplir mi turno desde medianoche hasta la una. Luego les explicó lo del tablón roto en el fondo del bote, y que sería necesario repararlo antes de pensar en salir de esa isla, y que desde esa noche tendríamos que ser muy estrictos con los víveres, ya que en la isla no parecía haber nada por descubrir que sirviera para satisfacer nuestros estómagos. Más aún: si no lográbamos encontrar agua pura, tendríamos que destilar un poco para reemplazar la que habíamos bebido, y eso habría que hacerlo antes de abandonar la isla.

Mientras el contramaestre terminaba de explicar estas cuestiones, concluimos la cena, y poco después nos hicimos cada uno un sitio cómodo en la arena dentro de la carpa, y nos acostamos a dormir. Durante un rato me sentí muy desvelado, debido quizás al calor de la noche, y terminé por levantarme y salir de la carpa, pensando que acaso dormiría mejor al aire libre. Y así fue, pues al tenderme al lado de la carpa, un poco alejado del fuego, no tardé en dormirme profundamente. Poco después, sin embargo, empecé a soñar algo muy raro e inquietante: había quedado abandonado en la isla, y estaba sentado, muy solo, en el borde del pozo cubierto de espuma parda. Entonces advertí que reinaba una profunda oscuridad y un gran silencio, y empecé a temblar, pues me pareció que algo de veras repugnante había llegado a mis espaldas sin hacer ruido. Con todas mis fuerzas traté de volverme y mirar las sombras entre los grandes hongos que me rodeaban por todos lados, pero no tuve el poder necesario. Y la cosa se acercaba cada vez más, aunque no llegaba un solo ruido; lancé un grito o intenté hacerlo, pero mi voz no turbó en nada la quietud reinante, y luego algo húmedo y frío

me tocó la cara, se deslizó hacia abajo y me cubrió la boca, donde se detuvo por un momento de horror, quitándome la respiración. Siguió avanzando y llegó a mi cuello... y allí se quedó...

Alguien tropezó y cayó sobre mis pies, y eso me despertó súbitamente. Era el marinero de guardia que se paseaba por detrás de la carpa, y que no había advertido mi presencia hasta que tropezó con mis botas. Como es de suponer, quedó un tanto alterado y sobresaltado, pero se tranquilizó al comprobar que no era un animal salvaje lo que se agazapaba allí en las sombras; y yo, mientras contestaba a sus preguntas, me sentía dominado por la extraña y horrenda sensación de que algo se había alejado de mí en el momento en que desperté. Dentro de mi nariz había un olor tenue y detestable que no me resultaba del todo desconocido, y de pronto advertí que tenía la cara húmeda y una curiosa sensación de cosquilleo en la garganta. Al tocarme el rostro con la mano, la retiré resbaladiza de lodo; levanté entonces la otra para tocarme el cuello, y me ocurrió lo mismo, sólo que, además, tenía una leve inflamación en un costado de la tráquea, como la que podría causar la picadura de un mosquito; pero no se me ocurrió culpar a ningún mosquito.

Tropezar el marinero conmigo, despertar yo y descubrir que tenía enlodadas la cara y la garganta, fueron sucesos que tuvieron lugar en unos pocos y breves instantes; después me incorporé y lo seguí hacia el fuego, ya que sentía frío y un gran deseo de no estar solo. Ya cerca de la hoguera, saqué un poco del agua que había quedado en el caldero, y me lavé la cara y el cuello, hecho lo cual me sentí más repuesto. Después pedí al marinero que me mirara el cuello, para saber qué aspecto tenía la inflamación, y él, usando como antorcha un trozo de alga seca, me examinó, pero poco pudo ver, salvo una serie de pequeñas marcas en forma de anillo, rojas hacia dentro y blancas en los bordes, una de las cuales sangraba levemente. Le pregunté luego si había visto moverse algo cerca de la carpa, pero él nada había notado durante todo el tiempo de su guardia, aunque es cierto que había oído ruidos extraños, pero ninguno cercano. Sobre las marcas en mi cuello parecía no opinar gran cosa; sugirió que me habría picado alguna especie de jijene, pero meneó la cabeza al escuchar sus propias palabras; le conté el sueño, después de lo cual se mostró tan ansioso de mantenerse junto a mí como yo junto a él. Y así transcurrió la noche hasta que llegó mi turno de guardia.

Por un rato, el hombre a quien relevé permaneció sentado a mi lado, con la bondadosa intención, según advertí, de hacerme compañía, pero en cuanto noté eso le rogué que se fuera a dormir, asegurándole que ya no sentía temor, como lo sentí al despertar y descubrir el estado de mi cara y de mi garganta. Entonces accedió a separarse de mí, y poco después quedé solo sentado junto al fuego.

Por un momento me mantuve inmóvil, escuchando, pero no me llegó ningún sonido desde la oscuridad circundante, y así, como si fuera una novedad, se me ocurrió pensar que nos hallábamos en un abominable paraje de soledad y desolación. Y me puse muy solemne.

Mientras tanto el fuego, que nadie había alimentado desde hacía rato, disminuía constantemente hasta que no despidió más que un resplandor opaco. Entonces, hacia el valle, oí de pronto un ruido sordo y apagado, que me llegó a través del silencio con alarmante claridad. Al oírlo advertí que, al quedarme allí sentado y permitiendo que el fuego se apagara, no cumplía mi deber hacia los demás ni hacia mí mismo; me lo reproché de inmediato, y arrojé al fuego un puñado de algas secas, de modo que se alzó una gran llamarada en la noche; miré rápidamente a derecha e izquierda, con la espada lista, y agradeciendo al Todopoderoso por no haber perjudicado a nadie con mi descuido, que, según me inclino a pensar, fue causado por esa extraña inercia que el miedo engendra. Mientras miraba alrededor, me llegó entre el silencio de la playa un nuevo ruido, un susurro continuo en el fondo del valle, como si una multitud de seres se moviera allí furtivamente. Después de echar más combustible al fuego, miré con atención hacia el valle y fue así como en el instante siguiente me pareció ver que algo, acaso una sombra, se movía fuera del círculo de luz de la hoguera. El marinero que

había montado guardia antes que yo había dejado su lanza clavada en la arena, al alcance de mi mano, y al ver que algo se movía empuñé el arma y la arrojé con todas mis fuerzas en esa dirección, pero no me respondió ningún grito que me indicara que había alcanzado algo viviente; y de inmediato volvió a reinar en la isla un gran silencio, roto solamente por un lejano chapuzón entre las algas.

No será muy errado suponer que los sucesos relatados me habían puesto de veras nervioso, de modo que miraba de un lado a otro continuamente, echando de vez en cuando una ojeada a mis espaldas, pues me parecía que en cualquier momento me atacaría algún ser demoniaco. Durante muchos minutos, sin embargo, no vi ni oí a ningún ser viviente, de modo que no supe qué pensar; casi dudaba haber oído algo fuera de lo común.

Pero en el preciso instante en que empezaba a dudar, tuve la confirmación de que no me había equivocado, pues bruscamente advertí que en todo el valle resonaba un rumor de crujidos y correteos, entre el cual llegaba hasta mí uno que otro golpe apagado y suave, y de nuevo los anteriores deslizamientos. Al oír eso, pensando que un ejército de seres malvados nos cercaba, desperté al contramaestre y a los marineros.

En cuanto grité, el contramaestre corrió fuera de la carpa seguido por los demás, cada uno con su arma, salvo el que había dejado la lanza en la arena. El contramaestre preguntó a gritos por qué los había llamado, pero no le contesté; sólo alcé la mano pidiendo silencio. Cuando lo conseguí, no obstante, los ruidos en el valle habían cesado, y el contramaestre se volvió hacia mí buscando alguna explicación. Pero yo le rogué que escuchara un poco niás: así lo hizo, y como los ruidos recomenzaron casi de inmediato, oyó lo suficiente para comprobar que no los había despertado sin motivo. Mientras todos mirábamos fijamente la oscuridad del valle, me pareció ver de nuevo una forma oscura en los lindes de la luz de la hoguera, y en ese mismo instante un marinero lanzó una exclamación y arrojó la lanza hacia las tinieblas. El contramaestre lo encaró muy enojado, ya que al perder el arma el marinero nos ponía en peligro a todos; sin embargo, como se recordará, yo había hecho lo mismo poco antes.

Al volver el silencio al valle, y cuando nadie sabía qué iba a pasar, el contramaestre tomó un puñado de algas secas, lo encendió en la hoguera y corrió con él hacia la parte de la playa que se extendía entre nosotros y el valle. Allí lo echó sobre la arena, mientras ordenaba a varios marineros que llevaran más algas, para levantar allí una fogata que nos permitiera ver si algo intentaba llegar hasta nosotros desde las profundidades del hueco.

No tardamos en hacer una excelente hoguera, a cuya luz fueron halladas las dos lanzas, ambas clavadas en la arena y a no más de un metro una de otra, cosa que me pareció muy extraña.

Por un rato, después de encendida la segunda hoguera, no se oyeron más ruidos desde el valle; a decir verdad, nada que quebrara el silencio de la isla, salvo los ocasionales y solitarios chapuzones que resonaban de vez en cuando en la vastedad del continente de algas. Alrededor de una hora después de que desperté al contramaestre, uno de los marineros que había estado cuidando las fogatas fue a decirle que se nos había terminado la provisión de algas para combustible. Esto, como es natural, desconcertó mucho al contramaestre, así como a los demás, pero no tenía remedio, hasta que uno de los marineros le recordó que estaba el resto del haz de juncos que habíamos descartado en favor de las algas porque no ardía bien. Lo encontramos en el fondo de la carpa, y con él alimentamos el fuego que ardía entre nosotros y el valle, pero dejamos que el otro se apagara, ya que los juncos no bastaban para mantener ni siquiera uno hasta el amanecer.

Por último, y cuando todavía era de noche, se nos terminó el combustible, y al apagarse el fuego recomenzaron también los ruidos en el valle. Y allí nos quedamos, en la creciente oscuridad, cada uno con el arma preparada y la vista más preparada aún. A veces invadía la isla un profundo silencio, y después volvían a oírse cosas que reptaban por el valle. Con todo, creo que los silencios nos pesaban más.

Y así llegó por fin la aurora.

9

Lo que sucedió en el crepúsculo

Con la llegada del amanecer, un prolongado silencio cubrió la isla y el valle, y el contramaestre, deduciendo que no teníamos nada más que temer, nos indicó que descansáramos un poco mientras él seguía vigilando. Y así por fin pude dormir un buen rato, lo cual me dejó bastante listo para las tareas del día.

Más tarde, pasadas algunas horas, el contramaestre nos despertó para que lo acompañáramos al lado opuesto de la isla en busca de combustible, y después de regresar todos cargados, pronto ardió un alegre fuego.

Desayunamos un revuelto de galleta partida, carne salada y un poco de mariscos recogidos por el contramaestre en la playa al pie de la colina más lejana, todo abundantemente condimentado con vinagre que, según dijo el contramaestre, contribuiría a impedir que nos atacara el escorbuto. Y al final de la comida nos sirvió a cada uno un poco de melaza, que mezclamos con agua caliente y bebimos.

Concluido el desayuno, el contramaestre entró en la carpa a ver a Job, como ya había hecho de mañana temprano, porque el estado del muchacho lo inquietaba un poco, ya que era, pese a toda su corpulencia y dureza, un hombre de corazón sorprendentemente tierno. Pero el muchacho seguía como la noche anterior, y no sabíamos qué hacer para mejorarle la salud. Una cosa intentamos, sabiendo que no había ingerido ningún alimento desde la mañana anterior: hacerle tragar una pequeña cantidad de agua caliente, ron y melaza, pues pensábamos que podía morir por la misma falta de alimentación, pero aunque nos esforzamos durante más de media hora, no logramos que reaccionara lo suficiente para absorber nada, y si no lo hacía temíamos ahogarlo. Al poco rato, nos vimos obligados a dejarlo dentro de la carpa e irnos a cumplir nuestras tareas, porque había mucho que hacer.

Antes que nada, sin embargo, el contramaestre nos condujo a todos al valle, resuelto a explorarlo muy minuciosamente, por si allí acechaba alguna bestia o ser demoniaco esperando para atacarnos y destruirnos mientras trabajábamos. Además, quería investigar qué clase de seres habían turbado nuestra noche.

En las primeras horas de la mañana, al ir en busca de combustible, nos habíamos mantenido en la orilla superior del valle, donde la roca de la colina más cercana penetraba en el suelo esponjoso, pero ahora entramos directamente en la parte central del valle, avanzando entre los enormes hongos hacia la abertura semejante a un pozo que llenaba el fondo del valle. Pese a su blandura, el suelo era tan elástico que no quedaba huella de nuestros pasos en cuanto nos alejábamos un poco, salvo que, en algunos sitios, nuestra pisada dejaba un espacio húmedo. Luego, cuando llegamos más cerca del pozo, el suelo se hizo más blando, de modo que nuestros pies se hundían en él dejando huellas muy reales; y allí encontramos rastros muy extraños y desconcertantes, ya que entre el fango que bordeaba el pozo -quiero mencionar aquí que éste presentaba menos aspecto de pozo desde cerca- había multitud de marcas que no puedo comparar sino con rastros de enormes babosas entre el lodo, aunque no eran del todo iguales a los de babosas, puesto que había otras marcas como las que podrían ser causadas por manojos de anguilas arrojados y levantados continuamente. Al menos eso es lo que me sugirieron a mí, y no hago más que anotarlo.

Fuera de las señales que he mencionado, había en todas partes bastante légamo, que rastreamos por todo el valle entre las grandes plantas similares a hongos, pero nada encontramos, salvo lo que ya he señalado. Aunque, casi lo olvidaba, descubrimos una cantidad de ese fino légamo sobre los hongos que colmaban el extremo del vallecito más próximo a nuestro campamento, y allí comprobamos también que muchos estaban recién rotos o arrancados, y en todos ellos se veía la misma huella de una bestia. Recordé entonces los golpes sordos y apagados que había oído en la noche, y poca duda tuve de que esos seres habían trepado a los grandes hongos para poder espiarnos, y es

posible que, al subirse muchos de ellos en uno solo, su peso hubiera roto o arrancado los hongos. Eso fue al menos lo que pensé.

Así dimos por concluida nuestra búsqueda, tras lo cual el contramaestre nos puso a todos a trabajar. Pero antes nos hizo volver a la playa para ayudar a dar vuelta al bote y poder así trabajar en la parte dañada. Al tener a la vista el fondo del bote, descubrió otros daños además del tablón quebrado, ya que el último de todos se había soltado de la quilla. Esto, que no se veía cuando el bote estaba sobre los pantoques, nos pareció muy grave. Con todo, el contramaestre nos aseguró que no dudaba de que se lo podía reparar, aunque con más demora de la que antes había creído necesaria.

Concluido el examen del bote, el contramaestre envió a uno de los marineros en busca de las maderas del fondo que estaban en la carpa, ya que necesitaba algunas planchas para reparar los daños. Pero cuando le llevaron eso, aún le faltaba algo que resultaba imposible conseguir: un trozo de madera muy sólida, de unos ocho centímetros de ancho en cada lado, que debería ajustar a la quilla del lado de estribor una vez que hubiera restaurado lo más posible el maderamen. Esperaba que este dispositivo le permitiera clavar allí el tablón del fondo y luego calafatearlo con estopa, con lo cual el bote quedaría casi tan sólido como antes.

Cuando le oímos decir que necesitaba un trozo así de madera, nos quedamos todos pensando en vano de dónde sacarlo, hasta que de pronto recordé el mástil y el mastelero que había visto al otro lado de la isla, y en seguida los mencioné. El contramaestre asintió, y dijo que quizá pudiéramos sacar de allí la madera, aunque con bastante trabajo, ya que sólo teníamos un serrucho y un hacha. Después nos mandó a sacarlos de entre las algas, prometiendo seguirnos en cuanto terminara de poner en su sitio los dos tablones rotos.

Ya junto a los mástiles, empezamos con muy buena voluntad a apartar la capa de algas y despojos, muy enredados en los aparejos. No tardamos en limpiarlos, y entonces comprobamos que se hallaban en muy buenas condiciones; el mástil inferior, especialmente, era de excelente madera. Mástil y mastelero conservaban todo su aparejo de soporte, aunque en algunos sitios el aparejo inferior estaba deshilachado hasta la mitad de los obenques, pero en gran parte estaba sano, sin nada podrido, y era de cáñamo blanco de la mejor calidad, como el que sólo se ve en los mejores navíos.

Cuando terminamos de despejar las algas, se nos acercó el contramaestre trayendo el serrucho y el hacha. Siguiendo sus instrucciones, cortamos los acolladores del aparejo del mastelero, y luego serruchamos el mástil justo sobre el tamborete. Fue ese un trabajo arduo, que nos ocupó gran parte de la mañana, pese a que nos turnamos con el serrucho, y cuando terminamos nos alegramos mucho de que el contramaestre ordenara a un marinero ir con un poco de algas secas a preparar el fuego para el almuerzo, y después poner a hervir un trozo de carne salada.

Entre tanto, el contramaestre había empezado a rebanar el mástil unos tres metros por encima del primer corte, ya que de esa longitud era el listón que necesitaba. Pero tan fatigoso resultaba ese trabajo que no habíamos llegado ni a la mitad cuando el hombre a quien el contramaestre había enviado volvió para anunciar que el almuerzo estaba listo. Una vez consumido éste, y después de descansar un poco fumando las pipas, el contramaestre se levantó y nos llevó de vuelta al trabajo, pues estaba decidido a terminar con el mástil antes de que oscureciera.

Por fin, turnándonos con frecuencia, completamos el segundo corte, y hecho esto el contramaestre nos envió a serruchar un bloque de unos treinta centímetros de ancho en la parte restante del mástil. Cuando terminamos de cortarlo, se puso a labrar cuñas sobre él con el hacha. Luego hizo una muesca en la punta del listón de tres metros de largo, y en la muesca introdujo las cuñas; así, casi al anochecer, quizá tanto por suerte como por habilidad, tuvo el listón dividido en dos mitades, con un corte muy preciso en el medio.

Entonces, advirtiendo la cercanía del crepúsculo, ordenó a los marineros que se apresuraran a recoger algas y a llevarlas al campamento, pero a uno lo envió a la costa en busca de mariscos. Sin embargo, él no dejó de trabajar en el listón, y me retuvo a su

lado como ayudante. Menos de una hora más tarde, terminamos de preparar un trozo de unos diez centímetros de diámetro con una hendedura en una de las caras; con eso se dio por satisfecho, aunque parecía muy poco resultado para tanto trabajo.

Ya teníamos encima el crepúsculo, y los marineros, habiendo terminado de acarrear algas, habían vuelto a nuestro lado y merodeaban a la espera de que el contramaestre decidiese regresar al campamento. En ese momento volvió el hombre a quien el contramaestre había enviado a buscar mariscos, trayendo un gran cangrejo clavado en la lanza. Este animal, de aspecto formidable, aunque no podía tener menos de treinta centímetros de ancho, resultó muy sabroso después de hervirlo un rato.

En cuanto regresó ese hombre, partimos de vuelta al campamento, llevando el trozo de mástil que habíamos cortado.

Ya estaba muy oscuro, y producía una extraña sensación caminar entre los grandes hongos cuando empezamos a cruzar el borde superior del valle hacia la otra playa. Noté en especial que el detestable olor rancio de esos monstruosos vegetales era más ofensivo de lo que me había resultado de día, aunque esto puede deberse a que usaba más la nariz, dado que no podía usar mucho los ojos.

Habíamos llegado a medio camino de la cima del valle, y las sombras aumentaban sin cesar cuando en la serenidad del aire vespertino me llegó un leve olor, muy distinto del que despedían los hongos que nos rodeaban. Un momento más tarde me golpeó una fuerte ráfaga de ese olor, algo tan abominable que casi me descompuso, pero el recuerdo de aquella cosa repugnante que se había acercado al costado del bote en la penumbra del amanecer, antes de que descubriéramos la isla, provocó en mí un terror superior al malestar de estómago, porque de pronto supe qué era lo que me había enlodado la cara y la garganta la noche anterior, dejando en mi nariz su espantoso hedor. Y al comprenderlo grité al contramaestre que nos diéramos prisa, porque en ese valle andaban demonios entre nosotros. Al oír eso, varios hombres se dispusieron a correr, pero el contramaestre les ordenó con voz muy severa que se quedaran donde estaban, y se mantuvieran bien juntos, pues de lo contrario, dispersos entre los hongos y en la oscuridad, serían atacados y dominados.

Obedecieron en seguida, pues estaban tan asustados de la oscuridad como del contramaestre, y así salimos del valle sanos y salvos, aunque un susurro espectral pareció seguimos un trecho más cuesta abajo.

Apenas llegados al campamento, el contramaestre ordenó que se encendieran cuatro hogueras, una a cada lado de la carpa, y así lo hicimos, usando las brasas del antiguo fuego, que tontamente habíamos dejado apagar. Encendidas las hogueras, colocamos el caldero y preparamos el gran cangrejo como ya mencioné, y luego nos pusimos a cenar con voracidad, pero mientras comíamos cada uno tenía el arma clavada en la arena a su lado, porque sabíamos que el valle ocultaba alguna cosa diabólica, o acaso muchas, aunque saberlo no nos arruinó el apetito.

Cuando terminamos de comer, cada uno sacó su pipa, disponiéndose a fumar, pero el contramaestre indicó a uno de los marineros que se incorporara y montara guardia, pues de lo contrario corríamos el riesgo de ser sorprendidos todos descansando sobre la arena. Esto me pareció muy sensato, pues era facil advertir que los marineros se apresuraban demasiado a considerarse seguros, debido a la luz cercana de las hogueras.

Mientras todos se acomodaban dentro del círculo de las hogueras, el contramaestre encendió una de las velas de sebo que habíamos hallado en el barco de la ensenada, y entró a ver cómo se encontraba Job después de un día de descanso. Al darme cuenta de eso me levanté, reprochándome por haber olvidado al pobre muchacho, y seguí al contramaestre al interior de la carpa. Pero apenas había llegado yo a la entrada cuando el contramaestre dio un fuerte grito y acercó la vela a la arena. Entonces vi el motivo de su agitación, porque en el sitio donde habíamos dejado a Job no había nada. Entré en la carpa, y en el mismo instante llegó a mi nariz un tenue residuo del terrible hedor que había sentido en el valle y, antes, en aquello que había llegado al costado del bote. De pronto supe que Job había caído presa de esos seres repugnantes, y al comprenderlo

grité al contramaestre que ellos se habían llevado al muchacho, y en ese momento mis ojos percibieron una mancha de lodo en la arena, y tuve la prueba de que no me equivocaba.

En cuanto el contramaestre se enteró de lo que yo pensaba -aunque a decir verdad esto no hizo más que corroborar lo que ya se le había ocurrido a él-, salió rápidamente de la carpa, ordenando a los marineros que se apartaran, pues habían acudido todos a la entrada, muy alterados por el descubrimiento del contramaestre. Este sacó entonces varios de los juncos más gruesos de un haz, y ató a uno de ellos un gran puñado de algas secas, viendo lo cual los marineros adivinaron su intención e hicieron lo mismo con los otros; así pudimos todos prepararnos una buena antorcha.

Terminados los preparativos, tomamos cada uno nuestra arma, hundimos las antorchas en las hogueras y partimos siguiendo los rastros dejados por los seres diabólicos y el cuerpo del pobre Job, porque ahora, al sospechar que le había pasado algo malo, velamos con claridad las huellas en la arena y el lodo, tanto que nos resultaba extraño no haberlas descubierto antes.

El contramaestre encabezaba la marcha, y al descubrir que las huellas conducían directamente al valle echó a correr, sosteniendo la antorcha en alto. Al verlo, todos lo imitamos, pues ansiábamos mucho estar juntos y, además, creo poder decir sin mentir que todos deseábamos vengar a Job, de modo que teníamos menos miedo que si no hubiera sido así.

En menos de medio minuto habíamos llegadó al final del valle, pero allí, como el terreno no se prestaba a revelar huellas, nos quedamos sin saber hacia dónde seguir. El contramaestre empezó a lanzar fuertes gritos llamando a Job, por si acaso estuviera vivo, pero no obtuvimos respuesta, salvo un eco apagado e inquietante. Entonces el contramaestre, no queriendo perder más tiempo, corrió directamente hacia el centro del valle, y nosotros lo seguimos, mirando con los ojos bien abiertos a nuestro alrededor. Habíamos recorrido quizá la mitad del camino cuando un marinero gritó que veía algo adelante, pero el contramaestre, que lo había visto antes, ya corría en esa dirección, sosteniendo en alto la antorcha y blandiendo el enorme alfanje. Pero en vez de atacar, cayó de rodillas junto a la cosa, y al instante siguiente estuvimos todos a su lado; en ese mismo momento me pareció ver que una cantidad de siluetas blancas se disolvían con rapidez, en las sombras, un poco más lejos, pero no pensé en ellas cuando advertí la figura a cuyo lado se arrodillaba el contramaestre, pues era el cuerpo desnudo de Job, cubierto hasta el último centímetro por las pequeñas marcas anilladas que yo había descubierto en mi garganta; de todas esas marcas surgían hilos de sangre, convirtiendo al muchacho en un espectáculo horrendo y aterrador.

Al ver a Job tan maltratado y desangrado, reinó entre nosotros la súbita quietud de un terror mortal; en ese lapso de silencio el contramaestre puso la mano sobre el corazón del pobre joven, que ya no latía, aunque el cuerpo estaba aún caliente. En seguida, al comprobar eso, el contramaestre se puso de pie, con una expresión de enorme furia en el ancho rostro. Levantó la antorcha del suelo, donde había clavado el mango, y miró alrededor; en el silencio del valle no se divisaba ningún ser viviente, nada más que los hongos gigantes, las extrañas sombras arrojadas por nuestras grandes antorchas y la soledad.

En ese momento, la antorcha de un marinero, que había ardido casi del todo, se deshizo, de modo que no le quedó más que el mango carbonizado, e inmediatamente otras dos tuvieron el mismo final. Viendo esto temimos que no nos duraran hasta volver al campamento, y miramos al contramaestre para ver qué quería hacer, pero él, muy silencioso, escrutaba las sombras con atención. Una cuarta antorcha cayó al suelo entre una lluvia de brasas, y yo me volví para ver. En el mismo instante se alzó a mis espaldas una gran llamarada, muy luminosa, acompañada por el ruido sordo de algo seco súbitamente encendido. Con rapidez volví a mirar al contramaestre, y lo vi observando uno de los hongos gigantes, buyo borde más cercano se había incendiado y ardía con furia increíble, despidiendo llamaradas y, de vez en cuando, fuertes explosiones, que

arrojaban delgados chorros de un polvo fino que, al introducirse en nuestras gargantas y fosas nasales nos hacía estornudar y toser de modo lamentable. Estoy convencido de que si algún enemigo nos hubiese atacado en ese momento, habríamos sido vencidos a causa de nuestra peculiar impotencia.

No sé si se le había ocurrido al contramaestre incendiar este primer hongo; es posible que su antorcha lo hubiera incendiado al tocarlo por accidente. De cualquier manera, él interpretó esto como una verdadera indicación de la Providencia, y ya aplicaba su antorcha a otro un poco más lejos, mientras los demás casi nos ahogábamos tosiendo y estornudando. Sin embargo, pese a vernos tan súbitamente dominados por la potencia de ese polvo, dudo de que hayamos tardado más de un minuto en imitar al contramaestre; y aquellos cuyas antorchas se habían apagado, arrancaron trozos ardientes del hongo incendiado, y ajustándolos en los palos de las antorchas hicieron tanto como cualquiera.

Fue así como, cinco minutos después de descubrir el cadáver de Job, todo aquel espantoso valle enviaba hacia el cielo el hedor de su incendio, mientras nosotros, llenos de ansias destructoras, corríamos de un lado a otro con las armas, procurando eliminar a los seres viles que habían causado al pobre muchacho una muerte tan impía. Pero en ninguna parte pudimos descubrir una bestia o un ser en el cual saciar nuestra venganza; por fin, cuando el calor, las chispas y la abundancia del polvo acre hicieron insoportable el valle, regresamos junto al cuerpo del muchacho y lo trasladamos a la costa.

Durante toda esa noche, ninguno de nosotros durmió; con el incendio de los hongos se elevó desde el valle una enorme columna de llamas, que parecía brotar de la boca de un pozo enorme, y cuando llegó la mañana, segnía ardiendo. Entonces, ya de día, algunos dormimos porque estábamos muy cansados, pero otros montaron guardia.

Y cuando despertamos, un viento fuerte y lluvia azotaban la isla.

10

La luz en las algas

El viento soplaba con mucha violencia desde el mar, amenazando derribar nuestra carpa, cosa que, por cierto, logró por fin cuando terminábamos un triste desayuno. Pero el contramaestre nos indicó que no nos molestáramos en levantarla de nuevo, sino que la extendiésemos con los bordes levantados sobre soportes bien hechos con juncos, para recoger así un poco de agua de lluvia, pues necesitábamos renovar con urgencia nuestra provisión antes de hacernos de nuevo a la mar. Y mientras algunos nos ocupábamos de esto, él se llevó a los demás para levantar una pequeña carpa hecha con la lona sobrante, bajo la cual depositamos todo aquello que la lluvia podía dañar.

Como siguió lloviendo con suma violencia, pronto recogimos bastante agua en la lona, y nos disponíamos a pasarla a un barrilito cuando el contramaestre nos gritó que esperáramos y probáramos el agua antes de mezclarla con la que ya teníamos. Sacamos un poco con las manos y comprobamos que era salobre e imposible de beber, lo cual me asombró hasta que el contramaestre nos recordó que la lona había estado saturada muchos días con agua salada, de modo que haría falta una gran cantidad de agua dulce para eliminar la sal. Nos indicó que la extendiéramos en la playa y la fregáramos bien de ambos lados con arena, cosa que hicimos, y luego dejamos que la lluvia la enjuagara bien; comprobamos entonces que el agua que recogimos después era casi dulce, aunque no lo suficiente para nuestros fines. Sin embargo, al enjuagarla quedó libre de sal, de modo que pudimos conservar toda la que cayó después.

Más tarde, un poco antes del mediodía, dejó de llover, aunque todavía seguían cayendo breves chubascos de a ratos; pero el viento no cesó, sino que siguió soplando constantemente de la misma dirección durante el resto del tiempo que permanecimos en la isla.

Al cesar la lluvia, el contramaestre nos reunió a todos para que enterráramos decentemente al desdichado joven, cuyos restos habían quedado durante la noche sobre una tabla del fondo del bote. Tras una breve discusión, se decidió sepultarlo en la playa, porque el único sitio donde había tierra blanda era en el valle, y ninguno de nosotros tenía ánimos para ir allí. Además, la arena era blanda y fácil de cavar, algo a tener muy en cuenta, ya que carecíamos de herramientas adecuadas. Poco después, utilizando las tablas del bote, los remos y el hacha, preparamos un lugar suficientemente grande y hondo como para contener al muchacho, y allí lo colocamos. No rezamos por él, sino que hicimos un momento de silencio junto a la tumba. Luego el contramaestre nos indicó por señas que tapáramos el hueco con arena; después de cubrir al pobre muchacho, lo dejamos descansar en paz.

Luego cenamos, y al terminar el contramaestre nos dio a todos un buen trago de ron, pues quería ponernos de nuevo alegres.

Tras pasar un rato sentados, fumando, el contramaestre nos dividió en dos grupos para ir a ver si quedaba agua de lluvia entre las rocas, acumulada en los huecos y las grietas, pues aunque habíamos conseguido un poco usando la lona de la vela, esto de ningún modo bastaba para nuestras necesidades. Estaba especialmente ansioso de que nos diéramos prisa porque, como había vuelto a salir el sol, temía que el calor secara con rapidez los charcos.

El contramaestre encabezó un grupo y puso al marinero alto al mando del otro, ordenando a todos que conservaran muy a mano las armas. Luego se dirigió hacia las rocas que rodeaban la base de la colina más cercana, enviando a los demás a la otra; en cada grupo llevábamos un barrilito colgado de dos juncos resistentes, para echar directamente en él cualquier pequeña cantidad de agua que encontráramos antes de que tuviera tiempo de disiparse en el aire caliente; y para sacarla llevábamos los cazos de latón y uno de los cubos que usábamos para achicar el bote.

Al cabo de un rato, y después de mucho andar trepando entre las rocas, encontramos

un charco de agua muy dulce y fresca, de donde sacamos casi quince litros antes de que se secara; después de ése hallamos quizá cinco o seis más, pero ninguno tan grande. Sin embargo, no quedamos insatisfechos, pues casi habíamos llenado el barrilete, así que emprendimos el regreso al campamento, preguntándonos cómo le habría ido al otro grupo.

Cuando nos acercamos al campamento, nos encontramos con los demás, que habían vuelto antes que nosotros y parecían muy satisfechos, de manera que no tuvimos necesidad de preguntarles si habían llenado el barrilito. Al vernos, corrieron a nuestro encuentro para decirnos que habían descubierto una gran cuenca de agua dulce en un hueco profundo, cerca de la mitad de la ladera de la colina más lejana, y al oír esto el contramaestre nos indicó que dejáramos nuestro barrilito y fuéramos todos a la colina, para poder examinar con sus propios ojos si esta noticia era tan buena como parecía.

Poco más tarde, guiados por el otro grupo, llegamos a la parte posterior de esa colina, y descubrimos que la cuesta hacia la cima era cómoda, con muchos rebordes y hendeduras, de modo que apenas era más difícil subir por allí que por una escalera. Después de trepar quizá veinticinco o treinta metros, llegamos al sitio donde estaba el agua, y comprobamos que nuestros compañeros no habían exagerado, ya que el charco tenía casi seis metros de largo por cuatro de ancho, y era tan claro como si naciera de una fuente; sin embargo, tenía una profundidad considerable, como lo comprobamos metiendo en él una lanza.

Cuando vio personalmente la buena provisión de agua que teníamos para nuestras necesidades, el contramaestre se mostró muy aliviado y declaró que en tres días, a lo sumo, podríamos abandonar la isla, cosa que ninguno de nosotros lamentó. A decir verdad, si el bote no estuviera dañado, habríamos podido partir ese mismo día, pero esto era imposible, ya que faltaba mucho por hacer antes de que volviera a estar en condiciones de navegar.

Cuando el contramaestre completó su examen, nos volvimos para iniciar el descenso, pero él nos gritó que esperáramos, y al mirar atrás vimos que se disponía a llegar a la cima de la colina. Nos apresuramos a seguirlo, aunque no comprendíamos cuáles eran sus razones para seguir subiendo. No tardamos en llegar a la cima, y allí encontramos un sitio muy espacioso, llano, surcado sólo por una o dos grietas bastante profundas, de quince a treinta centímetros de ancho y tres a seis brazas de largo, pero fuera de éstas y de algunas rocas grandes era, como ya he mencionado, un lugar espacioso; además, seco y agradablemente firme bajo los pies después de tanto fiempo en la arena.

Creo que ya entonces tuve alguna idea de lo que se proponía el contramaestre, pues me acerqué al borde que daba al valle, me asomé y, al comprobar que era casi un precipicio escarpado, me encontré asintiendo con la cabeza, como si aquello concordara con algún deseo parcialmente formulado. Después, al mirar alrededor, descubrí que el contramaestre observaba la cara que daba hacia las algas, y fui a reunirme con él. También allí vi que la colina era muy empinada; luego caminamos hasta la cara que daba al mar, que resultó ser casi tan abrupta como la del lado de las algas.

Como ya había pensado un poco en ese asunto, dije sin rodeos al contramaestre que aquel sería, por cierto, un lugar muy seguro para acampar, donde nada podría alcanzarnos por los costados ni por detrás, y nuestro frente, donde estaba la cuesta, podía ser vigilado con facilidad. Se lo dije con mucho entusiasmo, porque temía mortalmente a la noche que se aproximaba.

Cuando terminé de hablar, el contramaestre me reveló que este era su propósito, como yo sospechaba, y de inmediato gritó a los demás que debíamos apresurarnos a bajar y trasladar el campamento a lo alto de la colina. Los marineros expresaron su aprobación, y tras volver todos de prisa al campamento comenzamos a transportar los pertrechos a la cima.

Mientras tanto el contramaestre, llevándome consigo para que lo ayudara, se dedicó de nuevo al bote, empeñado en colocar adecuadamente el listón en el costado de la

quilla, pero especialmente la plancha que se había soltado hacia fuera. En esto trabajó la mayor parte de la tarde, usando el hacha para dar forma a la madera, cosa que hizo con sorprendente habilidad; pero llegó el anochecer sin que estuviera satisfecho. No hay que pensar, sin embargo, que no hizo más que trabajar en el bote, porque debía dirigir a los marineros, y una vez tuvo que ir a la cima de la colina para arreglar el sitio destinado a la carpa. Preparada ya ésta, ordenó a los hombres que llevaran las algas secas al nuevo campamento, y en eso los tuvo ocupados casi hasta el crepúsculo, pues había jurado no quedar nunca más sin combustible suficiente. Pero envió a dos en busca de mariscos; encomendó la tarea a dos porque no quería que anduviera uno solo en la isla, sin saber si podía haber peligro aunque fuera pleno día. Y esta decisión resultó afortunada, ya que poco después de mediada la tarde, los oímos gritar al otro lado del valle y, pensando que podían necesitar auxilio, acudimos a toda prisa a ver por qué llamaban, bordeando el valle ennegrecido y empapado. Cuando llegamos a la playa más distante, vimos un espectáculo increíble: los dos hombres corrían hacia nosotros entre los densos matorrales de algas, perseguidos a menos de cuatro o cinco brazas por un cangrejo enorme. Ahora bien, yo creía que el cangrejo que habíamos tratado de capturar antes de llegar a la isla era un prodigio insuperado, pero este animal casi lo triplicaba en tamaño, de modo que los hombres parecían perseguidos por una masa enorme, y además, pese a su monstruoso tamaño, corría mejor sobre las algas de lo que yo habría creído posible, avanzando casi de costado y con una pinza enorme levantada unos cuatro metros en el aire.

No sé si los fugitivos habrían logrado llegar al suelo más firme del valle, donde podrían haber alcanzado mayor velocidad, pero de pronto uno de ellos tropezó en un nudo de algas y cayó boca abajo. Habría quedado muerto en el instante siguiente de no haber sido por el coraje de su compañero, que valerosamente se enfrentó al monstruo y arremetió contra él con la lanza de seis metros de largo. Me pareció que la lanza golpeaba unos treinta centímetros por debajo del techo del gran caparazón dorsal, y vi que penetraba un poco en el animal, ya que, con ayuda de la Providencia, el hombre le había acertado en una parte vulnerable. Al recibir esta estocada, el enorme cangrejo dejó en seguida de perseguirlos, y con la gran mandíbula mordisqueó la vara de la lanza, quebrando el arma con más facilidad que yo un palillo. Cuando llegamos junto a ellos, el que había tropezado ya estaba de pie y se volvía para socorrer a su camarada, pero el contramaestre le arrebató la lanza y se adelantó él mismo de un salto, porque el cangrejo atacaba ahora al otro marinero. El contramaestre no intentó atravesar al monstruo con su lanza, sino que asestó dos rápidos golpes contra los grandes ojos protuberantes, y en seguida el animal se encogió, indefenso, agitando la enorme pinza al azar. Entonces el contramaestre nos hizo alejar, aunque el que había atacado al cangrejo quería rematarlo, convencido de que sería un muy buen alimento; pero el contramaestre se negó, diciéndole que aún era capaz de provocar heridas mortales si alguien se ponía al alcance de su prodigiosa mandíbula.

Después de esto, indicó a los dos marineros que, en vez de seguir buscando mariscos, se llevaran consigo los dos sedales que teníamos y trataran de pescar algo desde algún reborde seguro al otro lado de la colina, donde habíamos instalado el campamento. Luego siguió reparando el bote.

Poco antes de que anocheciera en la isla, el contramaestre abandonó su trabajo, y después ordenó a unos pocos marineros, los que habían terminado ya de trasladar combustible y esperaban cerca, que pusieran los barrilitos llenos -no habíamos creído necesario llevarlos al nuevo campamento, debido a su peso- bajo el bote dado vuelta, lo que obedecieron sosteniendo unos la borda mientras los otros empujaban los barriles debajo. Hecho esto, el contramaestre puso junto a ellos el listón sin terminar, y nosotros volvimos a tumbar el bote encima de todo, confiando en que su peso impediría que algún ser se introdujera allí.

Después echamos a andar en seguida hacia el campamento, ya que estábamos todos muy fatigados y pensábamos en la cena con mucho apetito. Cuando llegamos a la cima,

los hombres a quienes el contramaestre había enviado con los sedales se acercaron para mostrarle algo parecido a un enorme pez espada que habían pescado varios minutos antes. Después que el contramaestre lo examinara y declarara sin vacilar que era comestible, los marineros se pusieron a abrirlo y a limpiarlo. Como ya dije, se parecía mucho a un pez espada, y tenía como éste la boca llena de formidables dientes, cuyo uso entendí mejor cuando le vi el contenido del estómago, que sólo parecía consistir en enroscados tentáculos de calamar o de jibia, tan abundantes en el continente de algas. Cuando fue volcado todo eso sobre las rocas, me desconcertó la longitud y el espesor de algunos; lo único que se me ocurrió fue que este pez en particular debía de ser un terrible enemigo, capaz de atacar y vencer a monstruos mucho más grandes que él.

Luego, mientras preparaban la cena, el contramaestre ordenó a varios hombres que aseguraran un trozo de lona sobrante encima de dos juncos para frenar así el viento, tan fresco a esa altura que a veces conseguía casi dispersar el fuego. No les resultó dificil, ya que junto a la hoguera, un poco hacia el lado de donde venía el viento, había una de esas grietas que ya mencioné antes, e introduciendo en ella los soportes protegieron en seguida el fuego.

Pronto estuvo lista la cena, y comprobé que el pescado era sabroso, aunque no muy delicado, pero teniendo el estómago tan vacío esto no me preocupó mucho. Y aquí debo señalar que con lo que pescamos ahorramos nuestras provisiones durante toda la estancia en la isla. Cuando terminamos de comer, nos tendimos a fumar muy cómodos, ya que no temíamos ningún ataque, a esa altura y con precipicios por todos lados, salvo delante. Con todo, en cuanto descansamos y fumamos un rato, el contramaestre dispuso las guardias, pues no quería correr ningún riesgo.

Aunque la noche se acercaba con rapidez, la oscuridad no impedía percibir las cosas a una distancia razonable. Poco después, sintiéndome un tanto pensativo y deseoso de estar solo un momento, me alejé de la hoguera hacia el borde de la cima que daba a sotavento. Allí me paseé un rato de un lado a otro, fumando y meditando. De vez en cuando contemplaba la inmensidad del vasto continente de algas y de légamo que extendía su increíble desolación más allá del oscuro horizonte, y entonces pensaba en el terror de los hombres cuyas naves habían quedado enredadas en tan extraña vegetación; me puse a recordar el buque abandonado allá a lo lejos, en el crepúsculo, y el probable fin que habrían tenido sus tripulantes, y eso me entristeció mucho. Me pareció que debían haber terminado muertos de hambre o, de lo contrario, por obra de alguno de esos seres diabólicos que habitaban el solitario mundo de las algas. Y en el preciso instante en que pensaba esto, el contramaestre me dio una palmada en el hombro diciéndome con mucha jovialidad que me acercase a la luz de la hoguera y desechara toda idea melancólica. Era muy perspicaz, y me había seguido en silencio desde el campamento; ya en una o dos ocasiones anteriores había tenido motivos para reprenderme a causa de mis lúgubres meditaciones. Por esto, y por muchas otras cosas, yo había llegado a estimarlo, y a veces creía que él también a mí, pero él hablaba muy poco como para delatar sus sentimientos, aunque mi esperanza era que resultara lo que yo suponía.

Así regresé junto al fuego, y más tarde, como mi turno de guardia no era hasta después de medianoche, entré en la carpa a dormir un poco, tras haberme preparado un cómodo lecho con algunas de las partes más blandas de las algas secas.

Como tenía mucho sueño, dormí profundamente, y eso me impidió oír al marinero de guardia llamando al contramaestre; pero los demás, al levantarse, me despertaron, y cuando reaccioné encontré la carpa vacía. Corrí entonces a la salida, y descubrí que en el cielo brillaba una luna muy clara, que la nubosidad reinante nos había impedido ver durante dos noches. Además, se había disipado el bochorno, barrido por el viento junto con las nubes. Pero aunque quizá me di cuenta de esto, no fue de modo muy consciente, preocupado como estaba por averiguar el paradero de los demás, y el motivo de su desaparición. Con tal fin salí de la carpa, y al instante siguiente los descubrí a todos apiñados junto al borde de la cima que daba a sotavento. Al verlos, contuve la lengua,

pues quizá desearan silencio, pero corrí a reunirme con ellos y pregunté al contramaestre qué los había arrancado del sueño. Por toda respuesta, el contramaestre señaló el vasto continente de algas.

Miré aquella extensión, tan fantasmagórica a la luz de la luna, pero por el momento no vi lo que me señalaba. De pronto cayó dentro del círculo de mi mirada: una pequeña luz en medio de la soledad. Durante algunos momentos la observé con ojos asombrados; luego, bruscamente, comprendí que la luz brillaba en el buque abandonado entre las algas, el que ese mismo anochecer había contemplado con pena y temor, pensando en el fin de quienes habían estado a bordo..., y ahora veíamos que una luz brillaba, aparentemente en una de sus cabinas de popa, aunque la luna apenas nos permitía distinguir el perfil del casco entre la maleza circundante.

Desde entonces hasta que amaneció, no dormimos más; alimentamos la hoguera y nos sentamos alrededor, dominados por la excitación y la incredulidad, levantándonos continuamente para comprobar si la luz seguía encendida. Dejó de estarlo más o menos una hora después de que yo la viera, pero eso fue una nueva prueba de que había congéneres nuestros a menos de un kilómetro del campamento.

Y por fin llegó el día.

11

Las señales desde el barco

Tan pronto como fue día claro, nos acercamos todos al borde de la colina para contemplar el barco abandonado que, según teníamos ahora motivo para creer, no era tal, sino que estaba habitado. Pero aunque lo observamos durante más de dos horas, no logramos descubrir señales de ningún ser viviente. De haber estado más serenos, esto no nos habría extrañado, ya que la nave se encontraba muy encerrada en la gran maraña, pero ansiábamos ver a un congénere después de tanta soledad y terror en tierras y mares desconocidos, y por eso no podíamos contener la impaciencia, esperando a que los de a bordo de la nave se decidieran a revelarse ante nosotros.

Fue así que, por último, cansados de vigilar, acordamos gritar todos juntos cuando el contramaestre nos diera una señal, haciendo un ruido fuerte que el viento, según pensábamos, llevaría hasta el barco. Sin embargo, aunque gritamos muchas veces, haciendo un ruido que nos pareció muy grande, no hubo respuesta desde el barco, hasta que decidimos no llamar más y pensar en otro modo de atraer la atención de quienes se hallaban en él.

Hablamos un rato, proponiendo uno una cosa y otro otra, pero ninguna que pareciera adecuada. Después empezamos a extrañarnos de que la hoguera encendida por nosotros en el valle no les hubiera indicado que en la isla andaban otros seres humanos; de haber sido así, era lógico que hubieran montado guardia constantemente hasta llamar nuestra atención. Más aún: era apenas creíble que no hubieran encendido otra hoguera en respuesta, o puesto sobre la estructura alguna bandera para atraer nuestra mirada en cuanto la dirigiéramos hacia la nave. Pero lejos de eso, parecían incluso empeñados en evitar que los viéramos, pues la luz que habíamos divisado la noche anterior sugería más un accidente que una exhibición deliberada.

Poco después, fuimos a desayunar y comimos con voracidad, ya que la noche de vigilia nos había despertado mucho el apetito pero, a pesar de todo, tan absortos estábamos en el misterio de la nave que dudo de que alguno de nosotros supiera con qué clase de alimento nos llenábamos el estómago. Primero alguien exponía una opinión sobre el asunto, y una vez rebatida ésta, se suscitaba otra, y algunos terminaron dudando de que el bárco estuviera habitado por seres humanos, diciendo que podía estar ocupado por algún ser demoniaco de aquel gran continente de algas. Esta sugerencia produjo entre nosotros un silencio muy incómodo, ya que no sólo enfrió nuestras esperanzas sino que pareció ofrecernos un nuevo terror cuando ya conocíamos demasiados. Entonces habló el contramaestre, riéndose de nuestros temores con jovial desdén, y señalando que era tan probable que la gran hoguera del valle hubiera asustado a los navíos como que hubieran visto en ella una señal de que había congéneres y amigos cerca. Porque, como él nos dijo, ninguno de nosotros sabía qué bestias feroces y demonios se ocultaban en el continente de algas, y si teníamos motivos para saber que allí había cosas espantosas, cuánto más ellos que, por lo que sabíamos, eran acosados por ellas desde hacía muchos años. Siendo así, como siguió explicando, podíamos suponer que sabían muy bien que había seres en la isla; pero tal vez no desearan darse a conocer hasta haberlos visto, y por eso debíamos esperar a que decidieran revelársenos.

Cuando el contramaestre terminó de hablar, nos sentimos todos muy reanimados, porque su razonamiento parecía muy lógico. Sin embargo, todavía nos inquietaban muchas cuestiones porque, como dijo uno, era raro que no hubiéramos visto sus luces o, de día, el humo de su cocina. Pero a esto replicó el contramaestre que hasta entonces habíamos acampado en un sitio desde donde no divisábamos ni siquiera el vasto mundo de las algas, y mucho menos el barco abandonado. Además, cada vez que habíamos cruzado la playa opuesta, habíamos estado demasiado ocupados para pensar mucho en mirar la nave, que desde esa posición no mostraba más que su gran superestructura. Agregó que, hasta el día anterior, sólo una vez habíamos subido a cierta altura, y que

desde nuestro campamento actual no se podía ver el barco abandonado, para lo cual tuvimos que acercarnos al borde de la colina que daba a sotavento.

Concluido el desayuno, fuimos todos a ver si se avistaban señales de vida en la nave pero, transcurrida una hora, no sabíamos más que antes. Por consiguiente, como perder más tiempo era descabellado, el contramaestre dejó a un marinero de guardia en el borde de la colina y le encargó muy estrictamente que se mantuviese en una posición que le permitiera ser visto por cualquiera que se hallara a bordo de la nave silenciosa. Hecho esto, se llevó a los demás abajo para que lo ayudaran a reparar el bote. Desde entonces, durante todo el día encomendó a cada hombre un turno de guardia, indicándoles que le avisaran si se veían señales de vida en la nave. Pero salvo la guardia, mantuvo a todos lo más atareados posible: unos llevando algas para mantener encendido un fuego cerca del bote; uno para ayudarlo a mover y sostener el listón en el cual trabajaba; y a dos los envió hasta los despojos del mástil para que desprendieran una de las pernadas de las arraigadas que (cosa no habitual) estaban hechas con varas de hierro. Cuando se lo trajeron, me ordenó que lo calentara al fuego, tras lo cual le enderezó una punta a golpes, y hecho esto me puso a hacer agujeros en la quilla del bote, en los sitios marcados por él, destinados a los pernos con los que había decidido sujetar el listón.

Mientras tanto, siguió moldeando el listón hasta que encajó bien. Entre tanto gritaba a uno y otro hombre que hiciera esto y aquello; advertí que, aparte la necesidad de poner el bote en condiciones de navegar, deseaba mantener ocupados a los marineros, porque se habían excitado tanto pensando en la cercanía de otros seres humanos que no podría conservarlos en buena forma si no tenían algo que hacer.

Con todo, no se debe suponer que el contramaestre no compartía nuestra excitación, pues noté que de vez en cuando echaba una ojeada a la cúspide de la colina más alejada, por si acaso el vigía tenía alguna novedad para nosotros. Pero pasó la mañana y no hubo ningún indicio de que la gente del barco se propusiera mostrarse ante el hombre de guardia, y así llegó la hora de almorzar. Mientras comíamos, como es de suponer celebramos una segunda discusión sobre la extraña conducta de los del barco; pero ninguno pudo ofrecer una explicación más razonable que la dada por el contramaestre durante la mañana, de modo que abandonamos el tema.

Más tarde, después de fumar y descansar muy cómodamente, porque el contramaestre no era ningún tirano, nos levantamos por indicación suya para bajar de nuevo a la playa. Pero, en ese momento, un marinero que había corrido hasta el borde de la colina para echar una breve ojeada al barco, exclamó que una parte de la gran superestructura que lo cubría había sido retirada, y que allí se veía una figura que, por cuanto podía determinar a simple vista, parecía estar mirando la isla con un catalejo. Y bien, sería difícil contar cuánto nos entusiasmó esta noticia; corrimos a ver con nuestros propios ojos si podía ser cierto lo que se nos informaba. Y así era; vimos a esa persona con suma claridad, aunque empequeñecida por la distancia. No tardamos en comprobar que nos había visto, ya que comenzó a mover algo (que, supuse, era el catalejo) con mucha agitación; parecía también que saltaba. No dudo, sin embargo, de que nosotros estábamos tan excitados como él, pues descubrí que yo no sólo gritaba como un demente, lo mismo que los demás, sino que agitaba las manos y corría de un lado a otro por el borde de la cima. Observé luego que la figura del barco había desaparecido, pero sólo por un momento; cuando regresó la acompañaban casi una docena más, algunas de las cuales me pareció que eran mujeres, aunque la distancia me impedía estar seguro de ello. Al vernos sobre la cima de la colina, donde se nos tenía que distinguir con suma nitidez, se pusieron en seguida a hacer señales frenéticas con las manos, y nosotros les contestamos de manera similar, hasta enronquecer de tanto gritar inútiles saludos. Pero pronto nos cansamos de este insatisfactorio método de expresar nuestro entusiasmo, y uno tomó un pedazo de la lona cuadrada, y lo dejó ondear al viento, agitándolo hacia ellos, y otro tomó otro pedazo e hizo lo mismo mientras que un tercer marinero enrollaba un pedacito formando un cono y lo utilizaba como megáfono, aunque dudo de

que por eso su voz llegara más lejos. Por mi parte, había echado mano a uno de esos largos juncos parecidos a bambúes que estaban dispersos alrededor de la hoguera, y lo usaba para llamar la atención. Puede verse así qué grande y legítima era nuestra excitación al descubrir a esa pobre gente aislada del mundo dentro de una nave solitaria.

Entonces, súbitamente, pareció que todos nos dábamos cuenta de que ellos estaban entre las algas y nosotros en la cima de la colina, y que no había manera de zanjar el espacio que nos separaba. Al ver eso nos miramos para discutir el modo de rescatar a los tripulantes del barco. Sin embargo, no pudimos llegar a ninguna conclusión válida, porque aunque uno dijo haber visto cómo, mediante un mortero, se lanzaba una soga a un barco detenido lejos de la costa, esto de nada nos sirvió, pues no teníamos mortero. Pero aquí el mismo marinero exclamó que quizás en el barco tuvieran algo por el estilo, lo cual les permitiría dispararnos la soga a nosotros, y eso nos hizo pensar más en lo que decía, pues si ellos poseían un arma de ese tipo nuestras dificultades podrían desaparecer. Pero no sabíamos cómo hacer para averiguar si la tenían y, además, explicarles nuestros propósitos. Pero aquí el contramaestre acudió en nuestra ayuda, ordenando a un marinero que fuera rápido a chamuscar algunos juncos en la hoguera y, mientras esto cumplía, él tendió encima de la roca uno de los trozos de lona sobrantes; luego dijo al marinero que le trajera un pedazo de junco chamuscado y con él escribió la pregunta sobre la lona, pidiendo más carbón a medida que lo necesitaba. Después, cuando terminó de escribir, ordenó a dos marineros que sostuvieran la lona por las puntas, poniéndola a la vista de los ocupantes del barco. y así logramos que comprendieran lo que deseábamos. Algunas de las figuras se alejaron en seguida, y volvieron al cabo de un rato sosteniendo en alto, para que lo viéramos, un gran cuadrado blanco sobre el que había escrito un enorme «NO». Esto nos puso de nuevo en el dilema de cómo sería posible rescatar a los de la nave, porque súbitamente todo nuestro deseo de abandonar la isla se había transformado en la decisión de rescatar a la gente del barco y, por cierto, si esas no hubiesen sido nuestras intenciones, no seríamos más que verdaderos miserables; pero me alegra decir que en esta circunstancia sólo habíamos pcnsado en los que ahora confiaban en nosotros para regresar al mundo del cual eran extraños desde hacía tanto tiempo.

Como ya dije, estábamos de nuevo sin saber qué hacer para llegar a los del barco; conversábamos tratando de ver si se nos ocurría algún plan, y de vez en cuando nos volvíamos y hacíamos señas a los que nos observaban con tanta ansiedad. Pero pasó un rato sin que estuviéramos más cerca de idear un método de rescate. Entonces recordé (acaso impulsado por la mención de la soga lanzada al barco con un mortero) que una vez había leído algo en un libro sobre una hermosa doncella cuyo amante logró hacerla escapar de un castillo mediante un artificio similar, salvo que en ese caso utilizó un arco en lugar de un mortero, y una cuerda en lugar de soga: su novia izó la soga mediante la cuerda.

Me pareció posible sustituir el mortero con un arco, si lográ bamos encontrar el material para hacer dicha arma. Con tal idea, levanté un trozo de junco parecido a bambú y probé su elasticidad, que resultó ser muy buena, ya que esta curiosa planta, a la cual me ha referido hasta ahora como junco, sólo tenía de éstos la apariencia; era muy dura y leñosa, y tenía más resistencia que un bambú. Después de probar su elasticidad, fui a la carpa y corté un trozo de cordel reforzado que descubrí entre los pertrechos, y con éste y el junco logré armar un tosco arco. Mirando luego a mi alrededor, encontré un junco muy tierno y delgado, que había sido cortado con los demás, y con él fabriqué una especie de flecha; le puse como pluma un poco de esas hojas anchas y tiesas que crecían en la planta, hecho lo cual me acerqué al grupo apostado en el borde de la cima hacia sotavento. Cuando me vieron llevando ese objeto, creyeron quizá que intentaba hacer una broma, y algunos rieron, pensando que era esa una acción muy extraña de mi parte pero, cuando les expliqué lo que me proponía, dejaron de reír y menearon la cabeza, considerando que no había hecho más que perder el tiempo pues, según decían, una distancia tan grande no se podía cubrir sino con pólvora. Aclarado eso, se volvieron

de nuevo hacia el contramaestre, con quien algunos de ellos parecían discutir. Guardé entonces silencio y escuché un rato; así descubrí que algunos hombres abogaban por tomar el bote -en cuanto estuviera reparado de modo suficiente- y abrirse paso entre las algas hasta el barco, lo cual proponían hacer cortando un estrecho canal. Pero el contramaestre sacudió la cabeza recordándoles los grandes pulpos y cangrejos, y las cosas peores que las algas ocultaban, diciendo que los del barco lo habrían hecho mucho antes si fuera posible. Estos argumentos del contramaestre hicieron callar a los que discutían, mitigando su irracional ardor.

En ese preciso momento sucedió algo que demostró la sabiduría de las palabras del contramaestre. Súbitamente uno de los marineros gritó que miráramos, y al volvernos con rapidez vimos una gran conmoción entre quienes se encontraban en el espacio abierto de la superestructura: corrían de un lado a otro, y algunos empujaban el tabique que cerraba la abertura. En seguida vimos el motivo de tanta agitación y prisa, ya que hubo un movimiento entre las algas, junto a la popa del barco, y al instante siguiente unos tentáculos monstruosos brotaron llegando hasta el sitio donde había estado la abertura; pero la puerta se encontraba cerrada, y los tripulantes del barco se hallaban a salvo. Ante esta manifestación, los hombres que me rodeaban y habían propuesto utilizar el bote, y también los demás, exteriorizaron su horror; estoy convencido de que, si el rescate hubiera dependido del uso del bote, los del barco habrían quedado perdidos para siempre.

Pensando entonces que era un buen momento para insistir, comencé a explicar las probabilidades de que mi plan tuviera éxito, dirigiéndome muy especialmente al contramaestre. Le conté que, según habla leído, los antiguos fabricaban potentes armas, capaces algunas de arrojar una piedra grande, tan pesada como dos hombres, a una distancia de casi medio kilómetro; que, además, ideaban enormes catapultas que arrojaban más lejos todavía una lanza o una flecha grande. Ante esto, el contramaestre expresó gran sorpresa, pues nunca había oído hablar de algo semejante, pero dudó mucho de que pudiéramos construir un arma de ese tipo. Yo le contesté que no era difícil, pues tenía claro en la mente el plano para una de ellas, y además le hice notar que el viento era favorable y nos encontrábamos a una gran altura, lo que permitiría a la flecha llegar más lejos antes de bajar a las algas.

Dicho esto, me dirigí al borde de la cima, y le pedí que mirara; ajusté la flecha al cordel, tensé el arco y disparé: la flecha, ayudada por el viento y la altura, se hundió entre las algas a casi doscientos metros de donde nos hallábamos, más o menos un cuarto de la distancia hasta el barco náufrago. Con eso, mi idea conquistó al contramaestre, aunque, como señaló, la flecha habría caído más cerca de haber arrastrado consigo un trozo de cordel. Asentí, aunque haciendo notar que mi arco y flecha eran toscos y que, además, yo no era ningún arquero; sin embargo, le prometí -con tal de que él me ayudara y ordenara a los marineros que hicieran lo mismo- que, con el arco que yo iba a fabricar, lanzaría una vara encima mismo del barco.

Mi promesa era demasiado audaz, como comprobe más tarde, pero tenía fe en mi idea, y estaba muy ansioso por probarla; después de grandes discusiones durante la cena, decidieron dejarme que la pusiera en práctica.

12

Cómo hicimos el gran arco

La cuarta noche en la isla fue la primera que transcurrió sin incidentes. Es verdad que brillaba una luz en la nave encallada entre las algas pero, ahora que habíamos trabado cierto contacto con sus ocupantes, ya no era tanto motivo de excitación como de contemplación. En cuanto al valle donde esos seres viles habían dado muerte a Job, estaba muy silencioso y desolado bajo la luna, pues fui especialmente a verlo durante mi turno de guardia. Pese a ese silencio, sin embargo, era un sitio muy lúgubre, que inspiraba ideas inquietantes, de modo que no dediqué mucho tiempo a observarlo.

Era ésta la segunda noche que nos veíamos libres del terror de los seres diabólicos, y me pareció que la gran hoguera los había amedrentado, alejándolos; más tarde sabría si esta idea era acertada o errónea.

Hay que admitir que, fuera de una breve ojeada al valle y ocasionales miradas dirigidas a la luz entre las algas, presté poca atención a otra cosa que mis planes para el gran arco, y tanto aproveché el tiempo que cuando me relevaron tenía pensados todos los detalles, de modo que sabía muy bien qué tareas encomendar a los hombres en cuanto empezáramos, por la mañana.

Poco después, cuando llegó el día y terminamos el desayuno, mientras el contramaestre dirigía a los marineros bajo mi supervisión, comenzamos a fabricar el gran arco. La primera tarea que indiqué fue llevar a lo alto de la colina la mitad restante de la parte del mastelero que el contramaestre había partido en dos para reparar el bote. Bajamos todos a la playa donde estaban los despojos, y al encontrar la parte que buscaba la llevamos al pie de la colina; después enviamos un hombre a la cima para que bajara la soga del ancla, y tras atarla bien firme al madero, fuimos a la cima, tiramos de la soga y más tarde, después de muchos tirones y fatigas, logramos subirlo.

Concluida esta tarea, quise que alisaran la faz partida del madero hasta dejarla recta. El contramaestre se ofreció para eso, y mientras lo hacía yo fui con algunos marineros al bosquecillo de juncos donde, con mucho cuidado, seleccioné algunos de los mejores, que eran para el arco, y luego corté otros muy limpios y rectos, destinándolos a las grandes flechas. Con esto volvimos de nuevo al campamento, donde me dediqué a podarles las hojas, que guardé, pues pensaba utilizarlas. Tomé luego una docena de juncos, y los corté todos en trozos de unos cinco metros, haciéndoles muescas después para las cuerdas. Entre tanto, había enviado a dos hombres hasta los restos de los mástiles para que cortaran un par de obenques de cañameño y los llevaran al campamento; y como aparecieron en ese preciso momento, les encargué que los deshicieran, para poder sacar los excelentes hilos blancos ocultos bajo la cobertura de alquitrán y betún. Cuando los encontraron, comprobamos que eran muy buenos y sólidos, y por eso les ordené que hicieran una trenza de tres hilos para utilizarla en las cuerdas de los arcos. Se observará que he dicho *arcos*; explicaré eso. Mi intención inicial había sido hacer un solo gran arco, atando juntos para tal fin una docena de juncos; pero después de pensarlo llegué a la conclusión de que este plan era malo, porque se perdería mucho vigor y potencia en las uniones de las piezas cuando se soltara el arco. Para evitar esto, y poder además doblar el arco, cosa que me había preocupado al principio, decidí fabricar doce arcos distintos, que me proponía sujetar en la punta del mango uno sobre otro, de modo que todos quedaran en un solo plano vertical. Esta idea me permitiría doblar los arcos uno por uno, deslizar cada cuerda sobre la muesca de sostén, y después unir todas las cuerdas en la parte media para que todas fueran una sola contra el pie de la flecha. Cuando expliqué todo esto al contramaestre -quien, a decir verdad, se devanaba los sesos pensando cómo haríamos para doblar un arco como el que yo me proponía hacer-, quedó sumamente complacido con mi método para superar esta dificultad y también otra que, de lo contrario habría sido muy penosa, peor que la anterior: cómo *encordarlo*.

Poco después, al anunciarme el contramaestre que había conseguido alisar bastante la superficie del madero, me acerqué a él, porque ahora deseaba que le quemara un leve surco por el centro, de una punta a la otra, y quería que eso se hiciera con suma exactitud, pues de ello dependía en gran parte la puntería de la flecha. Después volví a mi propia tarea, ya que aún no había terminado de hacer las muescas en los arcos. Cuando terminé de hacer eso, pedí un pedazo de trenza y, con la ayuda de otro marinero, logré encordar uno de los arcos. Terminado esto, comprobé que era muy elástico, y tan difícil de tensar que para hacerlo hube de recurrir a todas mis fuerzas, lo cual me satisfizo de veras.

Se me ocurrió después que me convenía poner algunos hombres a trabajar en la soga que llevaría la flecha, porque había resuelto que también sería hecha con los cordeles de cáñamo blanco y, para que fuese liviana, pensé que bastaría con uno solo; pero a fin de que su resistencia fuera suficiente, les ordené que dividieran los cordeles y enroscaran las dos mitades. Con eso lograrían fabricar un cordel muy liviano y fuerte, aunque no debe suponerse que quedó terminado en seguida, pues necesitaba más de medio kilómetro, por lo cual nos llevó más tiempo que el arco mismo.

Ya con todo en marcha, me dispuse a preparar una de las flechas, pues ansiaba comprobar cómo funcionarían, sabiendo cuánto dependería del equilibrio y exactitud del proyectil. Al final me salió bastante bien; la emplumé con sus propias hojas y la enderecé con el cuchillo, tras lo cual introduje en la punta delantera un perno pequeño que hiciera de cabeza y, según pensaba, le diera equilibrio, aunque no puedo decir si mi idea era acertada. Pero antes de que yo terminase de hacer la flecha, el contramaestre completó el surco y me llamó para que lo viese; era de una maravillosa precisión.

Tan ocupado he estado con la descripción de los detalles del gran arco que me olvidé de relatar cómo volaba el tiempo, y cómo hacía rato que habíamos almorzado, y cómo la gente del barco nos había hecho señas y nosotros, después de devolvérselas, habíamos escrito en un trozo de lona una sola palabra: «ESPEREN». Y además de todo esto, algunos habían juntado el combustible para la noche inminente.

No tardó en caer la oscuridad, pero nosotros no dejamos de trabajar, ya que el contramaestre ordenó a los marineros que encendieran otra gran hoguera además de la primera, y a la luz de ésta trabajamos un rato largo, aunque el interés que poníamos en el trabajo hizo que pareciera bien corto. Por fin, el contramaestre nos ordenó que lo interrumpiéramos para cenar. Así lo hicimos, después de lo cual él estableció las guardias y los demás nos acostamnos, porque estábamos muy cansados.

Pese a mi anterior cansancio, cuando el hombre a quien relevaba me llamó para que montara guardia, me sentí muy animado y despierto y, como la noche anterior, dediqué gran parte del fiempo a estudiar mis planes para completar el gran arco, y fue entonces cuando finalmente decidí cómo aseguraría los arcos en la punta del madero, ya que hasta entonces dudaba entre varios métodos. En ese momento, sin embargo, decidí hacer doce surcos en la punta aserrada del madero, y encajar allí las partes medias de los arcos, una sobre otra, como ya mencioné, y luego sujetarlas en cada lado a pernos introducidos en los costados del madero. Esta idea me dejó muy complacido, porque me prometía asegurarlos bien y sin mucho trabajo.

Aunque pasé gran parte de la guardia pensando en los detalles de mi prodigiosa arma, no se debe suponer que descuidé mis deberes de vigía, ya que recorría continuamente la cima de la colina, con la espada lista para cualquier emergencia. No obstante, mi tiempo pasó con bastante tranquilidad, si bien es cierto que presencié algo que me provocó un momento de inquietas reflexiones. Fue así: había llegado a esa parte de la cima que sobresalía hacia el valle cuando bruscamente se me ocurrió acercarme a la orilla y asomarme. Entonces, como la luna brillaba mucho y la desolación del valle se distinguía con bastante claridad, me pareció ver un movimiento entre algunos hongos que no se habían quemado del todo y que se alzaban chamuscados y ennegrecidos en el valle. No puedo asegurar que no fuera un súbito capricho de la imaginación, engendrado por el misterio de aquel desolado valle y tal vez magnificado por la incertidumbre que

da la luz lunar. Sin embargo, para disipar mis dudas, volví hasta encontrar un trozo de roca fácil de arrojar, tomé un poco de impulso y lo lancé al valle, apuntando al sitio donde me había parecido detectar un movimiento. En seguida vi algo que se movía, y después, más a mi derecha, se agitó alguna otra cosa, y entonces miré hacia allí pero sin descubrir nada Al mirar de nuevo el grupo de hongos hacia donde había lanzado el proyectil, vi que el charco cubierto de légamo, que estaba cerca, se estremecía todo. Al instante siguiente, sin embargo, quedé tan lleno de dudas como antes, ya que mirándolo bien noté que estaba inmóvil. Después de esto, pasé un buen rato observando con atención el valle, pero sin poder descubrir en ninguna parte nada que confirmara mis sospechas. Por fin dejé de observar, pues temía volverme fantasioso, así que eché a andar hacia el lado de la colina que miraba hacia las algas.

Más tarde, cuando fui relevado, volví a dormir, y lo hice hasta la mañana. Tras un rápido desayuno -todos estábamos muy ansiosos por ver terminado el gran arco-, pusimos manos a la obra, cada uno en la tarea que le correspondía. El contramaestre y yo nos dedicamos a hacer los doce surcos en el lado plano del madero, en los cuales me proponía encajar y sujetar los arcos. Lo hicimos utilizando el obenque de hierro, que calentamos en el medio y luego, tomando cada uno una punta (protegiéndonos las manos con lona) fuimos uno de cada lado y aplicamos el hierro hasta que los surcos fueron bien nítidos y precisos. Esta labor nos ocupó toda la mañana, puesto que era necesario hacer marcas muy hondas; y mientras tanto los hombres habían trenzado casi soga suficiente para encordar los arcos, pero los que trabajaban en la cuerda que iría con la flecha apenas habían hecho la mitad, de modo que llamé a uno más para que los ayudara.

Concluido el almuerzo, el contramaestre y yo nos dedicamos a asegurar los arcos en los sitios correspondientes, hecho lo cual los enlazamos a veinticuatro pernos, doce de cada lado, introducidos en la madera del palo a unos treinta centímetros de la punta. Luego doblamos y encordamos los arcos, con mucho cuidado de que cada uno quedara doblado exactamente como el que tenía debajo, ya que empezamos desde abajo. Antes de ponerse el sol habíamos terminado esa parte de nuestra labor.

Entonces, como las dos hogueras encendidas por nosotros la noche anterior habían agotado todo el combustible, el contramaestre consideró prudente suspender el trabajo e ir todos en busca de una nueva provisión de algas secas y algunos haces de juncos. Así lo hicimos, finalizando las idas y venidas en el preciso momento en que el crepúsculo caía sobre la isla. Una vez que encendimos otra hoguera, como la noche anterior, cenamos y luego trabajamos un rato más, concentrándose los demás en la cuerda que iría con la flecha mientras el contramaestre y yo nos dedicábamos a fabricar cada uno una nueva flecha, pues me había dado cuenta de que tendríamos que hacer uno o dos lanzamientos antes de poder calcular nuestro alcance y apuntar con exactitud.

Más tarde, tal vez a eso de las nueve de la noche, el contramaestre nos ordenó a todos abandonar el trabajo y dispuso las guardias, tras lo cual los demás fuimos a dormir a la carpa, ya que la fuerza del viento hacía muy agradable el refugio.

Esa noche, cuando llegó mi turno de guardia, me propuse observar el valle, pero aunque miré a intervalos durante media hora, no vi nada que me hiciera pensar que, en efecto, había visto algo la noche anterior; sin duda no debíamos inquietarnos más por los seres diabólicos que habían matado al pobre Job. Sin embargo, debo hacer constar algo que vi durante mi guardia, aunque fue desde el borde de la cima que daba hacia el continente de algas; y no ocurrió en el valle sino en la extensión de agua clara que separaba la isla de las algas. Tal como lo vi, me pareció que una cantidad de peces grandes se dirigían en diagonal desde la isla hacia el gran continente de algas: nadaban trazando una sola estela y manteniendo una línea muy regular, aunque sin cortar el agua como las marsopas. Pero a pesar de esto no debe suponerse que hubiera visto un espectáculo demasiado extraño, y lo cierto es que no pensé en él sino para preguntarme qué clase de peces serían, ya que, vistos confusamente a la luz de la luna, su aspecto era raro: daba la impresión de que tenían dos colas, y además llegué a sospechar una

fluctuación como de tentáculos bajo la superficie, pero de esto no estuve nada seguro.

A la mañana siguiente, después de un apresurado desayuno, reanudamos la tarea, pues esperábamos tener el gran arco preparado antes de almorzar. El contramaestre pronto terminó su flecha, y la mía estuvo lista poco después, de modo que para completar nuestra labor ya no faltaba más que terminar la cuerda e instalar el arco. En esto último trabajamos a continuación con la ayuda de los marineros, preparando una plataforma de rocas cerca del borde que miraba hacia las algas. En ésta colocamos el gran arco y después, tras enviar a los marineros de vuelta a trabajar en la cuerda, procedimos a apuntar la enorme arma. Primero la dirigimos hacia el casco de la nave, cosa que logramos mirando a lo largo del surco quemado por el contramaestre sobre el centro del madero. Luego nos dedicamos a preparar la muesca y el gatillo: la muesca para sostener las cuerdas una vez dispuesta el arma, y el gatillo -una tabla asegurada con un perno flojo al costado, bajo la muesca- para empujarlas y sacarlas de ese sitio cuando quisiéramos descargar el arco. Esta parte del trabajo no nos llevó mucho tiempo, y pronto tuvimos todo listo para el primer lanzamiento. Entonces comenzamos a preparar los arcos, tensando el de abajo primero, y luego, uno a uno, los de arriba, hasta que todos quedaron listos; después apoyamos la flecha con sumo cuidado en el surco. Hecho esto, tomé dos trozos de cabo y junté las cuerdas en cada punta de la muesca, atándolas para que todas obraran al unísono al empujar la flecha. Cuando todo estuvo listo para el lanzamiento, yo apoyé un pie en el gatillo y, pidiendo al contramaestre que observara cuidadosamente el vuelo de la flecha, empujé hacia abajo. En el instante siguiente, con una potente vibración y un estremecimiento que hizo temblar al gran madero sobre la plataforma de rocas, el arco saltó a su mínima tensión, lanzando la flecha hacia delante y hacia arriba en un amplio arco. Es de imaginar con qué mortal interés observamos su vuelo, y en un minuto descubrimos que habíamos apuntado demasiado a la derecha, ya que la flecha cayó entre las algas delante de la nave... pero *más allá* de ella. Esto casi me hizo estallar de orgullo y alegría, y los marineros que se habían adelantado para presenciar la prueba gritaron aclamando mi éxito, en tanto el contramaestre me palmeaba el hombro dos veces demostrando su estima y gritando tanto como los demás.

Según me parecía ahora, bastaba con que apuntáramos bien para que en un día o dos más pudiéramos rescatar a los de la nave, pues en cuanto hiciéramos llegar una cuerda hasta ella, con esa cuerda podríamos enviarles una soga fina, y con ésta otra más gruesa, que tensaríamos al máximo posible, y luego traeríamos a la gente del barco a la isla utilizando un asiento con polea, que correríamos de un lado a otro a lo largo de la cuerda de sostén.

Al comprobar que, en efecto, el arco lanzaría proyectiles hasta la nave encallada, nos apresuramos a probar la segunda flecha, indicando a los marineros que siguieran trabajando en la cuerda, pues la necesitaríamos muy pronto. Poco después, tras haber apuntado el arco más a la izquierda, desaté las cuerdas para que pudiéramos tensar los arcos uno por uno, y tuvimos el arma preparada por segunda vez. Luego, viendo que la flecha estaba derecha en el surco, volví a poner las ataduras, y de inmediato la descargué. Esta vez, para mi gran satisfacción y orgullo, la flecha fue hacia la nave con magnífica rectitud, y pasando por encima sin tocar la superestructura desapareció al otro lado. Esto causó en mí una gran impaciencia por lanzar la cuerda al barco antes de cenar, pero los marineros no habían preparado aún una longitud suficiente, ya que sólo teníamos cuatrocientas cincuenta brazas (que el contramaestre midió estirándola sobre los brazos y el pecho). Fuimos entonces a cenar, cosa que hicimos con mucha prisa, y después trabajamos todos preparando cuerda, y en más o menos una hora tuvimos la cantidad suficiente, pues yo habla calculado que no convendría hacer el intento con menos de quinientas brazas de cuerda.

Cuando tuvimos lista toda la cuerda necesaria, el contramaestre encargó a un marinero que la frotara con mucho cuidado sobre la roca junto al arco, mientras él mismo probaba las partes que consideraba dudosas en algún sentido, hasta quedar satisfecho. La até entonces a la flecha; y como había preparado el arco mientras los

otros frotaban la cuerda, estuve inmediatamente en condiciones de descargar el arma.

Durante toda la mañana, un hombre nos había observado desde la nave con un catalejo, asomando la cabeza sobre el borde de la superestructura, y al comprender nuestras intenciones -pues había presenciado los lanzamientos anteriore- entendió al contramaestre cuando éste le hizo señas de que estábamos preparados para un tercer tiro; en ese momento, agitando el catalejo en respuesta, desapareció de la vista. Entonces, y después de haberme dado vuelta para comprobar que no había nadie cerca de la cuerda, oprimí el gatillo, mientras el corazón me latía muy rápido y fuerte, y la flecha partió en seguida. Pero esa vez, debido sin duda al peso de la cuerda, no voló tan bien como la anterior, y cayó entre las algas unos doscientos metros antes de llegar a la nave. Eso casi me hizo llorar de rabia y de frustración.

Inmediatamente después de mi disparo fallido, el contramaestre ordenó a los marineros que recogieran la cuerda con sumo cuidado, para que no se partiera al enredarse la flecha entre las algas; después se me acercó a proponerme que empezáramos en seguida a fabricar una flecha más pesada, sugiriendo que el poco peso del proyectil era la causa del fracaso. Eso me hizo recuperar las esperanzas, y me dediqué de inmediato a preparar otra flecha, mientras el contramaestre hacía lo mismo, aunque en su caso se proponía hacerla más liviana que la anterior, porque, según explicó, si la más pesada no acertara, la más liviana tal vez sí, y si no lo hacía ninguna, sólo nos quedaba suponer que al arco le faltaba potencia para lanzar la cuerda, y en ese caso tendríamos que intentar otro método.

En unas dos horas tuve mi flecha preparada, mientras que el contramaestre terminó la suya un poco antes; entonces, ya que los marineros habían recogido toda la cuerda y la tenían raspada y lista, nos dispusimos a intentar de nuevo lanzarla sobre la nave. Pero volvimos a fallar, y por una distancia tan considerable que ya parecía inútil pensar en el éxito; el contramaestre insistió, de todos modos, en hacer un último intento con la flecha liviana, y en cuanto tuvimos de nuevo lista la cuerda, la arrojamos hacia el casco encallado, pero tan lamentable fue nuestro fracaso esta vez que yo le grité al contramaestre que tirara esa cosa inservible al fuego y la quemara; yo estaba tan irritado que me costaba hablar con serenidad.

Al ver mi estado de ánimo, el contramaestre anuncio que por el momento dejaríamos de preocuparnos por la nave y, como ya se acercaba la noche, bajaríamos todos a juntar cañas y algas para el fuego. Así lo hicimos, aunque muy desconsolados, porque después de tenerlo tan cerca, el éxito parecía ahora más lejano que nunca. Poco más tarde, tras recoger combustible suficiente, el contramaestre envió a dos marineros a uno de los rebordes que sobresalían hacia el mar, con la orden de conseguir pescado para la cena. Luego ocupamos nuestros sitios habituales alrededor del fuego y nos pusimos a discutir sobre la forma de llegar hasta la gente del barco.

Por un rato no hubo ninguna sugerencia digna de señalar, hasta que por fin se me ocurrió una idea notable, y súbitamente exclamé que debíamos fabricar un pequeño globo de gas y enviarles la cuerda volando por ese medio. Al oírme, los hombres que rodeaban la hoguera guardaron silencio un momento, ya que la idea era nueva para ellos y, además, necesitaban entender lo que quería decirles. Entonces, una vez que captaron del todo la idea, el que había propuesto hacer lanzas con los cuchillos exclamó que acaso bastaría con una cometa, y yo quedé asombrado al pensar que un recurso tan sencillo no se le hubiera ocurrido a nadie hasta entonces, ya que sin duda no sería difícil arrojarles una cuerda por medio de una cometa que, además, no costaría mucho fabricar.

Después de hablar un rato, se decidió que por la mañana armaríamos algún tipo de cometa, con la cual enviaríamos una cuerda volando hasta el barco, tarea que no sería nada dificultosa con una brisa tan buena como la que continuamente soplaba sobre nosotros.

Comimos un excelente pescado que los dos hombres habían sacado mientras nosotros conversábamos, y luego el contramaestre distribuyó las guardias y los demás se acostaron.

13

Los habitantes de las algas

Esa noche, cuando fui a montar guardia, descubrí que no había luna y, salvo por la luz que arrojaba la hoguera, la cima de la colina estaba envuelta en la oscuridad; pero esto no me inquietaba demasiado, ya que nadie nos había molestado desde el incendio de los hongos en el valle, y yo estaba perdiendo gran parte del temor que me acosaba desde la muerte de Job. Sin embargo, aunque no tenía tanto miedo como antes, tomé todas las precauciones que se me ocurrieron, y después alimenté el fuego hasta que alcanzó bastante altura, tomé la espada y recorrí el campamento. Me detuve un rato en los bordes de los precipicios que nos protegían por tres lados, observando con atención la oscuridad y escuchando, aunque esto último de poco me servía, debido a la fuerza del viento que me bramaba continuamente en los oídos. Pero aunque nada vi ni oí, me dominó al poco rato una extraña inquietud, que me hizo regresar dos o tres veces a la orilla de los precipicios; pero no me llegaba ninguna imagen ni sonido que justificara esas preocupaciones. Por último, ya decidido a no dar lugar a ninguna fantasía, evité el margen de los precipicios, y anduve más bien en la parte que dominaba la cuesta por donde hacíamos los viajes a la isla.

Luego, transcurrida casi la mitad de mi período de guardia, me llegó desde la inmensidad de algas que se extendía a sotavento un ruido lejano que fue aumentando, subiendo y subiendo en volumen hasta convertirse en un aterrador alarido, para luego perderse en la distancia en extraños sollozos y culminar en una nota más apagada que el sonido del viento. Como es de suponer, quedé un tanto alterado al oír un ruido tan espantoso que nacía de tanta desolación, y de pronto se me ocurrió pensar que los gritos provenían del barco que se hallaba a sotavento de nosotros; de inmediato corrí a la orilla del precipicio que miraba hacia las algas y clavé la vista en la oscuridad; entonces, una luz que brillaba en el barco encallado me permitió advertir que los gritos habían surgido de un lugar muy a la derecha de éste; además, el sentido común me aseguraba que las voces de quienes se encontraban en él nunca podrían haberme llegado contra un viento como el que soplaba en ese momento.

Pasé un rato pensando nerviosamente y escudriñando las timeblas nocturnas; así percibí al fin un resplandor opaco en el horizonte, y en seguida asomó a la vista el borde superior de la luna, a la que recibí con gran alivio, pues había estado a punto de llamar al contramaestre para informarle respecto del ruido que acababa de oír, pero había vacilado, temeroso de pasar por tonto si no sucedía nada. Mientras contemplaba la luna que se elevaba allá en el cielo, otra vez llegaron a mi aquellos gritos, algo parecido a una mujer que sollozara con la voz de un gigante; la voz creció y se hizo más fuerte hasta atravesar el bramido del viento con asombrosa nitidez, y luego, muy despacio, como en ecos sucesivos, se extinguió en la distancia, y de nuevo no quedó en mis oídos otro sonido que el del viento.

Después de fijarme bien de qué dirección provenía el sonido, corrí a la carpa y desperté al contramaestre, pues ignoraba qué podía presagiar tan extraño ruido, y aquel segundo grito me había hecho perder toda vergüenza. El contramaestre estuvo de pie casi antes de que yo terminara de sacudirlo, y empuñando el gran alfanje, que siempre tenía a mano, me siguió con rapidez hasta la cima. Allí le expliqué que había oído un ruido espantoso que parecía provenir del vasto continente de algas y que, al repetirse, había decidido llamarlo, pues no sabía si acaso anunciaba algún peligro inminente para nosotros. Al oír esto, el contramaestre me felicitó, aunque regañándome por haber vacilado en llamarlo al oírse por primera vez los gritos. Después me siguió al borde del precipicio de sotavento, donde se detuvo a mi lado, esperando y escuchando por si se repetía el ruido.

Tal vez durante más de una hora permanecimos allí muy callados y escuchando, pero sin que llegara a nosotros otro sonido que el continuo ruido del viento. Ya un poco

impaciente por la espera, y estando alta la luna, el contramaestre me hizo señas de que recorriera el campamento con él. En el preciso instante en que me volvía, al bajar casualmente la vista hacia el agua clara que teníamos directamente debajo, me asombro descubrir que una multitud innumerable de grandes peces, como aquellos de la noche anterior, nadaban desde el continente de algas hacia la isla. Al verlos me detuve cerca del borde, pues iban tan directamente hacia la isla que esperaba verlos llegar a la costa. Sin embargo, no logré distinguir a ninguno, ya que todos parecían desaparecer en un punto que distaba unos treinta metros de la playa; entonces, asombrado tanto por la cantidad de peces como por su rareza, y el modo en que venían continuamente sin llegar nunca a la costa, llamé al contramaestre, que había adelantado algunos pasos, para que fuera a ver. Al oír mi voz volvió corriendo, y cuando le señalé el mar se agachó a mirar con mucha atención; yo lo acompañé, pero ninguno de nosotros pudo descubrir el sentido de tan curiosa exhibición. Observamos así un rato, con idéntico interés.

Sin embargo, él se apartó de allí en seguida, diciendo que hacíamos una tontería al quedarnos mirando cualquier curiosidad cuando deberíamos estar ocupándonos de la tranquilidad del campamento, de modo que iniciamos el recorrido de la cima. Mientras observábamos y escuchábamos, habíamos dejado que el fuego disminuyera peligrosamente y, en consecuencia, aunque la luna estaba saliendo, no había luz suficiente para iluminar el campamento ni mucho menos. Al advertirlo, me adelanté para echar un poco de combustible a la hoguera, y en ese momento me pareció ver que algo se movía en la penumbra de la carpa. Eché a correr hacia allí, lanzando un grito y blandiendo la espada, pero no encontré nada, de modo que, sintiéndome un poco tonto, me volví para avivar el fuego, como me había propuesto. Me hallaba ocupado en eso cuando llegó el contramaestre a la carrera, preguntándome qué había visto, y en ese mismo instante salieron de la carpa tres hombres, a quienes mi súbito grito había despertado. Pero nada pude decirles, salvo que mi imaginación me había engañado mostrándome algo que mis ojos no pudieron ver. Al oír esto, dos de los hombres fueron a reanudar el sueño, pero el tercero, el marinero corpulento a quien el contramaestre había dado el otro alfanje, vino con nosotros trayendo su arma. Aunque guardó silencio, me pareció que había captado algo de nuestra inquietud, y por mi parte no lamenté contar con su compañía.

No tardamos en llegar a esa parte de la colina que sobresalía hacía el valle, y allí me acerqué a la orilla del despeñadero con el propósito de asomarme, pues el valle guardaba una horrible fascinación para mí. Pero en cuanto miré hacia abajo me sobresalté, y corrí a donde estaba el contramaestre y le tironeé de la manga; él, advirtiendo mi agitación, me acompañó en silencio, para ver qué me había provocado esa silenciosa alteración. Cuando se asomó, también él quedó atónito, y se echó atrás instantáneamente; luego, con gran cautela, volvió a inclinarse para mirar. Al verlo, el marinero alto se acercó también de puntillas, y se agachó a ver qué habíamos descubierto. Así los tres contemplamos una escena sobrenatural, ya que el valle entero hormigueaba de seres blancos y malsanos a la luz de la luna, seres que se movían de un modo similar al de enormes babosas, aunque su forma era otra, pues me hicieron pensar en seres humanos muy rollizos que se arrastraran sobre los estómagos, aunque sus movimientos no carecían de una agilidad sorprendente. Luego, mirando un poco por sobre el hombro del contramaestre, descubrí que esas cosas horrendas salían del charco parecido a un pozo que había en el fondo del valle. Recordé entonces las multitudes de extraños peces que había visto nadando hacia la isla pero que desaparecían antes de llegar a la costa, y no tuve dudas de que habían penetrado en el pozo por algún pasaje natural submarino que ellos conocían. Ahora comprendía por qué la noche anterior había creído ver ondular tentáculos, porque esas cosas del fondo del valle tenían dos brazos cortos y rechonchos, pero de puntas divididas en horribles masas serpenteantes de pequeños tentáculos; y en las extremidades posteriores, donde debían haber tenido pies, se divisaban otros manojos fluctuantes, aunque no se debe suponer que veíamos todo esto con claridad.

Es casi imposible transmitir el asco extraordinario que suscitó en mí el hecho de ver esas babosas humanas; y aun cuando pudiera, creo que no lo haría pues, si lo consiguiera, otros sufrirían las mismas ganas de vomitar que yo sufrí: un espasmo que surgió sin premonición, engendrado por un verdadero horror. Y mientras yo miraba enfermo de repugnancia y miedo, apareció a la vista, allí abajo, a menos de una braza, una cara como la que había visto tan cerca aquella noche cuando navegábamos junto al continente de algas. Si no hubiera sentido tanto terror, podría haber gritado al verla, porque los enormes ojos, grandes como monedas de una corona, el pico, semejante al pico invertido de un loro, el cuerpo blanco y viscoso que ondulaba como el de una babosa, me paralizaron como si hubiera sido mortalmente herido. Mientras yo permanecía allí, con el indefenso cuerpo inclinado y rígido, el contramaestre me lanzó una sonora maldición al oído, se adelantó y golpeó a la cosa con el alfanje, pues en el instante en que yo la había visto había subido casi un metro. Esta acción del contramaestre me hizo reaccionar súbitamente, y arremetí con tanto vigor que me pude haber caído siguiendo al cadáver de aquella bestia, ya que perdí el equilibrio y por un instante me tambaleé presa de vértigo al borde de la eternidad. El contramaestre me sujetó entonces por el cinto y quedé a salvo, pero mientras me esforzaba por recobrar el equilibrio había descubierto que la ladera de la colina estaba casi oculta bajo huestes enteras de aquellas cosas que subían buscándonos, de modo que me volví hacia el contramaestre y le grité que había miles trepando hacia nosotros. Pero él ya se había apartado de mí, e iba hacia la hoguera gritando a los hombres que dormían en las carpas que acudieran en nuestra ayuda si querían salvar sus vidas; después volvió corriendo con una gran brazada de algas, seguido por el marinero alto, que traía de la hoguera un penacho ardiente, y así, en pocos instantes, preparamos una fogata, mientras los demás traían más algas, de las que, gracias a Dios, teníamos una buena provisión en la cima.

Apenas acabábamos de encender el fuego cuando el contramaestre gritó al marinero alto que preparara otro un poco más lejos, en el borde del precipicio. En ese mismo instante lancé un grito y corrí a la parte de la colina que daba hacia el mar, pues había visto varias cosas que se movían cerca del borde del acantilado. Allí estaba muy oscuro; unos grandes peñascos dispersos obstruían la luz tanto de la luna como la de las hogueras. En ese lugar me encontré bruscamente con tres grandes formas que se movían con sigilo hacia el campamento, y detrás de ellas vi, confusamente, otras. Lancé un fuerte grito pidiendo ayuda y las ataqué. Al hacer eso se irguieron, y comprobé que me sobrepasaban en altura y tendían hacia mí los viles tentáculos. Golpeé a diestra y siniestra, jadeante, descompuesto por un súbito hedor, el hedor de esos seres que ya conocía. Y entonces algo me apretó, algo viscoso y repulsivo, y unas grandes mandiulas se abrieron y se cerraron delante de mi cara, pero lancé un golpe hacia arriba con el cuchillo y aquello se apartó de mí, dejándome mareado y enfermo. En ese momento hubo ruido de pasos y una súbita llamarada: el contramaestre que me gritaba palabras de aliento y, en seguida, él y el marinero alto se me adelantaron arrojando grandes cantidades de algas secas, en llamas, que cada uno traía en la punta de un junco largo. E inmediatamente las cosas escaparon, y reptando velozmente desaparecieron por el borde del precipicio.

Poco después, ya repuesto, procuré limpiarme del cuello la viscosidad dejada por el apretón del monstruo, y luego corrí de una hoguera a la otra alimentándolas con algas; así pasó un rato, en cuyo transcurso estuvimos a salvo, pues ya había hogueras por toda la cima de la colina y los monstruos tenían un terror mortal al fuego; de lo contrario todos habríamos muerto aquella noche.

Un rato antes del amanecer descubrimos, por segunda vez desde que estábamos en aquella isla, que el combustible no nos alcanzaría para toda la noche, dada la rapidez con que nos veíamos obligados a quemarlo, y el contramaestre ordenó a los marineros que apagaran la mitad de las hogueras. De ese modo diferimos un poco el instante en que tendríamos que enfrentar la oscuridad y las cosas que, por el momento, las hogueras mantenían a raya. Por último, se nos acabaron las algas y los juncos, y el contramaestre

nos indicó que vigiláramos con mucho cuidado los bordes de los precipicios y atacáramos en cuanto apareciese algo, pero que si él llamaba nos reuniéramos todos junto a la hoguera mayor para la resistencia final. Dicho esto, maldijo a la luna, que se habla ocultado tras un gran nubarrón. Las tinieblas crecían, y menguaban las hogueras. Entonces oí que un hombre maldecía en la parte de la colina que daba al continente de algas; los gritos me llegaban contra el viento, y el contramaestre nos pidió a todos que tuviéramos cuidado; de inmediato golpeé algo que se alzaba en silencio sobre el borde del precipio frente al cual yo montaba guardia.

Pasó tal vez un minuto, y después se oyeron gritos que venían de todas partes; comprendí que teníamos encima a los hombres de las algas. En ese mismo instante dos de ellos aparecieron sobre el borde, cerca de donde estaba yo, envueltos en un silencio espectral aunque moviéndose con agilidad. Traspasé la garganta del primero, que cayó hacia atrás, pero el segundo, aunque le clavé la espada, asió la hoja con un manojo de tentáculos y me la habría arrebatado de no haber sido porque le di un puntapié en la cara, ante lo cual, más asombrado que herido, según creo, me soltó el arma, e inmediatamente desapareció. Aunque todo esto no me había ocupado más de unos diez segundos, ya distinguía otros cuatro que aparecían un poco a mi derecha, y al verlos me pareció que nuestra muerte debía de estar cercana, pues no sabía cómo dar cuenta de seres que llegaban con tanta osadía y rapidez. Sin embargo, salí a su encuentro sin vacilar, y esta vez no les lancé estocadas, sino tajos a la cara, cosa que hallé muy eficaz, ya que así eliminé a tres con otros tantos golpes; pero el cuarto, que había llegado por el borde del precipicio, me atacó levantándose sobre la parte posterior como lo hicieran aquellos otros cuando me auxilió el contramaestre. Retrocedí entonces. muy asustado, pero al oír alrededor tantos gritos de pelea, y sabiendo que no podía esperar ninguna ayuda, arremetí contra la bestia: cuando se encorvó tratando de asirme con uno de los manojos de tentáculos, salté hacia atrás y le lancé un tajo; después, sin esperar, le hundí la hoja en el estómago, y entonces se desplomó como una bola blanca, retorciéndose y rodando de un lado a otro; agonizante, llego a la orilla del despeñadero y cayó, mientras yo seguía allí, enfermo y casi paralizado por el odioso hedor de los monstruos.

En los bordes de la colina, todos los fuegos eran ahora montículos de brasas casi apagadas, y aunque el que ardía cerca de la entrada de la carpa todavía alumbraba bastante, eso de poco nos sirvió, pues combatíamos demasiado lejos. Hasta la luna, que miré entonces con desaliento, no era más que una forma fantasmagórica detrás de las nubes. Al mirar por encima del hombro izquierdo descubrí, con súbito horror, que algo se me había acercado; de inmediato sentí el hedor y, aterrado, di un salto hacia un costado, girando. Así me salvé en el instante mismo de la destrucción, ya que los tentáculos del ser me embadurnaron la nuca en el momento del salto. Después golpeé una y otra vez, hasta vencer.

A continuación descubrí que algo cruzaba el espacio oscuro que separaba los apagados restos del fuego más cercano y el que estaba un poco más lejos, sobre la cima. Sin perder tiempo, corrí hacia esa cosa y le asesté dos tajos en la cabeza, antes de que pudiera erguirse sobre la parte posterior. Pero apenas había matado a ésta cuando me atacaron por lo menos una docena más, que entre tanto habían trepado en silencio por el borde del precipicio. Esquivándolas, corrí como un loco hacia el resplandor de la hoguera más cercana, seguido por las bestias que casi se movían con la misma rapidez que yo; llegué al fuego primero, y entonces, súbitamente inspirado, metí en la hoguera la punta de la espada y les lancé una gran rociada de brasas. Gracias a eso tuve una momentánea pero clara visión de muchas caras blancas y espantosas vueltas hacia mí, y de pardas mandíbulas que se abrían y se cerraban, el pico superior sobre el inferior, y de tentáculos apiñados y ondulantes que se agitaban. Luego volvieron a reinar las tinieblas, pero en seguida les arrojé otra rociada de ardientes brasas, y otra más, hasta que los vi retroceder, desapareciendo. Descubrí que, por todo el borde de la cima volaban las brasas de modo similar; los otros habían recurrido al mismo ardid para salvarse en tan apurada situación.

Después de esto gocé de un breve momento de respiro, ya que los monstruos parecían haberse atemorizado. Sin embargo, yo no dejaba de temblar y de mirar de un lado a otro, sin saber cuándo uno o más de ellos me atacarían. Y no cesaba de mirar la luna, rogando al Todopoderoso que las nubes pasaran rápido, pues de lo contrario moriríamos todos. Y mientras oraba, uno de los marineros lanzó un grito muy terrible, y al mismo tiempo apareció algo en el borde del precipicio que yo tenía delante, pero lo hendí antes de que pudiera seguir subiendo. En mis oídos resonaban todavía ecos del súbito grito que había surgido a mi izquierda; sin embargo, no me atreví a abandonar mi lugar, ya que así habría puesto en peligro a todos, de modo que allí me quedé, atormentado por no saber qué pasaba y por mi propio temor.

De nuevo tuve un breve lapso de tranquilidad en el que nada apareció (por cuanto pude ver) a mi derecha ni a mi izquierda, aunque otros eran menos afortunados, como me lo indicaban las exclamaciones y los golpes que se oían. Después, bruscamente, resoné otro grito de dolor, y volví a mirar la luna, implorando en voz alta que alumbrara un poco antes de que todos fuéramos aniquilados, pero permaneció oculta. En ese momento se me ocurrió una idea: grité al contramaestre que pusiera la enorme ballesta sobre la hoguera central, para producir una llama grande, pues la madera era muy buena y seca. Dos veces le grité: «¡Hay que quemar el arco! ¡Hay que quemar el arco!», y él respondió en seguida gritando a todos que corrieran a buscarlo y lo llevaran al fuego. Así lo hicimos, transportándolo a la hoguera del medio para luego volver corriendo a toda velocidad a nuestros sitios. De ese modo, en un minuto tuvimos algo de luz, que aumentó al apoderarse el fuego del gran madero, un fuego que el viento transformó en llamarada. Miré entonces hacia fuera, por si algún repulsivo rostro aparecía frente a mí, o a mi derecha o a mi izquierda. Pero nada vi, salvo una vez, según me pareció, un tentáculo que subía ondulando un poco a mi derecha. Por un rato, nada más que eso.

Unos cinco minutos más tarde hubo otro ataque, en el cual el desatino de aventurarme demasiado cerca de la orilla del precipicio estuvo a punto de hacerme perder la vida. De la oscuridad, allá abajo, surgié de pronto un manojo de tentáculos que me asió por el tobillo izquierdo; caí sentado, con ambos pies sobre el borde del precipicio, y sólo por gracia de Dios no me zambullí de cabeza en el valle. De todos modos, corrí grave peligro, porque el monstruo que me sujetaba el pie tiraba de él con fuerza, tratando de arrastrarme, pero yo resistí, apoyándome en las manos y en el trasero; al comprobar que no podía eliminarme de esta manera, aflojó un poco la presión y me mordió la bota, atravesando el duro cuero y llegando casi a deshacerme el dedo chico; pero al no verme ya obligado a utilizar ambas manos para conservar aquella posición, lancé cuchilladas hacia abajo con gran furia, enloquecido por el dolor y por el miedo mortal que aquel ser me causaba. Sin embargo, no quedé libre de la bestia en seguida; me asió la hoja de la espada pero yo se la arrebaté antes de que lograra sostenerla bien, quizá cortándole un poco los tentáculos, aunque de eso no estoy seguro, porque no parecían aferrar las cosas sino pegarse a ellas. Un instante más tarde logré mutilarla con un golpe afortunado, de modo que me solté y pude ponerme de nuevo más o menos a salvo.

Desde entonces quedamos libres de molesflas, aunque no sabíamos si acaso el silencio de los habitantes de las algas no anunciaba un renovado ataque. Así llegó por fin el alba, sin que en todo ese tiempo la luna hubiera acudido en nuestra ayuda, totalmente oculta por las nubes que ahora cubrían todo el arco del cielo, dando al amanecer un aspecto muy desolado.

Tan pronto como hubo luz suficiente, examinamos el valle, pero en ninguna parte vimos habitantes de las algas, ni siquiera alguno de sus muertos; parecían haberse llevado a todos éstos, y a los heridos, de modo que no tuvimos oportunidad de observar a los monstruos con luz diurna. Pero aunque no hallamos los cadáveres, había sangre y lodo por todo el borde de los precipicios, desde donde seguía surgiendo el espantoso hedor que caracterizaba a esas bestias. Esto nos afectó poco, ya que el viento lo llevaba lejos, llenando nuestros pulmones de aire fresco y sano.

Por fin, viendo que ya no había peligro, el contramaestre nos llamó a la hoguera central, donde aún ardían los restos del gran arco, y sólo allí descubrimos que uno de nuestros hombres había desaparecido. Al comprobarlo exploramos toda la cima, y luego el valle y la isla, pero sin encontrarlo.

14

En comunicación

De esos momentos en el valle, buscando el cuerpo de Tompkins -así se llamaba el marinero desaparecido-, tengo algunos lúgubres recuerdos. Pero primero, antes de salir del campamento, el contramaestre nos dio a todos un buen trago de ron, además de una galleta por cabeza. Después bajamos de prisa, empuñando cada uno su arma. Cuando llegamos a la playa que marcaba el fin del valle, el contramaestre nos guió siguiendo el pie de la colina, donde los precipicios concluían en la materia más blanda que cubría el valle, y allí efectuamos una minuciosa búsqueda por si nuestro compañero había caído y yacía en algún sitio muerto o herido. Pero no fue así. Después de un rato, bajamos a la boca del gran pozo, y allí descubrimos que alrededor, en una gran extensión, el barro estaba cubierto de innumerables huellas; además de éstas y del lodo, hallamos muchos rastros de sangre, pero ninguna señal de Tompkins. Después de recorrer todo el valle, llegamos a las algas esparcidas sobre la costa que daba al vasto continente vegetal, pero no descubrimos nada hasta que fuimos hacia el pie de la colina por donde caía a pico en el mar. Allí trepé a un reborde -el mismo desde donde los marineros habían pescado aquel pez- pensando que si Tompkins había caído desde arriba podía estar en el agua al pie del despeñadero, cuya profundidad era allí de unos tres a seis metros. Por un rato, sin embargo, no vi nada. Luego, de pronto, descubrí algo blanco en el mar, más lejos, a mi izquierda, y al verlo avancé más por el reborde.

Noté, entonces, que lo que había atraído mi atención era el cadáver de un habitante de las algas. Lo vela con poca claridad, lo vislumbraba a ratos, cada vez que la superficie del agua se aquietaba. Me pareció que estaba encogido, tendido sobre el costado derecho y, en prueba de que estaba muerto, le descubrí una gran herida que casi le había separado la cabeza del cuerpo. Le eché una última ojeada antes de volver y relatar lo que había visto. Entonces, ya convencidos de que Tompkins estaba en verdad muerto, dimos por terminada la búsqueda pero, antes de abandonar aquel sitio, el contramaestre subió a contemplar el monstruo muerto, y después de él los demás hombres, pues todos tenían suma curiosidad por ver cómo eran los seres que nos habían atacado por la noche. Al fin, tras haber visto a la bestia tanto como el agua permitía, volvieron todos a la playa; luego regresamos al lado opuesto de la isla y, ya que estábamos en ese lugar, fuimos hasta el bote para ver si había sufrido algún daño, pero lo encontramos intacto. No obstante, aquellos seres habían andado alrededor de él, como nos lo indicaban los rastros de légamo en la arena, así como la extraña huella que habían dejado en la blanda superficie. En ese momento un marinero gritó que algo había andado en la tumba de Job que, como se recordará, había sido hecha en la arena, a poca distancia de nuestro primer campamento. Al oírlo, todos miramos, y fue fácil notar que la tumba había sido tocada, de modo que corrimos hacia ella, sin saber bien qué temer; así comprobamos que estaba vacía. los monstruos habían excavado hasta hallar el cadáver del pobre muchacho, del cual no encontramos rastro alguno. Esto nos causó más horror hacia los habitantes de las algas que ninguna otra cosa, pues ahora sabíamos que eran monstruos repugnantes, incapaces siquiera de dejar que un muerto descansara en la tumba.

Después de esto, el contramaestre nos llevó de vuelta a la cima, donde nos examinó las heridas, pues en la refriega nocturna un hombre había perdido dos dedos, a otro le habían mordido salvajemente el brazo izquierdo, mientras que un tercero tenía toda la piel de la cara levantada en ronchas donde una de aquellas bestias le había fijado los tentáculos. Todos ellos habían recibido muy poca atención debido a la tensión del combate y, más tarde, a la noticia de que faltaba Tompkins. Ahora, en cambio, el contramaestre se dedicó a ellos; los lavó y los vendó usando parte de la estopa que teníamos, a la que sujetó con tiras arrancadas del rollo de dril traído del armario del bote.

Por mi parte, aproveché esta oportunidad para examinarme un poco el dedo lastimado, que ya me estaba obligando a cojear. Así comprobé que había sufrido menos daño del que creía, pues el hueso estaba intacto, pese a haber quedado al aire. Una vez limpio, sin embargo, no me dolió demasiado, aunque no podía tolerar la bota, por lo cual me envolví el pie con un poco de lona hasta que curara.

Más tarde, atendidas ya las heridas -una larga tarea, pues ninguno de nosotros estaba del todo indemne-, el contramaestre indicó al hombre de la mano mutilada que se acostara en la carpa, y ordenó lo mismo al que había recibido la mordedura en el brazo. A los demás nos dio instrucciones para que bajáramos con él en busca de combustible, porque la noche le había hecho ver cuánto dependían nuestras vidas del hecho de tenerlo en cantidad suficiente; así pasamos toda la mañana sin descansar, llevando cargas a la cima, tanto de algas como de juncos. Al mediodía el contramaestre nos sirvió otro trago de ron, y encargó a un marinero que preparara el almuerzo. Luego preguntó a Jessop, el hombre que había propuesto remontar una cometa sobre el barco de las algas, si tenía alguna experiencia en hacerlas. Jessop, riendo, le contestó que le haría una cometa muy fuerte y firme que ni siquiera necesitaría cola. El contramaestre le ordenó entonces que pusiera manos a la obra sin demora, pues nos convenía liberar a la gente del barco y después abandonar la isla a toda prisa, ya que no era más que un nido de monstruos.

Al oir a ese hombre decir que su cometa volaría sin cola, sentí suma curiosidad, pues nunca había visto nada parecido, ni oído que fuera posible. Sin embargo, no prometía más de lo que podía cumplir: tomó dos juncos y los cortó de unos dos metros de largo; después los unió atándolos en el medio en forma de cruz de San Andrés; luego hizo otras dos cruces como esa y, al terminarlas, tomó cuatro juncos de unos cuatro metros de largo y nos pidió que los sostuviéramos verticales formando un cuadrado, de modo que hubiera cuatro esquinas. Hecho esto, tomó una de las cruces y la acomodó en el cuadrado para que las cuatro puntas tocaran los cuatro juncos verticales, y en esa posición la ató a los juncos. Después tomó la segunda cruz y la ató en el medio entre ambas puntas verticales, y luego ató la tercera arriba, de manera tal que las tres obraran como extensores para mantener los cuatro juncos más largos en sus sitios como los montantes de una torrecita cuadrada. Terminaba de hacer esto cuando el contramaestre nos llamó para almorzar; concluido el almuerzo, tuvimos un rato para fumar, y mientras descansábamos de tal manera, salió el sol, que no había asomado en todo el día. Esto nos alegró mucho, porque hasta entonces el día había sido muy triste y nublado, y la desaparición de Tompkins, junto con nuestros propios temores y heridas, nos había puesto sumamente lúgubres; pero entonces, como dije, nos alegramos mucho, y fuimos muy entusiasmados a terminar la cometa.

En ese momento el contramaestre, recordando súbitamente que no nos habíamos aprovisionado de cordel para remontar la cometa, preguntó a Jessop qué resistencia requeriría. Cuando éste le contestó que tal vez bastara con trenza de diez hilos, el contramaestre nos llevó a diez de nosotros hasta los restos del mástil, en la playa más distante. Allí retiramos cuanto quedaba de los obenques y lo llevamos a la cima de la colina, donde nos pusimos a preparar la trenza utilizando diez hilos, aunque tomándolos de a dos para avanzar más rápido.

Mientras trabajábamos, yo miraba de vez en cuando hacia Jessop, y vi que cosía una tira de dril a cada lado del armazón -fajas que, según calculé, medirían cerca de un metro veinte de ancho-, dejando así un espacio abierto en el medio; aquello se parecía ahora un poco a un pequeño teatro de títeres, aunque la abertura no estaba donde debía estar y era demasiado grande. Luego ató a dos de las verticales un frenillo que hizo con un pedazo de buena soga de cáñamo que halló en la carpa, y le anunció al contramaestre que la cometa estaba lista. Cuando el contramaestre fue a examinarla, todos lo imitamos, ya que ninguno de nosotros había visto jamás nada parecido y, si no me equivoco, pocos teníamos mucha confianza en que volara, de tan grande y pesada como parecía. Creo que Jessop se dio cuenta de lo que pensábamos, pues le pidió a uno de nosotros que sostuviera la cometa para que no volara, fue a la carpa y trajo el resto de la

cuerda de cáñamo, la misma de donde había cortado el frenillo. Se la ató y, entregándonos la punta, nos indicó que retrocediéramos con ella hasta que quedara tensa, mientras él sostenía la cometa. Cuando terminamos de hacer eso nos gritó que la sujetáramos de un modo muy especial, luego se agacho, tomó la cometa por debajo y la arrojó al aire; entonces vimos, asombrados, que después de abatirse un poco a un costado, se enderezaba y ascendía hacia el cielo como un verdadero pájaro.

Esto nos dejó atónitos, pues nos parecía un milagro ver que algo tan pesado volara con tanta soltura y equilibrio; además, nos sorprendía mucho la fuerza con que tironeaba de la soga, al punto de que la habríamos perdido en ese asombro inicial si Jessop no nos hubiera prevenido.

Una vez comprobada la eficacia de la cometa, el contramaes tre nos ordenó que la recogiéramos, cosa que hicimos con dificultad, debido a su tamaño y a la fuerza del viento. Y cuando la tuvimos de nuevo en la cima, Jessop la amarró bien a una piedra grande, tras lo cual, habiendo recibido nuestra aprobación, se puso a preparar la trenza junto con nosotros.

Más tarde, ya cerca del anochecer, el contramaestre nos encomendó encender hogueras en la cima. Cumplido esto, y después de hacer señas a los moradores del barco para darles las buenas noches, cenamos y nos tendimos a fumar, para luego dedicarnos de nuevo a preparar la trenza, que tanto deseábamos terminar. Más tarde, cuando ya había oscurecido, el contramaestre nos pidió que, con tizones sacados de la hoguera central, encendiéramos los montones de algas que habíamos preparado en los bordes de la colina, de modo que en pocos minutos toda la cima quedó muy iluminada y alegre. Puso entonces a dos hombres para que montaran guardia y vigilaran las hogueras, y a los demás nos envió a preparar trenza, en lo que nos tuvo ocupados hasta eso de las diez, hora en que dispuso que dos hombres por turno montaran guardia toda la noche e indicó a los restantes que nos acostáramos una vez que nos hubiéramos ocupado de nuestras diversas tareas.

Cuando llegó mi turno de guardia, descubrí que había sido elegido para acompañar al marinero alto, cosa que no me desagradó nada, ya que era una persona excelente y, además, fuerte, a quien convenía tener cerca si ocurría algo imprevisto. Pero tuvimos suerte, ya que la noche transcurrió sin ningún tipo de problemas y así, por fin, llegó la mañana.

En cuanto desayunamos, el contramaestre nos llevó a todos abajo a transportar combustible, pues veía bien claro que de una buena provisión de éste dependía nuestra inmunidad frente a un ataque. Y así pasamos media mañana juntando algas y juncos para las hogueras. Luego, cuando tuvimos bastante para la noche siguiente, nos puso a todos de nuevo a preparar trenza, hasta el almuerzo, después del cual nos dedicamos una vez más a trenzar. Pero como era evidente que tardaríamos varios días en tener cuerda suficiente para nuestro propósito, el contramaestre procuró idear algún modo de acelerar la producción. Por fin, después de pensar un rato, sacó de la carpa el largo trozo de soga de cáñamo con el que habíamos amarrado el bote al ancla, y se puso a destrenzarlo hasta tener separadas las tres hebras. Después las unió logrando así una cuerda muy tosca, de unas ciento ochenta brazas de largo; sin embargo, pese a ser tan imperfecta, la consideró lo bastante fuerte, y de ese modo debimos hacer menos trenza.

Poco después almorzamos, y luego seguimos trenzando sin cesar todo el resto del día. Con lo hecho el día anterior. teníamos completadas casi doscientas brazas cuando el contramaestre nos gritó que dejáramos de trabajar y fuéramos a comer. Como se verá, contando todo, incluso el trozo de soga de cáñamo con el que se había hecho el frenillo, puede decirse que ya teníamos unas cuatrocientas brazas de las quinientas que necesitábamos.

Después de cenar, y una vez encendidas todas las hogueras, seguimos trabajando en el trenzado hasta que el contramaestre distribuyó las guardias, tras lo cual nos dispusimos a pasar la noche, aunque dejando antes que él examinara nuestras heridas. Esa noche, como la anterior, no tuvimos problemas, y llegado el día desayunamos

primero y luego nos dedicamos a juntar combustible. Después pasamos el resto de la jornada haciendo trenza, gracias a lo cual teníamos suficiente cuando anocheció, cosa que el contramaestre celebró con un trago de ron que nos reanimó mucho. Más tarde, después de la cena, encendimos las hogueras y pasamos una velada muy cómoda; cuando el contramaestre se hubo ocupado de nuestras heridas, como las noches anteriores, nos acomodamos a dormir. Esta vez, el contramaestre dejó al marinero que había perdido los dedos y al que había recibido un fuerte mordisco en el brazo, cumplir su primer turno de guardia desde la noche del ataque.

Cuando llegó la mañana, todos estábamos muy ansiosos por remontar la cometa, pues nos parecía posible rescatar a la gente del barco antes del anochecer. Al pensarlo experimentamos una sensación de entusiasmo muy placentera; pero el contramaestre, antes de permitimos tocar la cometa, insistió en que reuniéramos la provisión habitual de combustible, aunque sabía que aquella orden nos fastidiaría mucho debido a nuestra ansiedad por iniciar el rescate. Pero por fin esta tarea quedó cumplida y nos dispusimos a preparar la cuerda, verificando los nudos y comprobando si todo estaba listo para enviarla. Antes de remontar la cometa, sin embargo, el contramaestre nos llevó a la playa más lejana en busca del sobrejuanete que quedaba adherido al mastelero y, después de trasladarlo a la cima, puso las puntas sobre las rocas, y les amontonó encima piedras grandes, dejando la parte central despejada. Pasó la cuerda de la cometa dos o tres veces alrededor de ese eje, dando luego la punta a Jessop para que la atara al frenillo de la cometa; ahora estaba todo listo para soltarla hacia el barco náufrago.

Ya sin nada que hacer, nos reunimos para mirar, y cuando el contramaestre dio la señal, Jessop lanzó inmediatamente al aire la cometa que, impulsada por el viento, se elevó con fuerza y precisión, tanto que el contramaestre apenas conseguía soltarla con suficiente rapidez. Claro que, antes de remontar la cometa, Jessop le había atado al extremo delantero un largo trozo de cordel para que los moradores del barco pudieran asirla cuando colgara sobre ellos; y todos, ansiosos por ver si la recibían sin dificultades, corrimos al borde de la colina a mirar. Fue así que, cinco minutos después, vimos que la gente del barco nos hacía señas de que dejáramos de soltar cuerda y que, inmediatamente, la cometa bajaba con rapidez, lo cual nos indicó que ya habían atrapado el cordel. Al ver esto lanzamos una fuerte exclamación y después nos sentamos por allí a fumar, a la espera de que leyesen nuestras instrucciones, que habíamos escrito sobre la cometa.

Alrededor de media hora más tarde nos hicieron señas de que tiráramos de nuestra soga, cosa que empezamos a hacer sin demora, y fue así como, largo rato después, habíamos recogido toda la soga áspera y llegado a la punta de la de ellos, que resultó ser de un excelente cáñamo de ocho centímetros de grosor, nueva y muy buena. Sin embargo, nos parecía inconcebible que soportara la tensión necesaria para elevarse sobre las algas tanto como sería necesario si queríamos trasladar sanos y salvos a los moradores del barco, de modo que esperamos un rato. Poco después volvieron a hacernos señas de que recogiéramos cuerda y, cuando lo hicimos, comprobamos que habían atado una soga mucho más grande al trozo de cáñamo de ocho centímetros, al que sólo habían utilizado para trasladar la soga más gruesa hasta la isla. Así, con mucha fatiga, izamos a la cima la punta de esta soga, y allí descubrimos que era extraordinariamente sólida, de unos diez centímetros de diámetro, hábilmente tramada con buena hilaza redonda, muy segura y bien tejida, lo que nos daba muchos motivos para quedar satisfechos.

Además, hablan atado a la punta de la soga grande una bolsa de hule que contenía una carta, con un mensaje cálido y agradecido para nosotros, al que agregaban un breve código de señales que nos permitirían entendernos respecto de algunas cuestiones generales. Al final nos preguntaban si debían enviarnos alguna provisión a tierra, ya que, como explicaban, se tardaría un poco en tensar la soga lo necesario para nuestros fines. Cuando leímos esta carta, dijimos al contramaestre que les pidiera algo de pan blando, a lo cual él agregó un pedido de hilas, vendas y ungüento para nuestras heridas.

Me indicó que escribiera esto en una de las grandes hojas de los juncos, diciéndome que al final les preguntara si querían que les enviáramos algo de agua dulce. Escribí todo esto con una astilla de junco afilada, marcando las palabras en la superficie de la hoja. Cuando terminé de escribir, di la hoja al contramaestre, que la metió en la bolsa de hule y luego hizo señas a los del barco para que recogieran la cuerda más pequeña, cosa que cumplieron en seguida.

Pasado un rato, nos hicieron señas de que volviéramos a tirar de la soga, y una vez que recogimos gran parte de la suya, encontramos la bolsita de hule, y dentro de ella hilas, vendajes y ungüento, además de otra carta en la que informaban que estaban cociendo pan y nos enviarían un poco en cuanto saliera del horno.

Aparte los elementos para curar nuestras heridas y la carta, habían incluido un atado de hojas sueltas de papel, algunas plumas y un tintero, y al final de la misiva nos rogaban con insistencia que les enviásemos algunas noticias del mundo exterior, ya que habían pasado más de siete años aislados en aquel extraño continente de algas. Nos decían que en el barco náufrago había doce personas, tres de ellas mujeres, de las cuales una había sido la esposa del capitán. Este había muerto poco después de que la nave quedara atrapada entre las algas, junto con más de la mitad de la tripulación, al ser atacados por pulpos gigantes cuando intentaron liberar el barco. Después, los sobrevivientes habían construido aquella superestructura como protección contra los pulpos, y contra los *demonios del mar*, como los llamaban, ya que hasta que la levantaron no habían tenido seguridad en cubierta, ni de día ni de noche.

A nuestra pregunta de si les hacía falta agua, la gente del barco respondía que tenían suficiente y, además, que estaban bien aprovisionados en general, ya que la nave había partido de Londres con un cargamento variado que incluía gran cantidad de alimentos en diversas formas. Enterarnos de esto nos complació mucho; ya no debíamos temer la falta de vituallas, y por eso, cuando fui a la carpa a escribir una carta, puse que no nos sobraban las provisiones, indirecta ante la cual supuse que agregarían algo al pan cuando estuviera listo. Después anoté los principales acontecimientos que, según recordaba, habían tenido lugar en los últimos siete años, seguidos por un breve relato de nuestras propias aventuras hasta ese momento, contándoles el ataque de los habitantes de las algas y haciéndoles las preguntas que me sugerían mi curiosidad y mi extrañeza.

Mientras escribía, sentado a la entrada de la carpa, había observado de vez en cuando cómo el contramaestre y los marineros se ocupaban en pasar el extremo de la soga grande alrededor de un enorme peñasco que distaba unas diez brazas de la orilla del precipicio situado frente al barco. Al hacerlo, el contramaestre envolvía la soga con trozos de lona para protegerla donde la roca era afilada. Y cuando tuve la carta terminada, ya la soga estaba bien atada al peñasco, y además bien aislada en la parte donde tocaba la orilla del precipicio, para evitar que se desgastara.

Le llevé la carta al contramaestre pero él, antes de ponerla en la bolsa de hule, me indicó que agregara una nota al pie diciendo que la soga estaba ya sujeta, y que podían tirar de ella en cuanto quisieran. Hecho esto, despachamos la carta por medio de la soga pequeña, recogida por los del barco en cuanto vieron nuestras señales.

A esta altura, ya la tarde tocaba a su fin, y el contramaestre nos llamó para que comiéramos algo, dejando a un hombre para que vigilara el barco por si nos hacían señales. El caso es que, entusiasmados con la tarea del día, habíamos pasado por alto el almuerzo, y ahora sentíamos su falta. En eso estábamos cuando el vigía anunció que nos hacían señales desde el barco. Corrimos todos a ver qué deseaban y, utilizando el código que habíamos establecido con ellos, comprobamos que aguardaban a que tiráramos de la cuerda delgada. Cuando lo hicimos, no tardamos en descubrir que estábamos recogiendo por sobre las algas un bulto bastante grande, al ver el cual redoblamos nuestros esfuerzos, pues adivinábamos que era el pan prometido. En efecto, lo era, bien empaquetado en un gran trozo de encerado que envolvía los panes y la soga; las firmes ataduras, en las puntas, le daban una forma ahusada conveniente para pasar sobre las algas sin enredarse. Cuando por fin abrimos ese paquete, descubrimos que mi indirecta

había surtido un efecto sorprendente, pues el paquete contenía, además de los panes, un jamón cocido, un queso holandés, dos botellas de oporto bien protegidas para que no se rompieran y cuatro libras de tabaco comprimido. Ante tantas cosas buenas, todos fuimos al borde de la colina para agradecer con ademanes a los moradores del barco, que respondieron a nuestras señas con toda buena voluntad, y después volvimos a nuestra merienda, durante la cual probamos las nuevas vituallas con saludable apetito.

El paquete contenía una cosa más: una carta, redactada con sumo esmero, como las anteriores, con letra femenina, por lo cual supuse que era una de las mujeres quien las escribía. Esta misiva contestaba algunas de mis preguntas; recuerdo en especial que me informaba sobre la causa probable del extraño llanto que precedió al ataque de los habitantes de las algas: cada vez que los del barco habían sido atacados por ellos, habían oído siempre este mismo llanto, que era sin duda una llamada o señal para atacar, aunque quien escribía no había descubierto cómo ocurría eso, ya que los *demonios* de las algas -así los llamaban siempre en el barco- nunca emitían ningún sonido cuando atacaban, ni siquiera cuando se los hería de muerte. Puedo decir aquí, por cierto, que nunca llegamos a averiguar cómo nacía aquel desolado sollozo, como tampoco ellos, ni nosotros, descubrimos más que una ínfima parte de los misterios que ese gran continente de algas encierra en su silencio.

También me había referido al persistente soplar del viento desde una sola dirección, y sobre esto me decía la autora de la carta que sucedía hasta seis meses por año, manteniendo una fuerza muy constante. Otra cosa que me interesó mucho fue que la nave no había estado siempre donde la descubrimos, ya que antes se hallaban tan lejos entre las algas que apenas alcanzaban a distinguir el mar en el horizonte; pero que a veces las algas se abrían creando grandes golfos que se adentraban en el continente por espacio de muchos kilómetros, y de este modo se modificaban constantemente el contorno y las costas de las algas. Esto sucedía en general cuando cambiaba el viento.

Mucho más nos contaron entonces y después: cómo habían secado algas para fabricar combustible, y cómo las lluvias, muy copiosas en determinados períodos, les proporcionaban agua dulce, aunque, a veces, cuando ésta escaseaba, habían aprendido a destilar lo suficiente para colmar sus necesidades hasta las lluvias siguientes.

Casi al final de la carta, agregaban algunas noticias sobre sus actividades del momento; así nos enteramos de que los del barco estaban reforzando el palo de mesana, al cual se proponían asegurar la soga grande pasándola por una polea sujeta a la punta del tocón, y de allí al cabrestante de mesana, lo cual, junto con una polea fuerte, les permitiría estirar la soga todo lo necesario.

Concluida la merienda, el contramaestre sacó las hilas, vendas y ungüento que nos habían enviado desde el barco y se dedicó a vendarnos las heridas, empezando por el que había perdido los dedos, cuya mano, felizmente, estaba cicatrizando bien. Más tarde fuimos todos al borde del precipicio, y enviamos al vigía a que llenara los huecos del estómago que aún le quedaban vacíos, pues ya le habíamos pasado grandes trozos de pan, jamón y queso para que comiera mientras montaba guardia, de modo que no se habla visto muy perjudicado.

Alrededor de una hora después de esto, el contramaestre me hizo notar que los del barco habían empezado a tirar de la soga grande. Al comprobar que así era, me quedé observando, pues sabía que el contramaestre tenía algunos temores en cuanto a si se elevaría lo suficiente sobre las algas como para transportar a los del barco sin que los atacaran los enormes pulpos.

Luego, cuando ya anochecía, el contramaestre nos ordenó que encendiéramos las hogueras de la cima. Cumplida la orden, volvimos para ver la soga, y al notar que se había levantado sobre las algas, nos alegramos mucho e hicimos señas de aliento por si alguien miraba desde el barco. Pero aunque la soga había dejado de tocar las algas, tenía que elevarse mucho más o no serviría para lo que nos proponíamos hacer, a pesar de que sufría ya una gran tensión, como comprobé poniéndole la mano encima, pues estirar una soga tan larga significaba varias toneladas de tensión. Más tarde vi que el

contramaestre se empezaba a poner ansioso, ya que se dirigió al peñasco donde había sujetado la soga y examinó los nudos y los puntos donde la había envuelto, tras lo cual fue hasta el tramo que pasaba por el borde del precipicio, donde hizo un nuevo examen. Al rato regresó junto a nosotros, satisfecho al parecer.

Poco después oscureció; entonces encendimos las hogueras y nos preparamos para la noche, distribuidas las guardias como en las jornadas anteriores.

15

A bordo del barco náufrago

Cuando me llegó el turno de guardia, que ocupé en compañía del marinero alto, la luna no había salido todavía, y toda la isla estaba muy oscura, salvo la cima, donde ardían unas veinte hogueras que nos mantenían muy ocupados echándoles combustible. Al promediar nuestra guardia, el marinero alto, que había ido a alimentar las hogueras frente a las algas, se acercó a pedirme que fuera a poner la mano sobre la soga más pequeña, pues le parecía que los del barco querían recogerla para enviarnos algún mensaje. Después de oírlo le pregunté muy ansioso si los había visto agitar alguna luz, que era lo establecido como método para hacernos señas de noche en caso de necesidad, pero me contestó que no había visto nada. Como ya estábamos cerca del borde del precipicio, yo mismo pude ver que nadie nos enviaba señales desde el barco. Sin embargo, para complacer a mi compañero, puse la mano sobre la cuerda que al anochecer habíamos atado a un gran peñasco, y así comprobé de inmediato que algo tiraba de ella, rítmicamente. Pensando que acaso la gente del barco quisiera, en efecto, enviarnos algún mensaje, y para asegurarme, corrí al fuego más cercano, encendí un manojo de algas y lo agité tres veces, pero del barco no salió ninguna señal en respuesta. Volví entonces a tantear la soga para comprobar si no la había movido el viento, pero descubrí que era algo muy distinto, algo que la sacudía con tanta fuerza como un pez en el anzuelo, aunque tendría que ser un pez muy grande para dar esos tirones. Comprendí entonces que, en las tinieblas de las algas, alguna cosa vil sujetaba la soga, y esto me hizo temer que lograra cortarla. Después, pensando que algo podía estar trepando hacia nosotros por la soga, pedí al marinero alto que estuviera atento con el gran alfanje mientras yo iba a despertar al contramaestre. Este, al oír que algo andaba en la soga pequeña, salió inmediatamente a ver con sus propios ojos qué podía ser y, después de tocarla, me pidió que llamara a los demás y los hiciera reunirse alrededor de las hogueras, por si algo andaba allí, en la noche, y podíamos estar en peligro de ser atacados. Entre tanto, él y el marinero alto se quedaron junto al extremo de la soga, vigilando hasta donde la oscuridad lo permitía y comprobando en ella, de vez en cuando, el grado de tensión.

Entonces al contramaestre se le ocurrió mirar la otra soga, y echó a correr maldiciéndose por ese descuido. Pero el mayor peso y tensión le impidieron descubrir con seguridad si la movían o no; sin embargo, se quedó junto a ella aduciendo que si algo tocaba la soga más pequeña, lo mismo podía ocurrir con la más grande, aunque la primera se apoyara en las algas mientras que la segunda habla estado unos metros por encima de ellas al oscurecer, de modo que quizá llegaba a salvarse de los monstruos merodeadores.

Así transcurrió tal vez una hora, mientras vigilábamos y cuidábamos las hogueras yendo de una a la otra. Cuando llegué a la más próxima al contramaestre, fui hacia él pensando en conversar unos minutos, pero al acercarme apoyé sin querer la mano en la soga grande, y entonces lancé un grito de sorpresa, porque estaba mucho más floja que cuando la había tocado al anochecer. Pregunté al contramaestre si lo había notado, y éste, al tantearla, quedó casi más asombrado que yo, pues la última vez que la había tocado la había sentido tensa y vibrando en el viento. Al descubrir esto, temiendo que algo la hubiera roto, llamó a todos los marineros para que tiraran de ella con el objeto de comprobar si en efecto estaba dañada, pero no la pudieron recoger. Esto nos tranquilizó mucho, aunque seguíamos sin saber por qué se había aflojado de modo tan repentino.

Un poco más tarde salió la luna, y pudimos observar la isla y las aguas que la separaban del continente de algas. Pero ni en el valle ni en las caras de los precipicios ni en las aguas abiertas vimos ningún ser viviente; y entre la hirsuta oscuridad de las algas era inútil empeñarse en descubrir algo. Seguros ya de que nada nos amenazaba, y de que hasta donde podían percibir nuestros ojos nada trepaba por las sogas, el contramaestre

nos ordenó a todos acostarnos, salvo aquellos a quienes les tocaba guardia. Antes de entrar en la carpa, sin embargo, yo examiné con cuidado la soga grande, y lo mismo hizo el contramaestre, pero no logramos descubrir por qué había bajado tanto. Lo único que se nos ocurrió fue que los del barco la habían aflojado por algún motivo; después entramos en la carpa a dormir un rato más.

A la mañana siguiente, temprano, nos despertó uno de los vigías, que entró en la carpa a llamar al contramaestre porque el barco parecía haberse movido de noche, de modo que su popa apuntaba ahora un poco hacia nosotros. Al enterarnos, todos corrimos desde la carpa hasta el borde de la colina, donde comprobamos que, en efecto, era como decía ese hombre. Entonces entendí por qué se había aflojado de pronto la soga: porque después de resistir la tensión durante algunas horas, la nave había cedido por fin, volviendo la popa hacia nosotros y, en cierta medida, moviéndose también toda entera en nuestra dirección.

En ese momento descubrimos que desde la atalaya situada en lo alto de la estructura, un hombre nos saludaba con ademanes. Le respondimos, y después el contramaestre me pidió que me apresurara a escribir un mensaje preguntándoles si creían probable poder sacar el barco de entre las algas. Así lo hice, muy entusiasmado con esta nueva idea, como en verdad lo estaba el contramaestre y los demás marineros. Y es que, si podían hacerlo, quedaban fácilmente resueltos todos los problemas de la vuelta a nuestro país. Eso parecía demasiado bueno para que se realizara y, sin embargo, yo no podía dejar de alimentar esperanzas. Una vez concluida mi carta, la pusimos en la bolsa de hule e hicimos señales a los del barco para que tiraran de la cuerda. Pero cuando empezaron a tirar hubo entre las algas un gran chapuzón, y pareció que no podían recogerla. Al cabo de una pausa, vi que el vigía de la atalaya señalaba algo; inmediatamente se alzó ante él una humareda y oí el estampido de un mosquete, lo que me indicó que estaba disparando contra algo que se hallaba entre las algas. Hizo fuego de nuevo, y otra vez más, después de lo cual pudieron tirar de la soga; esto quería decir que sus disparos habían sido eficaces, aunque ignorábamos contra qué los había hecho.

En seguida nos hicieron señas de que volviéramos a recoger la cuerda, cosa que sólo pudimos hacer con gran dificultad; luego, el hombre apostado en lo alto de la superestructura nos hizo señas de que no tiráramos de la soga. Al obedecer nosotros esa orden, comenzó a disparar de nuevo hacia las algas, aunque no logramos distinguir con qué efecto. Instantes más tarde nos pidió por señas que tiráramos de nuevo, y entonces la soga corrió un poco mejor, aunque moverla nos costaba todavía bastante trabajo, y se notaba una cierta conmoción en el agua. Por fin, cuando salió de las algas, a causa de nuestro esfuerzo, vimos que un cangrejo grande la sujetaba; un cangrejo que traíamos hacia nosotros, porque no se soltaba, obstinado.

Al advertirlo, temeroso de que las grandes pinzas cortaran la soga, el contramaestre tomó la lanza de uno de los marineros y corrió al borde del precipicio; nos gritó que tiráramos despacio y sin estirar la cuerda más de lo necesario. Entonces, con mucha firmeza, trajimos al monstruo cerca del borde de la colina donde, a una seña del contramaestre, dejamos de tirar. Entonces él levantó la lanza y, como en una ocasión anterior, hirió en los ojos al animal, que inmediatamente se soltó y cayó con un potente chapuzón en el agua, al pie del despeñadero. El contramaestre nos ordenó entonces que recogiéramos el resto de la soga hasta llegar al envoltorio. Mientras tanto, él examinó la soga para comprobar si la habían dañado las mandíbulas del cangrejo, pero fuera de un leve desgaste seguía estando sana.

Así llegamos a la carta; al abrirla encontré que estaba escrita por la misma mano femenina que había redactado las demás. Por ella nos enteramos de que el barco había atravesado una masa muy densa de algas acumulada a su alrededor, y que el segundo oficial (el único oficial que quedaba con vida) creía posible sacar de allí al barco, aunque habría que hacerlo con suma lentitud para permitir que las algas se abrieran gradualmente; si no, la nave, como un enorme rastrillo, juntaría algas por delante, formando así su propia barrera que le impediría llegar a aguas despejadas. A esto se

agregaban amables augurios y deseos de que hubiéramos pasado bien la noche, que supuse inspirados por el corazón femenino de quien escribía. Cuando empezaba a preguntarme si ésta sería la esposa del capitán, me arrancó de mis meditaciones un marinero al gritar que en el barco habían empezado a tirar otra vez de la soga grande. Pasé un momento mirando cómo se elevaba lentamente y se ponía tensa.

Hacía un rato que estaba allí contemplando la soga cuando, de pronto, hubo un temblor entre las algas, a unos dos tercios del trayecto hasta el barco, y entonces descubrí que la soga se había librado de las algas y que una veintena de enormes cangrejos se aferraban a ella. Al ver esto, algunos lanzaron exclamaciones de asombro. Después notamos que varios hombres habían subido a la atalaya, en lo alto de la superestructura, y que inmediatamente abrían un fuego muy nutrido contra esos animales, que de a uno o de a dos empezaron a caer sobre las algas. Luego los del barco siguieron recogiendo la soga, que en poco tiempo lograron levantar algunos metros sobre la superficie.

Tensada la soga hasta el punto que creyeron adecuado, dejaron que ejerciera el efecto previsto sobre el barco, y le conectaron entonces una polea grande; después nos indicaron por señas que aflojáramos la soga pequeña; cuando tuvieron la parte central, la pasaron alrededor de la polea, y le sujetaron un asiento colgante que serviría de transportador. Esto nos permitiría trasladar cosas al barco y traerlas desde él sin tener que arrastrarlas por encima de las algas; así era, en verdad, como nos habíamos propuesto traer a tierra a los moradores de la nave. Por ahora teníamos el proyecto, más ambicioso, de rescatar la nave misma. Además, la soga grande, que sostenía al transportador, no estaba todavía lo bastante por encima del continente de algas como para intentar el traslado de alguien a la costa por ese medio, y ahora que teníamos esperanzas de salvar al barco no pensábamos poner en peligro la soga grande llevándola a la tensión necesaria para elevarla a la altura deseada.

Al poco rato, el contramaestre ordenó a un marinero que preparara el desayuno, y cuando estuvo listo fuimos a consumirlo, dejando de guardia al hombre del brazo herido. Cuando terminamos envió al que había perdido varios dedos a que montara guardia mientras el otro se acercaba al fuego y comía su desayuno. Entre tanto, el contramaestre nos hizo bajar en busca de algas y juncos para la noche. En eso pasamos la mayor parte de la mañana, y al terminar regresamos a lo alto de la colina para ver cómo andaban las cosas. El vigía nos informó entonces que los del barco habían tenido que tirar dos veces de la soga para evitar que se enredara en las algas, lo cual nos indicó que la nave, en efecto, avanzaba hacia la isla con lentitud, deslizándose sin cesar por entre las algas, y al mirarla casi nos pareció que estaba más cerca, pero esto era pura imaginación ya que, en el mejor de los casos, no podía haber avanzado más que unas cuantas brazas. Con todo, esto nos alegró muchísimo, de modo que felicitamos con ademanes al hombre de guardia en la atalaya, que nos contestó de igual manera.

Más tarde almorzamos; después fumamos muy cómodos, y el contramaestre nos atendió las diversas heridas. Así pasamos la tarde sentados en la cresta de la colina situada frente al barco. Tres veces tuvieron que tirar de la soga sus moradores, y al anochecer habían avanzado cerca de treinta brazas hacia la isla, como nos dijeron respondiendo a una pregunta que el contramaestre me pidió que les enviara pues, como habíamos cambiado varios mensajes durante la tarde, el transportador se encontraba a nuestro lado. Explicaron además que ellos vigilarían las sogas por la noche para que se mantuvieran tensas, impidiendo también que tocaran las algas.

Cuando llegó la noche, el contramaestre nos ordenó encender en lo alto de la colina las hogueras preparadas durante el día, y después de despachar la cena nos dispusimos a dormir. Toda la noche brillaron en el barco luces que nos resultaron una verdadera compañía en los turnos de guardia, hasta que por fin llegó la mañana sin novedades. Entonces, con enorme placer, descubrimos que, durante la noche, el barco había avanzado mucho, y que se hallaba ahora mucho más cerca de lo esperado; debía de haberse acercado casi sesenta brazas a la isla, al punto de que ya creíamos distinguir la

cara del vigía en la atalaya, y veíamos con más claridad muchos detalles del barco, de modo que lo examinamos con renovado interés. En ese momento el vigía nos saludó con ademanes a los que respondimos con entusiasmo y, mientras lo hacíamos, apareció junto a él otra figura que ondeó algo blanco -acaso un pañuelo, cosa bastante probable, pues era una mujer-, viendo lo cual todos nos quitamos las gorras y las agitamos hacia ella. Luego nos desayunamos, el contramaestre nos vendó las heridas y, dejando de guardia al que había perdido varios dedos, nos llevó a los demás, salvo al del brazo herido, a juntar combustible, en lo que empleamos el tiempo casi hasta el almuerzo.

Cuando volvimos a la cima de la colina, el vigía nos dijo que los del barco habían tirado de la soga grande no menos de cuatro veces, como lo estaban haciendo, por cierto, en ese preciso momento, y era evidente que la nave se había acercado aún más en el breve lapso de la mañana. Ahora que habían terminado de tensar la soga, noté que por fin se hallaba bien lejos de las algas: la parte más baja colgaba a casi seis metros de la superficie. Al ver esto, se me ocurrió de pronto una idea que me hizo ir de prisa en busca del contramaestre, pues acababa de comprender que no había motivos para que no visitáramos a los moradores del barco. Cuando se lo propuse, el contramaestre meneó la cabeza y se opuso por un rato a mis deseos pero, al fin, tras examinar la soga, y teniendo en cuenta que yo era el más liviano de todos en la isla, accedió. Entonces corrí al transportador -que en ese momento estaba de nuestro lado- y subí al asiento. En cuanto advirtieron mis intenciones, los demás marineros me aplaudieron con gran entusiasmo, deseosos de imitarme, pero el contramaestre les ordenó silencio; luego me ató con sus propias manos al asiento e hizo señales a los del barco para que tiraran de la soga pequeña. Mientras tanto, él, utilizando nuestra punta de la cuerda corrediza, impedía que yo cayera en las algas.

No tardé en llegar a la parte más baja del arco que describía la soga antes de concluir en el palo de mesana del barco. Allí miré hacia abajo con cierto temor, porque mi peso hacía que la cuerda se combara un poco más de lo que parecía seguro, y yo recordaba con suma claridad algunos de los horrores que aquella tranquila superficie ocultaba. Pero no estuve allí mucho tiempo, ya que los del barco, al advertir que la cuerda me acercaba demasiado a las algas, tiraron con fuerza de la soga corrediza, y así llegué pronto al casco.

Cuando me acercaba al barco, los hombres se apiñaron sobre una pequeña plataforma que habían construido en la superestructura, un poco por debajo de la punta rota del palo de mesana, y desde allí me recibieron con sonoras aclamaciones y brazos muy abiertos, tan apurados por sacarme del asiento colgante que cortaron las ligaduras, demasiado impacientes para ponerse a desatarlas. Después me llevaron a cubierta, donde, antes de que pudiera darme cuenta de nada, una mujer muy rolliza me tomó en brazos, besándome con gran entusiasmo, lo cual me desconcertó muchísimo, pero los hombres que me rodeaban no hicieron más que reírse y cuando un minuto más tarde ella me soltó, me quedé allí sin saber cómo sentirme: si como un tonto o como un héroe, aunque más inclinado a lo último. En ese instante apareció otra mujer, que me hizo una reverencia muy formal, como si nos hubiéramos encontrado en alguna reunión social y no en un barco náufrago entre la desolación y el terror de un mar cubierto de algas. Cuando vino ella, todo júbilo cesó en los hombres, que se pusieron muy serios, mientras que la mujer rolliza se apartaba un poco y parecía un tanto azorada. Muy perplejo ante todo esto, los miré como preguntándoles qué pasaba, pero en ese momento la mujer volvió a inclinarse, diciendo en voz baja algo respecto del tiempo. Después levantó la mirada hacia mi rostro, de modo que le vi los ojos, tan extraños y llenos de melancolía que en seguida comprendí por qué hablaba y actuaba de modo tan ilógico: la pobre no estaba en sus cabales, y cuando más tarde me enteré de que era la esposa del capitán, a quien había visto morir entre los tentáculos de un enorme pulpo, entendí cómo había llegado a esa situación.

Al darme cuenta de que la mujer era demente, quedé por un momento tan consternado que no pude contestarle, pero esto resultó innecesario, ya que se volvió

hacia popa, rumbo a la escalera del salón, que estaba abierto, donde le salió al encuentro una joven muy bella y lozana, quien se la llevó tiernamente lejos de mi vista. Pero en un minuto apareció esa misma joven, corriendo hacia mí por la cubierta; me tomó las dos manos y las estrechó y me miró con ojos tan pícaros y juguetones que me entibió el corazón, tan extrañamente frío a causa del saludo de la pobre loca. Y dijo muchas cosas gratas acerca de mi valor, cosas que -lo sabía en mi fuero interno- yo no merecía, pero la dejé seguir hasta que, dominándose mejor, descubrió que aún me sujetaba las manos. Yo notaba eso desde el principio, y con grandisimo placer, pero ella, al darse cuenta, me las soltó con rapidez, se apartó un poco y empezó a hablarme con cierta frialdad. Esto, sin embargo, duró poco, porque ambos éramos jóvenes y creo que ya entonces nos atraíamos mutuamente; pero los dos queríamos enteramos de tantas cosas que no podíamos sino hablar con libertad, cambiando pregunta por pregunta y respuesta por respuesta. Así transcurrió un tiempo, durante el cual los demás nos dejaron solos, y luego fueron al cabrestante, a cuyo alrededor habían pasado la soga grande. Allí trabajaron un rato, pues el barco ya se había movido lo suficiente como para que la cuerda se aflojara.

Después la joven -quien ya me había dicho que era sobrina de la esposa del capitán y se llamaba Mary Madison- me propuso guiarme por la nave, cosa que acepté sin vacilar, pero antes me detuve a examinar el palo de mesana roto y el ingenio con que la gente del barco lo había asegurado. Noté que habían retirado parte de la superestructura que rodeaba la punta del mástil para que pudiera pasar la soga sin ocasionar ningún daño. Cuando dejé de mirar la toldilla, la joven me condujo a la cubierta principal, donde me impresionó mucho el prodigioso tamaño de la estructura que habían erigido alrededor del casco y la habilidad con que había sido armada, con los soportes cruzados de un lado a otro y hasta las cubiertas de un modo calculado para dar gran solidez al conjunto. Sin embargo, me quedé perplejo pensando dónde habrían conseguido madera suficiente para algo tan grande, pero ella satisfizo mi curiosidad explicando que habían levantado las cubiertas intermedias y usado todos los mamparos de los que podían prescindir.

Así llegamos por fin a la cocina, donde descubrí a la mujer robusta instalada como cocinera, acompañada por dos hermosos niños, uno varón, al que le calculé unos cinco años y una niña que apenas podía hacer algo más que gatear. Al verlos me volví a preguntar a la señorita Madison si eran sus sobrinos, pero en seguida recordé que no podían serlo ya que, como sabía, hacía unos siete años que el capitán había muerto. Pero fue la cocinera quien contestó a mi pregunta: volviéndose un tanto sonrojada, me informó que eran suyos. Esto me sorprendió un poco, aunque supuse que viajaría en la nave con su marido; pero me equivocaba. Según explicó ella, todos se creyeron aislados del mundo para el resto de sus vidas; y como se encariñó mucho con el carpintero, acordaron efectuar una especie de casamiento, haciendo que el segundo oficial presidiera la ceremonia. Después me contó que se había embarcado junto con su ama, la esposa del capitán, para ayudarla a cuidar a su sobrina, que era apenas una niña al zarpar la nave, porque les tenía mucho afecto, lo mismo que ellos a ella. Y así concluyó su relato, expresando la esperanza de no haber hecho nada malo al casarse, ya que no había sido ese su propósito. A esto contesté que ningún hombre decente pensaría mal de ella, y que yo, por mi parte, la apreciaba más aún, ya que me gustaba el ánimo que había demostrado. Al oírme, la mujer dejó el cucharón sopero que empuñaba y fue a mi encuentro secándose las manos, pero yo retrocedí, pues tenía vergüenza de ser abrazado de nuevo, y en presencia de la señorita Madison. Entonces ella se detuvo riendo de muy buena gana, pero igual me bendijo con mucho afecto, cosa que me hizo sentirme bien.

Por fin, recorrido ya el barco, llegué con la sobrina del capitán de vuelta a la toldilla, en la popa, donde comprobé que estaban recogiendo de nuevo la soga grande, lo cual era muy alentador, pues demostraba que la nave seguía moviéndose. Un poco más tarde la muchacha se despidió de mí, porque debía atender a su tía. Durante su ausencia, todos los marineros me rodearon, deseosos de tener noticias del mundo más allá del

continente de algas, de modo que pasé la hora siguiente muy ocupado contestando a sus preguntas. Después, llamados por el segundo oficial, regresaron al cabrestante para volver a tirar de la cuerda, y yo los acompañé; al terminar de tensaría me rodearon otra vez, haciéndome preguntas, pues era mucho lo que parecía haber ocurrido en esos siete años de aislamiento. Luego, al cabo de un rato, yo los interrogué a mi vez sobre las cuestiones que no había tratado con la señorita Madison, y ellos me revelaron el terror y la repugnancia que sentían hacia el continente de algas, la desolación, el horror y el espanto que los había dominado al pensar que todos morirían sin ver sus hogares ni a sus compatriotas.

En ese momento me di cuenta del hambre que tenía, pues había partido hacia el barco antes del almuerzo y desde entonces había estado tan interesado que ni siquiera había pensado en comer. No había visto a nadie comiendo en el barco, donde sin duda lo habían hecho antes de mi llegada. Pero ahora, al sentir el estómago vacío, pregunté si se podía comer algo a esa hora, y entonces uno de los marineros corrió a decirle a la cocinera que yo no había comido; ante esa noticia, ella, con mucho alboroto, se puso a prepararme una excelente comida, que llevó luego a la popa y me sirvió en el salón antes de hacerme llamar.

Cuando iba a ponerme cómodo, oí un paso leve, a mis espaldas, y al volverme descubrí que la señorita Madison me contemplaba con aire travieso y un tanto divertido. Me incorporé en seguida, pero ella me hizo sentar con un ademán, tras lo cual ocupó una silla frente a mí y se puso a bromear conmigo de un modo amablemente burlón que no me desagradó, y al que respondí lo mejor que pude. Más tarde comencé a interrogarla, y entre otras cosas descubrí que era ella quien había hecho de corresponsal para la gente del barco, a lo que le contesté que yo había hecho lo mismo para los de la isla. Así seguimos conversando hasta que recordé que debía prepararme para volver a la isla, y con esa inténción me puse de pie, aunque con la sensación de que habría estado más contento quedándome. Por un momento pensé que esto no le habría desagradado a ella, cosa que imaginé al notarle algo en los ojos cuando mencioné que debía irme, pero es posible que me engañara.

En cubierta vi que de nuevo estaban ocupados en tensar la soga y, mientras terminaban, la señorita Madison y yo ocupamos el tiempo con esa conversación que es natural entre un hombre y una mujer que se conocen desde hace poco pero que encuentran mutuamente agradable la compañía del otro. Cuando por fin la soga quedó tensa, subí al andamiaje de mesana y trepé al asiento, donde algunos marineros me ataron bien firme. Pero cuando hicieron señales para que tiraran de la soga desde la isla, no hubo respuesta por un rato, y luego signos que no entendimos, pero ningún movimiento para izarme sobre las algas. Ante esto, los del barco me desataron y me pidieron que bajara mientras ellos enviaban un mensaje preguntando qué pasaba. Así lo hicieron, y poco después llegó la respuesta: la soga grande se había deshilachado sobre el borde del precipicio, y debían aflojarla un poco en seguida, cosa que hicieron entre muchas expresiones de consternación. Así pasó alrededor de una hora, en cuyo transcurso contemplamos a los hombres que se afanaban con la soga sobre el borde del precipicio. La señorita Madison miraba con nosotros, porque era terrible pensar de pronto en el fracaso (aunque sólo fuera temporal) cuando estaban tan cerca del éxito. Pero al fin llegó desde la isla la señal de que soltáramos la cuerda corrediza para que pudieran recoger el transportador. Poco después volvieron a indicar que tiráramos; hecho esto, encontramos, en la bolsa sujeta al transportador, una carta donde el contramaestre explicaba que había reforzado la soga, renovando el material aislante con que estaba protegida, de modo que no creía que hubiera riesgo en tirar de ella como antes, pero sin tensarla tanto. Sin embargo, no permitía que yo me aventurara a cruzar por ella, diciendo que debía quedarme en el barco hasta que nos apartáramos de las algas porque, si la cuerda se había desgastado en un lugar, podía estar a punto de ceder en otros. Y este último mensaje del contramaestre nos puso a todos muy serios, ya que parecía posible que fuera, en verdad, como él sugería. Pero se tranquilizaron observando

que muy probablemente la hebra se había raspado rozando contra el borde del precipicio, de modo que se había debilitado antes de cortarse. Yo no estaba tan seguro, recordando el material aislante con que el contramaestre la había rodeado desde el primer momento, pero no quise aumentarles los temores.

Fue así que me vi obligado a pasar la noche en el barco náufrago pero, al seguir a la señorita Madison hacia el salón principal, no lo lamenté; ya casi había olvidado mis preocupaciones en cuanto a la soga.

Y en la cubierta sonaba el alegre chirrido del cabrestante.

16

Libres

Después de sentarse, la señorita Madison me invitó a hacer lo mismo. Nos pusimos entonces a conversar; primero acerca de la soga, sobre lo cual me apresuré a tranquilizarla, y más tarde acerca de otras cosas, hasta llegar, como es natural entre una mujer y un hombre, a nosotros mismos, tema en el que nos detuvimos con satisfacción.

Poco después llegó el segundo oficial con un mensaje del contramaestre, que dejó sobre la mesa para que la muchacha lo leyera. Ella me indicó que también lo hiciera, y así descubrí que era una sugerencia -toscamente escrita y con mala ortografía- de enviarnos desde la isla una cantidad de juncos, con los cuales quizá podríamos aflojar un poco las algas que rodeaban la popa del barco, ayudándolo así a avanzar. El segundo oficial pidió a la joven que escribiera una respuesta diciendo que agradeceríamos mucho los juncos y procuraríamos aprovechar la sugerencia. Cuando terminó de escribir la carta, la señorita Madison me la dio por si acaso deseaba agregar algún mensaje. Pero yo no tenía nada que decir, de modo que se la devolví agradeciéndole su buena intención, y ella la entregó en seguida al segundo oficial, que fue a enviarla sin demora.

Más tarde la robusta cocinera vino a poner la mesa, que ocupaba el centro del salón, y mientras lo hacía me pidió información sobre muchas cosas. Hablaba con mucha naturalidad y sin afectación, tratando a mi acompañante no tanto con deferencia como con cierto aire maternal, pues era muy evidente que quería a la señorita Madison, cosa que me era imposible reprocharle. Además, estaba claro para mí que la joven sentía gran afecto por su antigua nodriza, como era natural, teniendo en cuenta que ésta la había cuidado durante tantos años, además de ser para ella una amiga buena y alegre, como era de suponer.

Pasé un rato contestando las preguntas de la cocinera, y a veces una que otra interpuesta por la señorita Madison. De pronto se oyó arriba ruido de pasos, y más tarde el impacto de algo que caía sobre cubierta; así supimos que habían llegado los juncos. Al oir esto, la señorita Madison exclamó que debíamos ir a ver cómo los usaban los marineros, ya que, si servían para aflojar las algas que cerraban el paso, llegaríamos a aguas despejadas con mayor rapidez, y sin necesidad de ejercer una tensión tan grande sobre el cable como hasta entonces.

Cuando llegamos a la toldilla, encontramos a los marineros ocupados en retirar una parte de la superestructura sobre la popa, hecho lo cual tomaron algunos juncos de los más fuertes y comenzaron a empujar las algas que se extendían en línea con nuestro pasamano. Sin embargo, noté que habían previsto algún peligro, ya que junto a ellos se encontraban dos marineros y el segundo oficial, todos armados con mosquetes y vigilando las algas de modo muy estricto, ya que una larga experiencia con terrores les indicaba que en cualquier momento podían necesitar las armas. Así transcurrió un tiempo, y era evidente que los esfuerzos de los marineros estaban surtiendo efecto, porque la soga se aflojaba visiblemente, y los del cabrestante hacían todo lo que podían con la polea para mantenerla más o menos tensa. Viéndolos tan ocupados, yo corrí en su ayuda, y lo mismo hizo la señorita Madison, empujando las barras del cabrestante con mucha alegría y entusiasmo. De este modo pasó un rato, hasta que comenzó a anochecer sobre la desolación del continente de algas. Sntonces apareció la rolliza cocinera, anunciándonos que la cena estaba lista, y lo hizo como podría hacerlo una madre a sus hijos, pero cuando la señorita Madison le pidió que esperara, porque teníamos trabajo que hacer, la mujer rió y se nos acercó amenazante, como si se propusiera sacarnos de allí por la fuerza.

En ese momento hubo una súbita interrupción que contuvo nuestra alegría: en la popa resonó bruscamente un disparo de mosquete, seguido de gritos y el estampido de otras dos armas, que parecieron truenos al repercutir en la abovedada superestructura. De inmediato, los hombres que se hallaban cerca del pasamano retrocedieron, corriendo

de un lado a otro; entonces vi que por la abertura hecha en la superestructura habían penetrado grandes tentáculos, dos de los cuales exploraban ya la cubierta; pero la cocinera, después de asir a un hombre que estaba cerca de ella y sacarlo del peligro, alzó en sus gruesos brazos a la señorita Madison y corrió con ella hacia la cubierta principal, todo antes de que yo llegara a darme plena cuenta de lo que pasaba. Pero entonces advertí que me convenía alejarme más de la popa, como me apresuré a hacerlo, y cuando estuve a salvo me detuve a contemplar al enorme ser, cuyos grandes tentáculos, entrevistos en la creciente penumbra del crepúsculo, se retorcían en vana búsqueda de una víctima. Volvió en ese momento el segundo oficial, que había ido a buscar más armas, y observé entonces que armaba a todos los hombres; incluso había traído algo para mí. Todos comenzamos a disparar contra el monstruo, que se puso entonces a lanzar golpes furiosos a todos lados, hasta que, al cabo de algunos minutos, resbaló de la abertura y se deslizó entre las algas. Al ver esto, varios hombres acudieron a colocar de nuevo las partes de la superestructura que habían retirado. Yo fui con ellos pero, como bastaban para esa tarea, nada tuve que hacer. Por eso, antes de que taparan la abertura, pude asomarme hacia las algas, y así comprobé que toda la superficie entre nuestra popa y la isla se movía en vastas ondulaciones, como si unos peces enormes nadaran por debajo. En ese momento, cuando los marineros se disponían a reponer el último gran panel, vi que las algas se agitaban como si hirvieran en un enorme caldero, y luego tuve una vaga imagen de miles de monstruosos tentáculos que llenaban el aire y venían hacia el barco.

Los marineros lograron reinstalar el panel en su sitio, y se apresuraron a asegurarlo. Hecho esto, nos quedamos un rato escuchando, pero sólo se oía el quejido del viento sobre toda la extensión del continente de algas. Cuando pregunté a los demás cómo era posible que no nos llegaran ruidos de aquellos seres atacándonos, me llevaron a la atalaya, y desde allí miré las algas, que se movían nada más que cuando soplaba el viento, y en ninguna parte se veían señales de los pulpos. Al notar mi asombro, me explicaron que cualquier cosa que moviera las algas parecía atraerlos desde todas partes, pero que casi nunca tocaban el barco, a menos que vieran algún movimiento. Sin embargo, como siguieron explicando, debía de haber cientos y cientos de ellos ocultos entre las algas alrededor del barco, pero si nos cuidábamos de no mostrarnos a su alcance, la mayor parte se habría ido por la mañana. Todo esto me lo contaron con suma naturalidad, porque esas cosas ya no les afectaban.

Al rato, oyendo que la señorita Madison me llamaba por mi nombre, bajó desde la creciente oscuridad hasta el interior de la superestructura, donde habían encendido varias toscas lámparas de grasa, cuyo combustible, según supe más tarde, obtenían de cierto pez que andaba por debajo de las algas, en cardúmenes enormes, y era atraído en seguida por casi cualquier tipo de cebo. Al llegar a la luz, encontré a la joven que me esperaba para ir a cenar, una invitación que acepté con sumo grado.

Cuando terminamos de comer, ella se reclinó en el asiento y empezó de nuevo a bromear conmigo de esa manera traviesa, lo cual parecía complacerla mucho, igual que a mí. Después la conversación se volvió más seria, y en eso pasamos gran parte de la velada. Luego se le ocurrió una idea: nada menos que proponer que subiéramos a la atalaya, cosa que acepté muy contento y de buen grado. Y a la atalaya fuimos. Cuando estuvimos alli, comprendí el motivo de su capricho, ya que en la noche, lejos, a popa del barco, brillaba un potente resplandor entre el cielo y el mar. Y de pronto, mientras lo miraba, mudo de admiración y sorpresa, supe que eran nuestros fuegos sobre la corona de la colina más alta, porque al estar ésta en sombras, oculta por la oscuridad, no se veía más que el destello de las hogueras, como si estuviera suspendido en el vacío. Era un espectáculo notable y hermoso. Y mientras lo contemplaba, apareció bruscamente a la vista, en un borde del resplandor, una figura negra y diminuta: sin duda uno de los marineros que se acercaba al precipicio para mirar el barco o verificar la tensión de la cuerda. Cuando expresé a la señorita Madison mi admiración por lo que veía, ella se mostró muy complacida y me dijo que muchas veces había subido en la oscuridad a ver

eso. Luego bajamos de nuevo al interior de la superestructura, donde los marineros daban un tirón más a la soga antes de distribuir las guardias nocturnas, de un hombre por turno, que se mantendría despierto y avisaría a los demás si la cuerda se aflojaba.

Más tarde, la señorita Madison me mostró dónde debía dormir, y después de darnos las buenas noches con mucho afecto, nos separamos: ella a ver si su tía estaba cómoda, yo a la cubierta principal a charlar con el vigía. Así pasé hasta la medianoche, y en ese lapso tuvimos que llamar tres veces a los marineros para que tiraran de la cuerda, tan grande era la rapidez con que el barco había empezado a atravesar las algas. Después, ya con sueño, di las buenas noches y fui a mi litera, donde dormí sobre un colchón por primera vez en varias semanas.

A la mañana siguiente me despertó la voz de la señorita Madison que me llamaba desde el otro lado de la puerta, tratándome con gracia de dormilón. Al oírla, me vestí muy rápido y fui al salón, donde ella me tenía preparado un desayuno que me hizo alegrar de haberme levantado. Pero, antes que nada, me hizo subir a la atalaya, corriendo delante con mucha alegría y cantando con todo regocijo. Cuando llegamos a lo alto de la superestructura, noté que tenía buenos motivos para tanto júbilo, y lo que vieron mis ojos me alegró profundamente, aunque al mismo tiempo me colmó de asombro, pues durante esa sola noche habíamos avanzado casi doscientas brazas, con lo cual no nos faltaban ahora más que unas treinta para salir de las algas. Y allí, a mi lado, estaba la señorita Madison, haciendo una especie de gracioso paso de baile sobre el piso de la atalaya y cantando una antigua melodía que yo no había oído en doce años. Creo que ese pequeño detalle me hizo ver más claro que nada cuánto tiempo hacía que esa muchacha tan simpática estaba aislada del mundo, pues tenía apenas doce años al extraviarse la nave en el continente de algas. Cuando me disponía a hacer algún comentario, colmado como estaba de tantos sentimientos, se oyó un grito que parecía provenir de lo alto, y al levantar la vista descubrí que mis compañeros esperaban de pie en el borde de la colina, haciéndonos señas. Entonces advertí que la colina se alzaba por sobre nosotros, y parecía suspendida encima de la nave, aunque todavía nos faltaban setenta brazas para llegar a la empinada cuesta del precipicio más cercano. Después de responder a sus saludos, bajamos a desayunar, haciendo justicia a las sabrosas vituallas que nos esperaban en el salón.

Cuando terminamos de comer, y al oír el chirrido del cabrestante, fuimos de prisa a cubierta, decididos a participar en el último esfuerzo que liberaría al barco de su largo cautiverio. Durante un rato dimos vueltas alrededor del cabrestante, mientras yo miraba a la joven que tenía a mi lado, que se había puesto muy seria. Y por cierto que era un momento muy extraño y solemne para ella: después de haber soñado con el mundo tal como lo vieran sus ojos cuando niña, iba ahora, al cabo de tantos años de desesperanza, a aventurarse de nuevo en él, a vivir en él y enterarse de cuánto había sido sueño y cuánto era real. Todos estos pensamientos le atribuía yo, pues me parecía que eran los que se me habrían ocurrido en un momento así, y luego intenté torpemente hacerle ver que comprendía su inquietud, a lo cual ella me sonrió con un súbito y raro destello de tristeza y alegría, y nuestras miradas se cruzaron y en la de ella vi algo que apenas nacía y, aunque yo era muy joven, mi corazón lo interpretó, y entonces me quemó el dolor y el dulce placer de aquello nuevo, porque antes no me había atrevido a pensar en lo que ya mi corazón se apresuraba a susurrarme, y supe que desde ese momento me sentiría desdichado fuera de su presencia. Ella bajó la vista hacia las manos, que apoyaba en la barra, y en ese instante se oyó el grito brusco y sonoro del segundo oficial, llamándonos. Al oírlo, los marineros dejaron todo y corrieron gritando a la escala que conducía a la atalaya. Nosotros los seguimos, y al llegar arriba descubrimos que por fin el barco había salido de las algas y flotaba en aguas abiertas, entre el continente y la isla.

Al comprobar que la nave estaba libre, los marineros comenzaron a vitorear y a gritar desenfrenadamente, lo cual, por cierto, no es de extrañar, y la señorita Madison y yo hicimos lo mismo. De pronto, entre tanto alboroto, ella me tironeó de la manga y señaló la punta de la isla, donde el pie de la colina mayor sobresalía entrando en el agua,

y entonces divisé un bote que se acercaba. En seguida vi al contramaestre de pie en la popa, conduciendo, y de ese modo supe que habría terminado de repararlo mientras yo me hallaba en el barco. A nuestro lado, los demás, que ya habían advertido la cercanía del bote, se pusieron de nuevo a gritar y, corriendo a la proa del barco, prepararon una soga para lanzarla. Cuando el bote estuvo cerca, los marineros que en él venían nos observaron con mucha curiosidad, pero el contramaestre se quitó la gorra, con una cortesía desmañada que le sentaba muy bien. La señorita Madison le respondió con una sonrisa muy amable, y más tarde me dijo con mucha franqueza que él le agradaba y, además, que era la primera vez que veía un hombre tan grande, lo cual no era raro, ya que pocos había visto desde que tenía la edad en que las mujeres empiezan a interesarse por los hombres.

Después de saludamos, el contramaestre gritó al segundo oficial que nos remolcaría al lado opuesto de la isla. Este aceptó, sin duda deseando verse separado, por algo de materia sólida, de la desolación del gran continente de algas. Tras soltar la cuerda, que cayó desde la cima de la colina con un prodigioso chapuzón, el bote que estaba delante nos empezó a remolcar. De ese modo no tardamos en llegar al otro extremo de la colina pero, sintiendo entonces la fuerza del viento. amarramos un anclote a la cuerda y, mientras el contramaestre lo llevaba hacia el mar, nosotros navegamos hacia barlovento de la isla donde, a cuarenta brazas, quedamos anclados.

Logrado esto, los del barco pidieron a nuestros hombres subieran a bordo, cosa que cumplieron de inmediato, y pasaron todo ese día conversando y comiendo, pues los del barco ya no sabían cómo agasajar a nuestros compañeros. Más tarde, cuando llegó la noche, volvieron a colocar la parte de la superestructura que rodeaba la punta del palo de mesana roto. Ya con todo asegurado, cada uno se acostó a descansar la noche entera, cosa que la mayoría de ellos, por cierto, necesitaba mucho.

A la mañana siguiente, el segundo oficial, después de consultar con el contramaestre, dio orden de empezar a retirar la superestructura, y todos pusieron manos a la obra con vigor. Pero esa tarea requería cierto tiempo, de modo que pasaron casi cinco días antes de que tuviéramos despejada la nave. Terminado eso, hubo mucho que hacer buscando diversos elementos que nos harían falta para aparejar la nave, porque hacía tanto que no se usaban que nadie recordaba dónde estaban guardados. Eso ocupó un día y medio, tras lo cual nos dedicamos a preparar el navío con las bandolas que pudimos proporcionarle de nuestro material.

Al desarbolar el barco, siete años atrás, la tripulación había podido salvar una buena parte de los elementos, y contábamos ahora con una verga de trinquete, una verga de gavia, una verga del mastelero del juanete mayor y el mastelero de proa. Habían salvado otras cosas, pero habían utilizado las vergas más pequeñas para apuntalar la superestructura, cortándolas para tal fin. Aparte de las vergas que habían conseguido, tenían un mastelero de repuesto atado bajo las amuradas de babor, y un mástil de juanete y un sobrejuanete acostados del lado de estribor.

El segundo oficial y el contramaestre pusieron al carpintero a trabajar en el mastelero de repuesto, indicándole que hiciera algunos baos y soportes donde sujetar las argollas de los aparejos.

Ya con todo listo, izamos el palo mayor a su sitio, y después comenzamos a aparejarlo. Concluido eso, nos dedicamos al palo de trinquete, empleando para esto el mastelero que habían salvado, y después izamos en su sitio el palo de mesana, para lo cual teníamos el mástil de juanete y el sobrejuanete de repuesto.

Para afianzar los mástiles antes de proceder a aparejarlos, los amarramos a los tocones de los palos principales, y luego introdujimos maderos y cuñas entre los mástiles y las amarras, dejándolos así bien firmes. De tal modo, una vez que instalamos los aparejos, confiamos en que sostendrían todo el velamen que pudiéramos tender sobre ellos.

Aparejar y equipar el barco nos llevó siete semanas menos un día. Y en todo ese tiempo no sufrimos ninguna molestia de los extraños pobladores del continente de algas,

aunque esto tal vez se debiese a que manteníamos hogueras de algas secas ardiendo toda la noche en las cubiertas, encendiendo esos fuegos sobre grandes trozos chatos de piedra que habíamos llevado de la isla. Con todo, aunque no fuimos atacados, más de una vez descubrimos cosas extrañas que nadaban en el agua cerca de la nave; pero siempre bastó un puñado de algas en llamas colgando al costado en la punta de un junco para espantar a tan indeseables visitantes.

Y así, por fin, llegó el día en que estuvimos en tan buenas condiciones que tanto el contramaestre como el segundo oficial consideraron que el barco estaba listo para navegar. El carpintero, después de revisar el casco hasta donde podía llegar, comprobó que no había fallas, aunque por debajo se hallaba espantosamente cubierto de algas, escaramujos y otros elementos. Pero esto no lo podíamos evitar, y no era sensato tratar de limpiarlo, teniendo en cuenta los seres que, como sabíamos, abundaban en esas aguas.

Durante las siete semanas, la señorita Madison y yo habíamos intimado mucho, de modo que dejé de llamarla por otro nombre que no fuera Mary, salvo alguno más cariñoso que ese, aunque inventado por mí mismo y que desnudaría demasiado mi alma si lo revelara aquí.

Al pensar en ello, me extraña todavía que un hombre tan rudo como el contramaestre supiera tan pronto lo que ella y yo sentíamos. Un día me insinuó que no desconocía la situación, y aunque lo dijo un poco en broma a mí me pareció notar en su tono cierta melancolía; entonces no hice más que tenderle la mano, y él la apretó con fuerza. Después de eso, no volvió más al tema.

17

Cómo llegamos a nuestra patria

Cuando llegó el día en que debíamos abandonar las proximidades de la isla y las aguas de aquel mar desconocido, estábamos todos muy contentos, y cumplimos con gran alegría las tareas necesarias. En poco tiempo levamos el anclote, fijamos el rumbo del barco hacia estribor y, poco después, conseguimos reclinarlo sobre la amura de babor, lo que no resultó demasiado difícil a pesar de que el aparejo funcionaba pesadamente, como era previsible. Tras poner al barco en marcha, fuimos del lado de sotavento para contemplar la solitaria isla por última vez. Los hombres del barco vinieron a nuestro lado y, durante un rato, hubo silencio, mientras ellos miraban a popa sin decir nada; pero nosotros los comprendíamos, pues sabíamos algo de los años transcurridos.

En ese momento el contramaestre se acercó a la toldilla y llamó a los hombres a reunirse en popa. Todos lo hicieron, incluso yo, que había llegado a considerarlos muy buenos compañeros. Allí sirvieron ron a todos, y fue la señorita Madison quien nos lo virtió del balde de madera que la cocinera había traído desde la despensa. Después del ron, el contramaestre ordenó a la tripulación que sacara las herramientas de las cubiertas y asegurara todo. Yo me disponía a ir con los demás, habituado a trabajar con ellos, pero él me pidió que lo acompañara a la toldilla. Allí me reconvino respetuosamente, recordándome que ya no hacía falta que trabajara, dado que había vuelto a mi antigua situación de pasajero, como la había sido en el *Glen Carrig* antes del naufragio. Pero a estas palabras suyas yo contesté que tenía el mismo derecho que cualquiera a trabajar por el viaje de vuelta, ya que, si bien había pagado un pasaje para el *Glen Carrig*, no lo había hecho para el *Seabird*, que así se llamaba el barco. Poco dijo el contramaestre ante esta réplica mía, pero advertí que le agradaba mi espíritu. Desde entonces, y hasta que llegamos al puerto de Londres, hice mi parte en todas las tareas de a bordo, pues ya me había vuelto bastante diestro en ese oficio. En una cosa, sin embargo, aproveché mi situación anterior: decidí alojarme en popa, lo cual me permitió ver con frecuencia a mi amada, la señorita Madison.

El día que partimos de la isla, después de la cena, el contramaestre y el segundo oficial eligieron las guardias, y quedé muy complacido al ver que estaba en la del contramaestre. Luego ordenaron a la tripulación cambiar el rumbo de la nave, cosa que logramos para satisfacción de todos, ya que con ese aparejo y con tanta vegetación en el fondo, habían temido que nos viéramos obligados a virar, en cuyo caso habríamos perdido mucha distancia hacia sotavento, mientras que deseábamos avanzar lo más posible hacia el viento, ansiosos como estábamos de poner distancia entre nosotros y el continente de algas. Ese día corregimos dos veces más el rumbo, aunque la segunda fue para esquivar un gran banco de algas que flotaba delante de la proa; todo el mar a barlovento de la isla, hasta donde habíamos podido ver desde la cima de la colina más alta, estaba cubierto por miles de masas flotantes de algas, parecidas a islotes y, en algunos sitios, a extensos arrecifes. A causa de ellas, todo el mar que rodeaba la isla permanecía muy tranquilo y liso, y en su costa nunca había marejada, ni siquiera alguna ola que rompiese contra ella, pese a que durante muchos días había soplado un viento fresco.

Al anochecer nos inclinábamos de nuevo sobre la amura de babor, haciendo alrededor de cuatro nudos por hora, aunque de haber tenido aparejos adecuados y fondo limpio habríamos estado haciendo ocho o nueve, con una brisa tan buena y un mar tan sereno. Hasta ese momento, pese a todo, nuestro avance había sido muy razonable, pues la isla quedaba ya a unas cinco millas a sotavento y alrededor de quince a popa. Así, nos preparamos para la noche. Poco antes de oscurecer, sin embargo, descubrimos que el continente de algas venía hacia nosotros, de modo que lo pasaríamos tal vez a una distancia de más o menos media milla. Ante esto, el segundo oficial y el contramaestre

discutieron la conveniencia de corregir el rumbo y ganar más espacio en el mar antes de tratar de pasar ese promontorio vegetal; pero al fin decidieron que no había nada que temer, pues teníamos paso libre por el agua y, además, no parecía razonable suponer que nos amenazarían los habitantes de las algas a una distancia de media milla. Por eso seguimos en el mismo derrotero, ya que, después de pasar esa punta, era muy probable que las algas se alejaran hacia el este, en cuyo caso podríamos bracear en cuadro inmediatamente y recibir así el viento de través para avanzar más rápido.

El contramaestre montaba guardia desde las ocho hasta medianoche, y yo, con otro hombre, lo hacía hasta las cuatro. Fue así que, al llegar frente a esa punta durante nuestro turno de guardia, miramos hacia sotavento con mucho empeño, porque la noche era oscura, sin luna casi hasta el amanecer, y nos dominaba el miedo de estar otra vez tan cerca de la desolación de aquel extraño continente. Entonces, el que me acompañaba me apretó el hombro y señaló la oscuridad hacia proa; descubrí entonces que nos habíamos acercado a las algas más de lo previsto por el contramaestre y el segundo oficial, quienes, sin duda, calcularon mal el rumbo. Al ver esto me volví y grité al contramaestre que estábamos a punto de chocar con las algas; en el mismo instante, él grito al timonel que orzara; después, en seguida, sentimos que el costado de babor rozaba los bordes de la punta, y todos aguardamos un minuto, sin respirar. Por fin la nave pasó y entró en aguas abiertas, pero en el momento de tocar las algas yo había visto algo, el súbito atisbo de una cosa blanca que se deslizaba entre la vegetación, y después vi otras. De inmediato estuve en la cubierta principal, corriendo a popa en busca del contramaestre; pero a mitad de camino apareció sobre la barandilla de estribor una forma horrenda, y di la alarma con un fuerte grito. Después empuñé una barra de cabrestante del armario cercano, y con ella golpeé a la cosa, mientras gritaba pidiendo auxilio. Con los golpes, aquello desapareció de la vista, y sentí a mi lado al contramaestre y algunos marineros.

El contramaestre, que me había visto golpear, saltó sobre la barandilla del juanete a mirar, pero al instante retrocedió, gritándome que corriera a llamar a la otra guardia, porque el mar estaba lleno de monstruos que nadaban hacia el barco. Al oírlo eché a correr, y después de despertar a los marineros me precipité a la cabina de popa e hice lo mismo con el segundo oficial. Un minuto más tarde volví llevando el alfanje del contramaestre, mi espada y la lámpara que siempre colgaba en el salón. Al volver encontré todo muy alborotado: hombres que corrían de un lado a otro en camisa y calzoncillos, algunos en la cocina, llevando fuego del horno, y otros encendiendo una hoguera de algas secas a sotavento de la cocina; y junto a la harandilla de estribor tenía lugar ya un combate feroz, en el que los marineros utilizaban barras de cabrestante, como yo. Cuando puse el alfanje en la mano del contramaestre, éste lanzó un fuerte grito, en parte de júbilo y en parte de aprobación, y luego me arrebató la lámpara y corrió hacia el lado de babor de la cubierta antes de que yo me diera bien cuenta de que se había llevado la luz; pero entonces lo seguí, y menos mal para todos nosotros que se le ocurrió ir en ese momento, porque el resplandor de la lámpara me mostró las horribles caras de tres habitantes de las algas trepando por la barandilla de babor. El contramaestre los acuchilló antes de que yo pudiera acercarme, pero en un momento estuve muy ocupado, porque una docena de cabezas asomaron sobre la baranda, un poco a proa del sitio donde me hallaba. Al verlos corrí hacia ellos, e hice una buena matanza pero, si el contramaestre no hubiera acudido en mi ayuda, algunos habrían logrado subir a bordo. Ya las cubiertas estaban bien iluminadas, porque ardían varias hogueras y el segundo oficial había traído más lámparas; y ahora los marineros empuñaban los alfanjes, más eficaces que las barras del cabrestante. Cualquiera que observara habría visto una escena muy violenta: en todas las cubiertas ardían las hogueras y las lámparas; junto a las barandillas corrían los marineros, lanzando golpes contra caras espantosas que se elevaban por docenas al salvaje resplandor de las luces de combate. Y en todas partes flotaba el hedor de las bestias. Arriba, en la toldilla, la pelea era tan viva como en todas partes; y al ser atraído allí por un grito que pedía

auxilio, descubrí a la mujer robusta golpeando con un cuchillo de cocina ensangrentado a un repugnante ser que le sujetaba el vestido con un manojo de tentáculos; pero lo eliminó antes de que yo pudiera socorrerla con la espada, y luego descubrí, con asombro aun en ese momento de peligro, a la esposa del capitán, que blandía una pequeña espada. Su cara parecía la de un tigre, porque con la boca entreabierta mostraba los dientes apretados, pero no emitía una sola palabra, ni un grito, y no dudo de que tenía alguna vaga idea de estar vengando a su marido.

Por un rato anduve tan ocupado como los demás, y después corrí hacia la cocinera para preguntarle dónde se encontraba la señorita Madison. Cuando me informó, jadeante, que la había encerrado en su habitación para que no corriera peligro, tuve ganas de abrazarla, pues estaba muy ansioso de saber que mi amada se hallaba a salvo.

Poco a poco fue decreciendo el combate hasta que, por fin, concluyó; la nave se habla alejado ya mucho de la punta y navegaba ahora en mar abierto. Corrí entonces en busca de mi amada, abrí su puerta y, por un rato, ella lloró ciñéndome el cuello con los brazos, porque había estado aterrada pensando en mi suerte y en la de todos los tripulantes del barco. Pero luego, tras secarse las lágrimas, se indignó mucho con la nodriza por haberla encerrado en su cuarto, y no quiso hablar con la buena mujer durante casi una hora. Sin embargo, cuando le hice notar que podía ser muy útil vendando las heridas de los marineros, recobró su habitual vivacidad, trajo vendas, hilas y ungüento, y en seguida estuvo muy ocupada.

Más tarde se desató una nueva conmoción en el barco, al descubrirse que la viuda del capitán había desaparecido. El contramaestre y el segundo oficial organizaron su búsqueda, pero no se la encontró en ninguna parte. A decir verdad, nadie volvió a verla en el barco, por lo cual se presumió que algunos habitantes de las algas la habían arrastrado consigo, dándole muerte. Al saberlo, una enorme angustia dominó a mi amada, que estuvo inconsolable durante casi tres días, lapso en el cual el barco abandonó esos mares desconocidos, dejando muy atrás la increíble desolación del continente de algas.

Y así, al cabo de un viaje que duró setenta y nueve días desde que levamos anclas, llegamos al puerto de Londres, tras haber rechazado todos los ofrecimientos de ayuda en el camino.

Allí debía despedirme de mis camaradas de tantos meses y tan peligrosas aventuras; pero, como no carecía totalmente de recursos, me ocupé de que cada uno de ellos recibiera un regalo por el cual pudiera recordarme.

Y puse dinero en manos de la robusta nodriza, con la intención de que perdiese los motivos que la llevaban a mostrarse mezquina en cuanto a mis relaciones con mi amada; y ella, una vez que -para tranquilizar la conciencia- llevó a su marinero a la iglesia, se instaló en una casita en los confines de mi propiedad. Pero esto fue sólo cuando Mary Madison fue a ocupar su sitio en mi residencia del condado de Essex.

Una cosa más debo contar. Si alguien, al entrar por casualidad en mi finca, se encuentra con un hombre de hercúleas proporciones, aunque algo encorvado por la edad, cómodamente sentado a la puerta de una pequeña casa de campo, sabrá que es mi amigo el contramaestre. Aun hoy él y yo nos reunimos, y dejamos que la conversación derive hacia los parajes desolados de este mundo, reflexionando sobre lo que hemos visto: el continente de algas, donde reina la desolación y el terror de extraños habitantes. Luego hablamos en voz baja de la tierra donde Dios creó monstruos con apariencia de árboles. En ese momento quizá me rodeen mis hijos, y entonces cambiamos de tema, porque a los pequeños no les gusta el terror.

FIN